



Maternidades migrantes: Redes de cuidado transnacional como estrategias de cuidado de las madres venezolanas en Guasca, Cundinamarca

Laura Camila Alcalá Rodríguez

Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Bogotá, Colombia
2024



Maternidades migrantes: Redes de cuidado transnacional como estrategias de cuidado de las madres venezolanas en Guasca, Cundinamarca

Laura Camila Alcalá Rodríguez

Trabajo presentado como requisito para obtener el título de:

Antropóloga

Director:

Juan Thomas Ordóñez Roth

Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Antropología
Bogotá, Colombia
2024

Agradecimientos

A María, Emma, Catalina, Karla, Mariana, Liliana, Valeria, América, la señora Carmen y la señora Aurora, que confiaron y compartieron conmigo sus historias de vida. Gracias por permitirme conocerlas y por dejarme entrar en la intimidad de sus familias, sin su ayuda no hubiera sido posible para mí realizar esta investigación. Gracias por todo el tiempo dedicado con cariño y respeto, aun cuando era en sus espacios de descanso o de compartir con sus hijos, gracias por el esfuerzo que también significó para ustedes. Gracias por la disposición a dialogar conmigo, por responder mis dudas, enseñarme sobre la vida y por construir un espacio seguro.

A mi familia por apoyarme en este largo camino académico aun cuando no entendían qué era la antropología, menos la etnografía. Por todos los cuidados brindados, los recursos invertidos, los sueños cumplidos, el amor y la comprensión. Por acompañarme en los momentos de escritura, por alentarme en las entregas, por enseñarme a persistir y no desistir. A mi hermano y mi cuñada por ser el puente de conexión con las mujeres migrantes, por su cariño, hospitalidad en el pueblo y por las largas charlas de aliento.

A Tomás por el apoyo desde antes del proceso de tesis, por encaminar mis ideas y preguntas hacia lo que es hoy mi tema de investigación. Por todo lo enseñado durante la marcha, la confianza depositada, la paciencia en los momentos de afán y la comprensión en los momentos de crisis. Gracias por todas las charlas de reflexión, ánimo y de realidad en el proceso de escritura, por las respuestas ante la incertidumbre del futuro. A las demás profesoras del programa por la lectura, las recomendaciones y el conocimiento enseñado.

A mis amigas por el apañe y el apoyo que significaron en el momento de crisis en el que llegó la tesis, por todas las tardes de charlas, por los momentos de risas, por los mensajes de amor y la infinidad de consejos. Gracias por entender mi ausencia y por escuchar mis dramas. Sin ustedes la experiencia de la universidad no sería lo mismo, ni la antropología tendría el mismo significado. Por último, quiero agradecer a todas las personas que me acompañaron en esta investigación y que, de una forma u otra, hacen parte de él.

A todas las mujeres que cuidaron de mí, a las que lo siguen haciendo y que han confiado en este proceso; a mi mamá, a mi tía, a mi prima y a mis cuñadas.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
La feminización de la migración.....	8
¿Por qué Guasca?.....	10
Vulnerabilidad estructural en las madres migrantes.....	13
Redes de cuidado transnacional.....	17
El trabajo de campo y las entrevistas.....	18
Capítulo 1. Redes transnacionales de cuidado como estrategias de las maternidades migrantes.....	25
Las redes transnacionales en las familias venezolanas.....	27
El cultivo como su hogar y fuente de trabajo.....	42
Transformaciones en las configuraciones familiares.....	47
Conclusiones.....	52
Capítulo 2. Malas Madres. El juicio moral.....	55
Dimensión ética del cuidado.....	58
Madre como responsable de cuidados.....	62
Condensación de la esfera laboral con la esfera del hogar.....	66
Maternidad intensiva.....	71
Conclusiones.....	79
Reflexiones Finales.....	81
Referencias.....	90

INTRODUCCIÓN

Antes de empezar el trabajo de campo para desarrollar esta investigación yo ya tenía una cierta familiaridad con Guasca y con una parte de las dinámicas del pueblo, pues mis familiares viven allí desde hace un tiempo y estuve trabajando en un “negocio” que queda en Calle Caliente, la calle principal y comercial. Como al principio mi única razón para estar en Guasca era visitar a mis familiares, los únicos espacios que conocía y frecuentaba era su casa y el negocio. Poco después, el negocio se convirtió en una pequeña ventana que me acercaba a las diversas formas de vida de las personas del municipio, durante mis jornadas de trabajo veía a todos los actores del pueblo que cotidianamente no aparecían. Mis jornadas laborales en el negocio eran más bien ocasionales, hacía turnos los fines de semana y lunes porque había más “clientela” o para quedar como encargada del negocio. Mi desempeño laboral no era el mejor porque no era la empleada que más vendía, ni la más eficiente en las otras labores. Mis compañeras se preguntaban por qué trabajaba allí, si en Guasca había muchas personas buscando trabajo y yo desarrollaba el resto de mi vida en Bogotá. La realidad era que trabajaba allí por ‘colaborarle’ a mis familiares que son los dueños del negocio, antes que por la remuneración salarial.

Los días lunes eran muy solos, casi no entraban personas que atender, en esos días era que hablaba y socializaba con las otras empleadas del negocio. Todas las empleadas éramos mujeres jóvenes de edades muy cercanas que venían de lugares diferentes, unas habían nacido en Guasca, algunas llegaban de distintos departamentos del país y otras eran migrantes venezolanas. Nuestras conversaciones se trataban de la vida de las otras y sus dilemas personales, me hacían preguntas de la vida en la ciudad, pero también me chismeaban lo que ocurría en el pueblo. Al principio, los chismes del pueblo no eran de mi interés porque no les encontraba sentido alguno, no identificaba a las personas de las que hablaban y eso hacía que el chisme perdiera su encanto. Sin embargo, después de un tiempo los fines de semana me mostraban a las personas involucradas en los chismes, para que yo pudiera entenderlos y seguirles el rastro. Así fue como empecé a participar de los chismes que me contaban, además los comentaba con mis familiares que me daban un contexto más amplio, y así me iba familiarizando. Nunca logré llegar con un buen chisme para impresionar a mis compañeras de “trabajo”, pero los chismes desbloquearon la complejidad social del pueblo que mi consciencia ignoraba.

Guasca los fines de semana luce muy diferente a como lo es el resto de días, las calles del pueblo se llenan de caras poco conocidas, en los restaurantes las mesas se llenan a la hora del almuerzo y en los supermercados las filas no cesan. Muchas de esas “nuevas caras” son visitantes que vienen de Bogotá para almorzar, descansar de sus tramos en bicicleta, ir a los termales de Aguas Calientes o porque lo acaban de conocer. Muchas de estas personas son los clientes con los que me encontraba los fines de semana en mi lugar de “trabajo” en el local de mi familiar. Sin embargo, al hacerme más cercana a mis compañeras y a los chismes, me di cuenta de que mis compañeras saludaban y conocían a las caras que yo no reconocía y que el resto de la semana no veía. Con el tiempo, me enteré de que esos “otros” eran las personas que trabajan o viven en las veredas contiguas al casco urbano, que van al pueblo los fines de semana para comprar lo necesario para la semana o por razones específicas. En las caras que yo no conocía estaban las personas migrantes, pues la mayoría trabajaba en el campo y no entraban frecuentemente al “negocio”, que era el único lugar al que iba diferente a la casa. Conociendo un poco más las dinámicas del pueblo, comprendí que muchos de los chismes que ignoraba eran sobre las mujeres venezolanas, sus familias y su vida íntima, que estaban acompañados de comentarios xenófobos e incluso machistas.

Al estar más tiempo presente en el pueblo –casco urbano- y en el “negocio”, las personas me empezaron a reconocer y particularmente las señoras empezaron a ser más amables conmigo y hacerme la charla cuando me veían. En varias de las conversaciones que tenía con los habitantes del pueblo, las mujeres migrantes eran el tema central de las discusiones. Para las personas la recepción de migrantes venezolanos era una problemática que desestabilizaba la vida del pueblo ya sea por la forma en la que vestían las mujeres, por lo “peleberos” que eran los hombres, o por lo “desprotegidos” que veían a los niños de estas personas. Ya fuera por mis compañeras o por mis familiares, también empecé a relacionarme con las migrantes venezolanas y logré entablar conversaciones con ellas. Ya los chismes no sólo me distraían para pasar las horas en el local, sino que ya los iba entendiendo y los iba entretejiendo con las distintas versiones que me contaban en otros espacios. Así fue como me empecé a interesar por el fenómeno migratorio en Guasca que me impulsó a indagar por cómo estas personas vivían.

La presencia de empresas exportadoras de frutas y verduras en el municipio y sus veredas ha generado una gran cantidad de oportunidades laborales en los cultivos de fresa, arándano, papa,

cebolla larga y flores. Esto ha hecho que Guasca se vuelva un lugar atractivo para trabajar para las personas que residen fuera del municipio, lo que impulsa la migración tanto interna como externa. Personas de todos los lados de Colombia han llegado al municipio en busca de trabajo en el sector agrícola, por la gran oferta de puestos en empresas que están dando con contratos formales a término indefinido. De igual forma, se posiciona como un lugar atractivo para las migrantes indocumentadas venezolanas por la alta demanda de mano de obra agrícola. Por el status migratorio irregular en el que están, Guasca se plantea como un buen destino debido a que la gran cantidad de cultivos les da cierta “seguridad” de encontrar más fácilmente trabajos en el campo sin requerir algún tipo de permiso legal (PPT)

La migración venezolana es una de las olas migratorias más grandes del siglo XXI que se ha extendido alrededor del mundo. Sin embargo, Colombia ha sido el mayor receptor de migrantes de nacionalidad venezolana, según las cifras, 2.857.528 personas venezolanas entraron al país para el periodo de Enero del 2024 (R4V, 2024). Esto no considera a todos los migrantes venezolanos que entraron a Colombia de forma irregular, por pasos fronterizos como las trochas y los ríos por lo que las cifras suelen ser superiores. Con la incorporación irregular de las mujeres venezolanas en la fuerza laboral del municipio, se incrementó la presencia también de niños y niñas migrantes, pues con la migración de las mujeres sus familias han tenido que pasar por transformaciones. Algunas de las mujeres venezolanas migraron con sus hijos, otras los dejaron a cargo de familiares, mientras que otras tuvieron a sus hijos durante su estadía en Colombia. Las formas en la que llegaron a Guasca fueron en condiciones complicadas debido a que no contaban con recursos económicos para establecerse en el nuevo país. Además, que muchas de ellas entraron por pasos migratorios irregulares porque no contaban con los documentos requeridos en los puestos fronterizos, pero sobre todo porque estaba la frontera cerrada. No contar con documentación migratoria pone a las mujeres en una posición de desventaja, en tanto que las empresas no contratan migrantes irregulares. Entonces, los empleos a los que pueden optar son en trabajos informales por días, en los que el pago diario depende de las tarifas que fijan los empleadores. La inestabilidad laboral y económica hace que las formas en las que ejercen sus maternidades se vean trastocadas, siendo el cuidado de los niños y niñas una de las cuestiones que más les preocupa al migrar.

Las mujeres que son madres deciden migrar hacia Colombia por diversos factores. Uno de ellos es la búsqueda de mejores oportunidades, tanto para ellas, como para los integrantes de la

familia. Esto significa que dentro de las familias han tenido que organizarse de formas diversas para desarrollar y redistribuir las labores del cuidado tanto del hogar, como de los niños. Dentro de esas formas diversas, está la red de apoyo y cuidado que se extiende más allá de las fronteras físicas entre Guasca y varias partes de Venezuela, hay un entramado de roles y labores que son desempeñadas por las mujeres venezolanas que están en territorio colombiano y sus familiares que siguen en Venezuela. Por esto, la forma en la que las mujeres venezolanas ejercen sus maternidades también se ha transformado, la separación física con sus hijos implica que otras personas son las que deben de ocupar el rol de cuidadoras. Así las cosas, la pregunta central de mi investigación es: ¿Cómo ejercen la maternidad las mujeres migrantes venezolanas, teniendo en cuenta el carácter transnacional de sus familias?

Esta investigación tiene como objetivo analizar las formas en las que las migrantes venezolanas ejercen sus maternidades en Guasca, teniendo en cuenta la multilocalidad de sus familias. Para esto propongo indagar la relación que tienen las redes migratorias de las migrantes, con las redes del cuidado inmersas en las maternidades. Además, busco examinar los arreglos y estrategias a las que llegan las madres para poder cuidar de sus hijos que están con ellas tanto en Guasca como en Venezuela. Sugiero que las madres venezolanas que residen en Guasca enfrentan múltiples vulnerabilidades estructurales, derivadas de su género, nacionalidad, estatus migratorio y las condiciones de pobreza en las que viven. Estas vulnerabilidades las llevan a desarrollar estrategias de supervivencia para cuidar de sus hijos y familias, estrategias que no siempre se alinean con los parámetros sociales del “buen cuidado.” Como resultado, sus formas de crianza son estigmatizadas por los habitantes del pueblo, lo que refuerza un discurso que las cataloga como “*malas madres*” debido a su condición de migrantes.

La feminización de la migración

Desde la Antropología y las Ciencias Sociales se han analizado los flujos migratorios para estudiar los cambios que se dan producto del movimiento de personas. Estas disciplinas han recabado más allá de los factores económicos o los factores push/pull, que miden lo que atrae a los migrantes a un país específico y lo que los hace salir de su país de origen. Estudios más recientes han analizado la intersección entre género y migración para indagar cómo la identidad de género permea las experiencias migratorias de las personas (García, 2017). En el mundo laboral se ha visto que las dinámicas de género y los estereotipos influyen en las oportunidades laborales

que tienen las personas migrantes. Los roles de género asociados a las mujeres han sido el cuidado: niños, ancianos, limpieza, mientras que los roles de género asociados a los hombres es el esfuerzo físico: construcción, jardinería, cultivos, conserjes. Hondagneu-Sotelo et.al (2011) nos muestran que labores como la jardinería están reservadas exclusivamente para los hombres, mientras que las labores de limpieza se les asignan a las mujeres. Es así como se empieza a estudiar los flujos migratorios liderados por mujeres, pues anteriormente se les veía como sujetas secundarias que seguían a sus parejas o sus familias: “ocultas bajo la forma de reunificación familiar, eran consideradas sujetos pasivos de estos movimientos” (Stefoni, 2009, PP. 192).

El fenómeno llamado "feminización de la migración" hace referencia al aumento en las cifras de mujeres que migran de forma independiente. Al hablar de este proceso, también es importante mencionar el incremento de la presencia de niños y niñas en los pasos fronterizos. Muchas mujeres migran con sus hijos e hijas, incluso en situaciones riesgosas, y esto responde a diversos factores, como la posibilidad que ven de llevarlos consigo (Ortega, 2015). A su vez, esto abre la discusión sobre cuando las mujeres no migran con sus hijos, sino que los dejan en su país de origen al cuidado de algún familiar. Generalmente, abuelas, tías o hermanas mayores son quienes asumen estos roles de cuidadoras del hogar y de los niños, mientras que la madre, o en algunos casos ambos padres, están en el exterior aportando económicamente (Skornia & Cienfuegos, 2016). Desde los años 70, se ha empezado a analizar las trayectorias migratorias de las mujeres, y se ha identificado que muchas de ellas migraban para realizar trabajos domésticos. En América Latina, el trabajo doméstico y de cuidados ha sido una de las principales actividades económicas desempeñadas por las mujeres migrantes (Stefoni, 2005). Dado que las tareas del hogar se consideran socialmente como "trabajos femeninos", el trabajo doméstico remunerado también se asigna a mujeres que puedan cumplir con estas funciones (Herrera, 2016). En este contexto, las mujeres migrantes suelen ocupar estos roles de cuidado de forma remunerada, en sociedades donde otras personas no quieren hacer estas labores. Al tener una baja valoración social y económica, muchas personas prefieren no desempeñar este tipo de trabajos, lo que genera que las mujeres migrantes tomen esos puestos como una forma de mantener económicamente a sus familias y de aspirar a una mejor vida (Stefoni, 2009).

Las madres migrantes que se iban a otros países a trabajar como empleadas internas en casa de familia o como cuidadoras de adultos mayores, despertaron el interés de académicas de analizar

cómo es que se estaban organizando para ejercer su maternidad a la distancia. Encontraron que en el lugar de origen hay familiares que se hacen cargo del cuidado y la crianza de los hijos e hijas de las mujeres migrantes. Sin embargo, esto no significa que haya una desvinculación por parte de la mujer hacia su familia, sino que las relaciones se transforman y con ellas la organización familiar. Levitt y Schiller (2004) propone que la migración es uno de los tantos procesos que se dan más allá de las fronteras de los estado- nación y que impactan de forma significativa a las personas. Es decir que, la migración es un fenómeno social en el que personas y poblaciones están inmersas en dinámicas de transnacionalismo, entre ellas están los intercambios económicos, la comunicación entre las personas aun cuando están en países diferentes y las relaciones sociales que se dan entre fronteras (Levitt y Schiller, 2004). Un ejemplo de ello es el envío de remesas al país de origen, en las que el migrante envía dinero a sus familiares, para poder cubrir los gastos de forma parcial o completa. En algunas ocasiones el envío de remesas también impacta a los migrantes de formas diversas, pues envían un gran porcentaje de los salarios que ganan, además de tener jornadas laborales más extensas para ganar más dinero (Ordóñez, 2012; Castañeda, 2012).

A medida que se ha profundizado en el estudio de este fenómeno, también se ha evidenciado el papel crucial que desempeñan las mujeres en la economía agrícola de lugares como Guasca, donde la mano de obra migrante se ha vuelto indispensable. Las trayectorias migratorias de estas mujeres no solo reflejan su búsqueda de mejores condiciones de vida, sino que también revelan las dinámicas laborales que enfrentan en su nuevo entorno, marcadas por la informalidad y el estigma. Esta situación no es aislada, sino que se inscribe en un contexto más amplio, donde las transformaciones en las actividades económicas locales, impulsadas por la llegada de empresas agroindustriales, han reconfigurado el mercado laboral. Por lo tanto, la experiencia de las mujeres migrantes en Guasca ilustra cómo la feminización de la migración y los cambios en la estructura económica se entrelazan, dando lugar a nuevas formas de organización familiar y comunitaria que merecen ser exploradas en profundidad.

¿Por qué Guasca?

Guasca es un municipio que queda a dos horas de Bogotá y que como principal actividad económica tiene el cultivo de frutas y verduras como: fresa, arándano, cebolla, champiñón y los cultivos de flores. Los cultivos de frutas, verduras y flores han tenido una gran expansión por la rentabilidad que dejan, lo que significa que para poder exportar estos productos deben de tener

altos estándares de calidad. Por esta razón es que desde finales del siglo XIX en el municipio de Guasca se han constituido extensas empresas agroindustriales con capacidad económica de inversión. Una parte de los trabajadores de estos cultivos son habitantes de Guasca y sus veredas, que por la llegada de grandes empresas agroindustriales han tenido que dejar de cultivar en sus propios terrenos (Solorza, 2022). Es decir que una parte de los trabajadores de dichas empresas son los pobladores de, lo que se conoce como la Región del Guavio, que hace unas generaciones sus familias eran dueñas de minifundios en los que cosechaban también, pero de cereales, que son productos de menor rentabilidad y que son de ciclo corto. Sin embargo, por los procesos de descampesinización que enfrenta el municipio de Guasca, los trabajadores de los cultivos ahora no sólo son los pobladores que por generaciones han habitado la Región del Guavio. Ahora los pobladores de la zona por diversos motivos han dejado de ejercer las labores del campo y han empezado a migrar a Bogotá y otras ciudades, o, aunque siguen viviendo en el pueblo, sus lugares de trabajo están en Bogotá o en los alrededores del municipio, pero en otras actividades que no están relacionadas con el agro. Ese es el caso de las mujeres que trabajan en casas de familia en los condominios que se encuentran ubicados en las veredas de Guasca, como es el caso de Salitre (Solorza, 2022).

La mano de obra migrante ha sido un factor fundamental en el trabajo de cultivos en el municipio de Guasca, pues como anteriormente expuse, la descampesinización es una realidad que se está dando y que está dejando espacios laborales. Las empresas están contratando formalmente a migrantes que tienen algún permiso de trabajo, a colombianos retornados y a migrantes venezolanos que están en proceso de reclamar la ciudadanía colombiana. Dichas contrataciones se pueden establecer en los contratos laborales por un tiempo indefinido, en el que les brindan todas las prestaciones de ley. Respecto a esto, Mariana me comentaba que gracias a tener un trabajo estable con las prestaciones de ley podía mantenerse a sí misma y a sus hijos, pero que también podía pensar en reencontrarse con su familia. Tener un salario fijo le permite darle una estabilidad a sus familiares que llegan y que no cuentan con los recursos para mantenerse por sí solos. También las contrataciones pueden ser temporales en los meses en los que hay una mayor producción, en tanto que hay una mayor demanda de los productos y necesitan ampliar su productividad. Entonces, contratan a migrantes venezolanos que tienen únicamente el PPT, para que laboren en temporadas altas y les brindan las prestaciones de ley. Un ejemplo de esto es la jornada que se desarrolló en febrero de 2018 en el que empresas de floricultivos y junto a Cancillería, en el que

brindaron apoyo para que colombianos y personas venezolanas que vivían en el departamento de Norte de Santander, vinieran a la Sabana de Bogotá a trabajar en la temporada de San Valentín en las flores. Esto porque para 2018 se exportaron cerca de 260.000 toneladas de flores, que representaron USD\$ 1.460 millones (Min Comercio, Industria y Turismo, 2018).

No obstante, en el sector agrícola de Guasca no sólo hay contratación regulada de migrantes. De las ocho mujeres con las que hablé, todas han trabajado en alguno de los cultivos antes mencionados, y siete de ellas han trabajado de forma irregular en dichos cultivos. Cuando digo que han trabajado de forma irregular, me refiero que no tenían un contrato formal por el desempeño de las labores agrícolas, debido a que no contaban/cuentan con algún permiso de trabajo. La contratación irregular de migrantes venezolanos por parte de los cultivos agrícolas se ha dado no solamente durante las temporadas altas de trabajo, sino que se hace durante todos los meses del año. Durante mi trabajo de campo ellas expresaban que la razón recurrente para llegar a trabajar a Guasca es que hay oportunidades laborales para migrantes que no cuentan con algún tipo de permiso de trabajo. Desde los estudios migratorios podemos decir que esto es uno de los factores de push/pull que busca explicar las motivaciones que tienen las personas a la hora de migrar. Teniendo en cuenta que la migración se da de forma autónoma, desde esta perspectiva se tiene en consideración las razones por las que las personas deciden o no quedarse en un lugar determinado (García, 2017). Aunque para muchas de estas mujeres migrantes, Guasca no era un destino ideal para migrar, fue el lugar en el que pudieron trabajar con más frecuencia y “facilidad” pese a su status migratorio. Las trayectorias de cada mujer, las redes migratorias y sus motivaciones para llegar a Guasca las exploraré más adelante en el primer capítulo.

Varias de las mujeres con las que hablé expresaron que no se habían podido insertar satisfactoriamente a la sociedad guasqueña, por el estigma hacia las personas venezolanas que está presente en el pueblo. Por ejemplo, Mariana me contaba que encontrar vivienda en Guasca era muy complicado, además de que hay pocas casas en el casco urbano, los arrendatarios se rehusaban a rentarle a ‘extranjeros’. Entonces, uno de los requisitos para que le arrendaran era ser colombiana, porque decían que los venezolanos terminaban trayendo a toda la familia y eso hacía que descuidaran las viviendas. Adaptarse a la vida en Guasca ha sido un proceso de altibajos, estas mujeres permanecen en Guasca por las posibilidades laborales que tienen y lo que eso implica para el sostenimiento de la familia. Trabajar de forma irregular en los cultivos de frutas y verduras ha

sido la fuente de ingresos con la que se han sostenido en Guasca, pero también la forma de mandarle dinero a su familia en Venezuela para el sustento de los niños y de los hogares.

Vulnerabilidad estructural en las madres migrantes

El concepto de vulnerabilidad estructural ha sido ampliamente utilizado desde la Antropología para analizar las formas en las que la vida de las personas se ve afectada por las desigualdades sociales, económicas y políticas. Este concepto ha sido útil para comprender cómo los factores sociales -como la clase, el género, la raza/etnia, la nacionalidad, la orientación sexual, entre otros factores- hacen que ciertas poblaciones sean más susceptibles al sufrimiento físico-emocional y las carencias materiales. Desde la Antropología médica se ha empleado para estudiar las desigualdades sociales en el acceso a servicios de salud, diagnóstico y tratamiento de enfermedades (Carruth et al., 2021; Holmes, 2011). Dichas desigualdades son producidas por juicios jerarquizados de marcadores culturales como acento, postura corporal, “etiqueta”, entre otros, en conjunto con categorías demográficas como etnia, edad, clase, género (Bourgois et al., 2017). Los migrantes venezolanos en Colombia pueden ser considerados como una población sujeta de vulnerabilidad estructural, por su posición subordinada en la economía global y los conflictos sociopolíticos que presenta su país. A pesar de la histórica conexión entre ambos países, su cultura ha pasado por procesos de depreciación y sus individuos han sido criminalizados, lo que resulta en exclusión social (Ordóñez y Ramírez, 2019). Entendida como una posición social, la vulnerabilidad estructural implica una relación de sufrimiento social y físico entre una persona/población con fuerzas mayores: económicas, sociales, políticas y culturales de los contextos en los que están inscritos (Quesada et al., 2011). Aunque en esta investigación no profundizaré en las fuerzas estructurales que hacen de los migrantes venezolanos como un grupo subordinado en Colombia, voy a concentrarme en la forma en la que esto afecta a las madres venezolanas en el desarrollo de sus maternidades.

La vulnerabilidad de las mujeres venezolanas es exacerbada por sus interacciones como trabajadoras económicamente marginadas, en una sociedad que devalúa su valor personal y cultural: *“las venecas cuando hacen turnos [en el negocio] esperan la propina de los viejos verdes que les echan el ojo, a eso están acostumbradas”* me dijo un habitante de Guasca. Los trabajos que encuentran disponibles en su llegada al pueblo se limitan a trabajar por días en los

establecimientos del casco urbano y en los cultivos agrícolas que hay en las veredas del municipio como arándanos, fresas, champiñones, flores, papa y cebolla larga. Ambos tipos de trabajo se caracterizan por ser informales en los que les pagan a diario de acuerdo con lo que recolecten, no cuentan con turnos asegurados de trabajo, ni cuentan con seguridad social. Esta sumatoria de factores hace que tengan una inestabilidad económica pues, no tienen asegurado durante el mes un determinado número de turnos, y dependiendo de cada cultivo (o negocio) el jornal puede variar. Carolina era quien antes cuidaba de sus hijos, pero por la situación económica del hogar empezó a trabajar en los cultivos de fresas para tener “*otra entrada en la casa*”. Ella presentaba problemas en la columna y trabajar en los cultivos de las flores empeora su condición médica, pues no puede acceder a servicios médicos porque no cuenta con una afiliación a salud y con lo que gana no puede acudir a un médico privado. Se convierten en trabajadoras informales que no tienen ningún tipo de garantías sociales y de las que incluso se aprovechan pagándole menos que los trabajadores colombianos. Aunque estas condiciones laborales están atravesadas por una falta de documentación por parte de las mujeres, dichos empleos no se limitan a las migrantes irregulares. A pesar de que adquieran la ciudadanía colombiana siguen siendo leídas como “extranjeras”, por lo que los trabajos a los que pueden aspirar siguen siendo los mismos: cultivos agrícolas y turnos ocasionales en negocios del pueblo.

El discurso de las mujeres venezolanas como una “amenaza” cada vez toma más popularidad en Guasca, esto las ha ubicado en un constreñimiento social y emocional. En el pueblo la narrativa generalizada es que las mujeres venezolanas jóvenes son “*quita maridos*”, “*aprovechadas*”, “*oportunistas*”. La imagen que se ha construido en el pueblo de la mujer migrante es como una amenaza a las “*buenas costumbres*” por la forma en la que visten, por sus costumbres y por ser mujeres jóvenes que están solas. De alguna u otra forma, la mayoría de las personas con las que hablé tienen una historia, inventada o contada por alguien más, en las que las mujeres venezolanas se ven como personas que “*le sacan provecho*” a sus atributos físicos para obtener algún beneficio. Algunos dicen que las mujeres venezolanas son más “*propensas a recibir dinero*”, como lo llama Sofía, por parte de hombres que tienen intenciones sexuales con ellas. En otros relatos, su performance en los trabajos se asocia a un supuesto “*involucramiento sexual*” con los jefes, que casi en su totalidad son hombres: “*ella está ahí porque es la moza de Don Pepito*” afirma una persona en el pueblo, “*esa veneca cocina muy feo, pero sigue [en el restaurante] porque Ernesto [el jefe] le hace la vuelta*” dice otra persona mientras señala con el dedo. Incluso,

hay otras historias en las que relatan que las mujeres venezolanas “*se ganan su confianza [la de los hombres] con atenciones*” para después robar la mercancía en algún local, robarle sus ahorros o tomar provecho de su “gentileza”. Por un lado, estos discursos nos muestran que las mujeres venezolanas están constantemente bajo sospecha, ya sea porque se les ve como potenciales “*ladronas*” o porque se les ve como “*aprovechadas*”. Por otro lado, dejan ver la hipersexualización a la que están sujetas las mujeres venezolanas, pues responden a una imagen estereotipada que resalta atributos sexuales por encima de sus cualidades personales. La estigmatización producto de la hipersexualización resulta en la depreciación de las subjetividades y en su encasillamiento como trabajadoras sexuales (Martínez, 2022, PP. 21). Aunque tengan oficios diferentes al trabajo sexual, varias de las mujeres entrevistadas me contaban que recibían “*propuestas sexuales*” (acoso sexual) a cambio de dinero. Sobre esto Carolina me comentaba que mientras vendía tintos por las calles en su llegada a Colombia, en repetidas ocasiones los clientes que le compraban con regularidad le proponían que “[*me*] *acostara con ellos, que me iban a tratar bien y que al final me pagaban*”. Al negarse, lo que le respondían es que asumían que hacía “*ese tipo de trabajos*” por su nacionalidad y por trabajar en la calle.

Este constreñimiento social y emocional bajo el que están las mujeres venezolanas, producto de la imagen que se ha construido de ellas, se ve materializado en la discriminación, los prejuicios y la exclusión social a la que se enfrentan en su día a día. En el caso de las mujeres venezolanas que viven en Guasca y tienen hijos, esto afecta las formas en las que ellas pueden desempeñar sus maternidades. Al momento de entrevistar a las mujeres con las que hice la investigación me di cuenta de que los backgrounds de ellas eran muy diversos. En un principio esto significó un reto porque las expectativas que tenía era encontrar trayectorias muy similares, para identificar tendencias específicas de migración como lo han hecho varios otros estudios. Después de los momentos de crisis y de analizar la información, encontré que todas compartían una posición de la vulnerabilidad en la que estaban viviendo en Guasca. Como compartiré más adelante, los rangos de edad son amplios, vienen de diferentes estados en Venezuela, tienen diferentes acentos, costumbres e incluso diferentes status migratorios. Al hablar con migrantes inevitablemente aparece la conversación sobre los documentos y la condición migratoria en la que entraran al país y en la que permanecen, incluso es un buen punto de partida para conocerse y romper el hielo. La vulnerabilidad estructural además de la nacionalidad, el género y las condiciones de pobreza, se puede dar por el status que presentan los migrantes. Esto nos abre paso

a hablar de ciudadanía no únicamente desde los derechos y deberes legales, sino también de las prácticas culturales, identidades, relaciones de poder y las formas de participación (Lazar, 2013). La diversidad de las experiencias y significados asociados a la ciudadanía cumple un papel importante en este análisis para comprender la situación actual de las mujeres migrantes en el país. El estado de ciudadanía determina el acceso a servicios de sociales y de salud, aun cuando las convenciones internacionales han llegado al consenso de que los migrantes irregulares siguen teniendo los derechos humanos básicos, más allá de las fronteras-político administrativas.

Teniendo en cuenta los testimonios de estas mujeres, en Colombia el acceso a estos servicios ha sido interrumpido y potestativo a cada centro de atención y del personal de salud. En las entrevistas mencionaban el ambiente generalizado de xenofobia que encuentran no sólo en centros de atención médica durante las ecografías que pudieron realizarse, sino también en su vida cotidiana en el pueblo. Estas dinámicas de exclusión social y los límites de la ciudadanía se ven no solamente en las personas que tienen un estado irregular, sino que incluso se ven las mujeres venezolanas nacionalizadas. Dos de las mujeres entrevistadas obtuvieron la nacionalidad colombiana después de un tiempo de vivir de forma irregular en Guasca. Con la obtención de la nacionalidad pudieron entrar al régimen subsidiado de salud, nacionalizar a sus hijos y una de ellas pudo tener un contrato formal con garantías prestacionales. Pueden cruzar la frontera por pasos regulados y no sienten el miedo constante de las redadas que a veces organiza la Alcaldía de Guasca junto con Migración Colombia. No obstante, en la vida cotidiana y en las calles del pueblo la percepción de la ciudadanía se ve trastocada por su identidad cultural, pues ni ellas ni las otras personas las identifican como colombianas. Al buscar arriendo en el municipio se enfrentan a las mismas barreras que sus compatriotas pese a tener la cédula de ciudadanía, pues la estigmatización se sigue dando por el conjunto de sus atributos “*toca aprender los nombres que ustedes le tienen a los chócoros*” relata Karla “*porque uno llega es hablando raja’o de allá [Venezuela]*” haciendo referencia al acento y las expresiones que usan “*y la gente lo mira a uno como con discreción, les impacta y dicen ‘¡Ay ella es venezolana!’*”.

Además de enfrentarse al estigma social de ser migrantes venezolanas, deben de lidiar a diario con la supervivencia económica de sus hijos y de sus familias. Pues, son limitados los recursos que tienen disponibles para criar a sus hijos y mantener a sus familias. Las dificultades para conseguir trabajo y tener una estabilidad económica, se suman a la responsabilidad de ser las encargadas de garantizar el cuidado de sus hijos y de familiares dependientes. Además, en varias

ocasiones se encuentran con barreras para acceder a servicios sociales y asistenciales para sus hijos, ya sea por la falta de información, por procesos documentales de los menores o la percepción negativa que tienen los prestadores de servicios. Esta doble responsabilidad las lleva a crear estrategias de cuidado que no siempre siguen los parámetros más reconocidos de las maternidades. Dejar los niños al cuidado de familiares, contratar los servicios de cuidadoras, llevarse a los niños al trabajo o vivir con ellos en cultivos rotativos de cebolla, son algunas de las estrategias que ellas emplean. Dichas estrategias han sido fuertemente criticadas por los habitantes del municipio llevándolas a ser juzgadas como “*malas madres*”, se asume que los niños y niñas venezolanos están siendo “mal cuidados” por no cumplir con los estándares más reconocidos.

La vulnerabilidad estructural me permite a lo largo de este texto discutir las normas sociales que son utilizadas para juzgar y evaluar las maternidades migrantes que resultan en su exclusión social. Este juicio moral está impregnado de prejuicios al rededor del género, la nacionalidad, la clase social y la ciudadanía que termina culpando a las mujeres venezolanas de sus condiciones de vida. Las madres venezolanas que entrevisté, y que encuentran en estas páginas, reconocen que algunas de las estrategias que emplean no son las que desearían usar, pero son las formas que encuentran para hacerle frente a sus condiciones de vida. La vulnerabilidad estructural permite discutir sobre la responsabilidad colectiva que tenemos de los cuidados de niños y niñas, y en la demanda de respuestas en la esfera política y social para enfrentar las desigualdades a las que se enfrentan los migrantes venezolanos en Guasca y en el país.

Redes de cuidado transnacional

Las redes de cuidado transnacional las entiendo como el entramado social que emplean las madres venezolanas residentes en Guasca para proveer los cuidados a sus hijos, ya sea que residan con ellas en Guasca o que estén en su lugar de origen. En numerosos estudios se ha indagado sobre la infraestructura social que hay detrás de las madres que migran sin sus hijos, generalmente al Norte Global, para desempeñar labores de cuidado. Caracterizan a las cadenas globales del cuidado como eslabones en las que las mujeres migrantes llegan a cumplir el rol de cuidadora de niños que no son sus hijos, mientras que los hijos de las migrantes son cuidados por otras mujeres en el lugar de origen (Hochschild, 2001). No obstante, no se ha indagado a profundidad en las redes de cuidado transnacional a las que recurren las madres migrantes que se incorporan en otra clase de oficios, como es el sector agrícola. Sólo 1 de las 9 mujeres con las que hablé en Guasca desarrolló algún tipo de trabajo de cuidado remunerado al llegar al pueblo, en cambio todas estas migrantes

han trabajado o trabajan actualmente en los cultivos de frutas y verduras que están presentes en el Municipio. Esto me motivó a indagar sobre las estrategias que empleaban las mujeres venezolanas para lograr coordinar el cuidado de los niños con los recursos que tenían disponibles. Yo no soy madre, pero hago parte de la red de cuidado de mis sobrinos, esto me da una cierta sensibilidad de lo complejo que es coordinar el cuidado de los niños y niñas con las actividades cotidianas. Sin embargo, durante las entrevistas me di cuenta de que las mujeres venezolanas pasaban por desafíos diferentes a los que pasan mis cuñadas, por las capacidades económicas, la distribución de las labores del cuidado con sus parejas (mis hermanos) y la condición de ciudadanía de la que gozan.

El trabajo de campo y las entrevistas

La experiencia más cercana que tenía de la maternidad es la de mis seres queridos, pero no ha sido una experiencia propia, pues nunca he sido madre. He sido acompañante de mis cuñadas y mi hermana, he sido muy cercana a mis sobrinos y sobrinas desde que estaban en el vientre, hasta ahorita que ya están más grandes. Mi compañía ha estado orientada hacia el cuidado de las madres, pero sobre todo, el apoyo ha radicado en el cuidado y crianza de los niños y niñas. Esta tesis también la he sentido muy personal porque el pensarse las maternidades y sus formas, la responsabilidad del cuidado, me ha hecho también mirar hacia mi familia, la forma en la que está compuesta y cómo hemos distribuido los cuidados. Consideraba que no podía entender por completo su experiencia maternal desde mi posición, pero sí entendía la complejidad de la dimensión de cuidado de niños y niñas. Antes de empezar las entrevistas para el trabajo de campo invertí una semana entrevistando a las madres de mi familia para que me definieran qué significaba para ellas ser madre, y poder tener un punto de partida dentro de mi entendimiento. Cada una de mis familiares me respondieron cosas diferentes, por lo que no pude construir una definición clara en mi cabeza para delimitar la labor maternal. Durante las entrevistas a las mujeres migrantes esperaba que alguna de ellas me diera una suerte de definición de la maternidad o que llegaran a las mismas preocupaciones/conclusiones/emociones de las que hablaban mis familiares. Sin embargo, no ocurrió ni lo uno, ni lo otro, las respuestas podían parecerse, pero no eran iguales, lo que me llevó a una gran frustración a la hora de escribir. Después de una larga conversación con mi director de tesis, me di cuenta que estaba tratando de comparar las maternidades de mis familiares que están en una posición de ventaja frente a las mujeres migrantes no contaban. Ahí entendí mejor lo de la posición de vulnerabilidad en la que están las madres migrantes, aunque las

madres pueden experimentar muchos de los prejuicios de la maternidad intensiva, no se daba de la misma forma.

El trabajo de campo formal de esta investigación lo empecé a realizar en diciembre de 2023 en ese mes esperaba realizar las entrevistas con las mujeres migrantes con las que ya había hablado. Formal, en el sentido que ya tenía una familiaridad con el municipio, pero también con una de las mujeres a las que entrevisté, pues un día dialogando con ella sobre su historia me vida me llamó la atención su maternidad migrante. Sin embargo, no me percaté que el mes de diciembre en nuestro país está lleno de celebraciones, de eventos familiares y de muchas oportunidades laborales. Durante diciembre no logré concretar ninguna de las entrevistas que había planeado, los tiempos que tenían las mujeres eran limitados y los únicos espacios que tenían libres no me parecía justo que lo gastaran conmigo. Es por eso que aproveché para hablar con otras personas del pueblo sobre mi tema de investigación. Desde el principio del diseño quise que mi trabajo de grado tuviera un componente etnográfico más allá de las entrevistas semiestructuradas, es por eso que durante mis visitas a Guasca ponía en las conversaciones el tema de las madres venezolanas. La metodología que empleé es de corte cualitativo, con énfasis en la valoración de la subjetividad, la vivencia y la interacción de estas mujeres con sus familias. Como experiencia investigativa, privilegia lo micro, lo grupal, lo local y el mundo de lo cotidiano, sobre la comprensión de la lógica y del significado de los procesos sociales para los actores que viven y producen la realidad sociocultural (Salgado, 2007).

En el mes de enero de 2024 conduje entrevistas semi-estructuradas con 9 mujeres venezolanas de entre los 20-35 años, que son madres, que han migrado desde Venezuela y que han residido en el municipio de Guasca, Cundinamarca y que trabajan, o trabajaron, en los cultivos de flores, arándanos, fresas o cebolla. De esta muestra inicial, seleccioné 5 mujeres para hacer una segunda entrevista para profundizar en sus experiencias como madres venezolanas que viven en el municipio de Guasca. Realicé entrevistas semi estructuradas en 2 fases con mujeres que están inmersas en los cuidados de los niños, pero también de las madres venezolanas con las que hablé cuando lo han necesitado. Además, para tener una polifonía de opiniones, entrevisté a una de las residentes del municipio colombiana y que vive allí desde hace más de una década. En este sentido, también realicé trabajo de campo en el casco urbano acercándome a las personas que han vivido allí por décadas para preguntar sobre sus percepciones sobre las madres migrantes, pero también sobre los niños y niñas venezolanas. Como este proyecto no pretende tener una muestra grande,

sino concentrarse en la experiencia de vida de las mujeres, me permitió investigar por 2 meses sus experiencias personales sobre las formas en las que en la vida cotidiana ejercen sus maternidades y cómo se apoyan de sus familias transnacionales. Estuve de forma consecutiva entre diciembre del 2023 y enero del 2024 viviendo en el municipio para recolectar los datos que sirvieron de insumo para realizar esta investigación. En un principio, no planeaba recolectar información de las conversaciones que tenía a diario con las personas del pueblo. Pero ante el desafío de no poder realizar las entrevistas, se me presentó la oportunidad de registrar los discursos de los habitantes colombianos sobre las maternidades migrantes.

La investigación culminó gracias a la participación de estas mujeres migrantes que me abrieron la oportunidad de conocer sus vulnerabilidades y que resolvieron todas las preguntas que se me ocurrían durante las conversaciones. Por lo tanto, considero importante hacer una presentación de cada mujer que aparece en estas páginas para personalizar y humanizar la investigación antropológica. Todos los nombres de este trabajo de grado son ficticios, las entrevistas se hicieron anónimas para protegerlas de las consecuencias sociales que puede resultar de la revelación de sus identidades. En este sentido, no revelo datos biográficos de ellas específicos que puedan derivar en su identificación, lugares de origen, edades específicas y apodosos no son incluidos. Valeria es la más joven de las madres con las que hablé, llegó a Guasca de forma independiente cuando aún era menor de edad dado que el resto de su familia vivía en diferentes lugares de Colombia. La forma en la que entró al país fue irregular, pasó por “la trocha” por medio de una persona que ayuda a cargar las maletas a cambio de dinero. Al poco tiempo se reunió con su madre y su familia en un municipio de Boyacá en el que trabajó primero en un puesto ambulante que vendía postres. Después empezó a trabajar en los cultivos de fresas del municipio porque no tenía ningún tipo de identificación, ni permiso (PPT) además de que era menor de edad. En los cultivos, conoció a quien ahora es su pareja, un colombiano y con quien tuvo su único hijo. Llegó a Guasca gracias a una amiga colombiana con la que eran cercanas, migró junto con su familia para seguir trabajando en los cultivos. Para el momento en el que hablamos estaba trabajando con su pareja en los cultivos de flores en una de las veredas de Guasca. La persona que le apoya de forma principal con el cuidado de su hijo es su madre, aunque su red transnacional de cuidados es aún más amplia.

Carolina Narváez tiene entre 20 y 26 años, vive en uno de los cultivos de cebolla larga del municipio junto con su esposo y sus dos hijas, su hijo de la mitad vive con la abuela paterna en Venezuela. Cuando tomó la decisión de migrar lo hizo de forma irregular por los pasos migratorios que hay cercanos a Cúcuta, primero trabajó en dicha ciudad vendiendo tintos por las calles de la ciudad. Poco después se reunificó con su hija y migró al interior del país en busca de oportunidades laborales, pues tampoco cuenta con PPT. Es allí donde empieza a trabajar en los cultivos de frutas y verduras en el que encontró trabajo sin tener la necesidad de contar con la documentación, dado que la contratación era informal. En su cambio de ciudad conoce al papá de su segundo hijo, pero poco tiempo después él fallece y se queda en Colombia gracias al apoyo de quien sería su suegra. Con la llegada a los cultivos de cebolla se reencuentra con un amigo de su ciudad de origen, con el que se emparejan para trabajar y para vivir. En esas, queda en estado de embarazo de su tercera y última hija, por el momento, pero aún seguía viviendo y trabajando en los cultivos de cebolla. Por lo tanto, toma la decisión de encomendar su hija de la mitad con su abuela porque no tenía la posibilidad de cuidar del niño y de la bebé que estaba recién nacida.

Karla vive con sus dos hijos y su esposo, es menor de 30 años y durante su estadía en Colombia ha trabajado en los cultivos de flores, fresa, arándano y haciendo turnos en los negocios del casco urbano. Cuando migró a Colombia no contaba con ningún documento de identificación, ni tampoco con ningún tipo de permiso de trabajo. Con el pasar de los años y después de un gran proceso burocrático, varios viajes a la Guajira y muchos recursos invertidos obtuvo la nacionalidad colombiana, dado que su madre es colombiana, pero ha vivido la mayor parte de su vida en Venezuela. Actualmente tiene una contratación formal, pero la expectativa salarial no ha aumentado, me decía que se gana lo mismo de cuando trabajaba en las flores, pero que ahora no tiene un trabajo de mucho esfuerzo físico. Al llegar a Guasca la recibió un familiar que la ayudó a “ubicarse” mientras conseguía trabajo y se familiarizaba con las dinámicas del municipio. Migró de forma autónoma, sus hijos quedaron en Venezuela al cuidado de su pareja y de su madre, pero con el pasar del tiempo la familia se reunificó y ahora viven todos juntos en Guasca.

Catalina migró con su hija, su pareja actual y su cuñada caminando desde su lugar de origen hasta Cúcuta para que su cuñada recibiera atención médica debido a que estaba en estado de embarazo. Cruzaron de manera irregular por los pasos migratorios ilegales debido a que la frontera con Colombia estaba cerrada, entonces hasta el momento en el que hablé con ellos no contaban

con algún tipo de permiso de trabajo y residencia). Ha estado 2 veces en Guasca viviendo, la primera fue cuando quedó embarazada de su segundo hijo. Por las complicaciones de salud que tuvo en su embarazo se fueron a vivir al occidente del país con la suegra para que fuera un apoyo de los cuidados del bebé y de ella, pues no podía trabajar. Poco después por la difícil situación laboral que tuvieron en el occidente del país, ella se regresó con sus hijos para Venezuela mientras que su pareja migró a Ecuador para trabajar como prestamista y le enviaba remesas. El trabajo en Ecuador se complicó debido a lo peligroso que es dicha actividad, por lo que decidieron encontrarse en Guasca nuevamente para trabajar en el sector agrícola. Esta segunda vez están trabajando en un cultivo de fresa y viven en una casa a las afueras del casco urbano. La persona que cuida de sus hijos mientras ellos están laborando, es una de las vecinas que vive en su misma casa.

Mariana trabaja en un cultivo de flores en una vereda, vive con su hijo menor en el casco urbano del pueblo y su hija mayor está a cargo de su madre en Venezuela. Cuando ella migró lo hizo de forma independiente por los pasos migratorios irregulares en los que contrató a una persona que le ayudara a cruzar el río. Lo hizo de forma solitaria, dejó a su hija mayor al cuidado de su mamá, en Guasca uno de sus familiares le estaba esperando para ayudarla a acomodarse en el pueblo. Al igual que las otras mujeres que cruzaron la frontera por pasos irregulares, no contaba con ningún tipo de identificación ni ningún permiso que le permitiera trabajar). Trabajó de forma irregular en varias panaderías, restaurantes y cultivos en el pueblo, hasta que quedó embarazada y no pudo trabajar más debido a que tuvo complicaciones en el último trimestre de su embarazo. Al tiempo sus padres por ser colombianos le pasaron la nacionalidad a Mariana, a partir de eso ha podido trabajar en los cultivos de flores formalmente. Con los años pudo reencontrarse con su familia y trajo a su hija, su mamá y otros familiares a vivir al pueblo, pero las dinámicas familiares no funcionaron y su mamá con su hija regresaron a vivir a Venezuela buscando el bienestar de la abuela y de la niña.

María al igual que Carolina vive y trabaja en los cultivos de cebolla larga junto a su esposo y sus dos hijos, es de las mayores de las mujeres a las que entrevisté. Su esposo fue el primero que migró a Guasca y desde Colombia le enviaba remesas para cubrir los gastos de los niños y de ella. No obstante, no les estaba alcanzando el dinero que él ganaba en los cultivos de cebolla, entonces deciden que María migre junto a sus dos hijos. María ingresó al país de forma irregular, debido a

que no contaban con ningún documento de identificación, ni ningún permiso de trabajo. En Guasca los estaba esperando su esposo y el plan era que ella llegara a trabajar junto a él en los cultivos de cebolla en lo que él vivía y trabajaba. Ella es quien cuida de sus hijos en el lote de cebolla en el que viven, no hay otras cuidadoras inmersas en el día a día de los niños, pero ella construyó una red que la apoya a ella y con el que su labor se beneficia. Emma es de las mujeres mayores con las que hablé, pues tiene una hija adolescente que está en Venezuela con su padre. Viajó de forma autónoma con la ayuda de los familiares que tenía en Guasca, para ganar independencia económica pero también para poder mandar dinero para su hija. Emma también migró en el tiempo en el que la frontera estaba cerrada por uno de los pasos irregulares que hay cerca de Cúcuta. No cuenta con ningún documento de identificación, ni ningún permiso de trabajo. Estando en Guasca conoció a quien ahora es su pareja y con quien está viviendo, ambos trabajan en los cultivos del municipio, ella en las fresas, él en la papa.

Liliana migró a Guasca con su hijo que en ese entonces tenía 1 año gracias a un amigo que le ayudó con los pasajes para que se viniera con su hija, cruzó de forma irregular la frontera y su amigo le recibió en el pueblo. Ella no entró a trabajar en los cultivos del municipio porque no estaba acostumbrada al trabajo físico, entonces trabajaba ocasionalmente en las tiendas del casco urbano por turnos. Los turnos que le daban no le alcanzaban para pagar sus gastos, entonces su amigo le pidió la habitación en la que vivía con su hija. La jefa de uno de los negocios en los que trabajaba fue quien la apoyó cuando tuvo que entregar la habitación donde su amigo, pues le dio una habitación en su casa para que viviera con la niña, cubría los gastos de alimentación-vivienda y le dejaba a la semana tres turnos fijos de forma informal. Durante la temporada navideña trabajó durante todo el mes de diciembre en el negocio de su jefa, entonces tuvo que contratar a la señora Carmen para que cuidara de la niña mientras ella trabajaba.

América a diferencia de las otras mujeres tiene un título profesional en su país, pero por la crisis perdió su empleo y tuvo que migrar. Ella fue de las pocas que llegó directamente a una ciudad grande como Bogotá a la casa de unos familiares que la recibieron con su hija menor, mientras ella podía encontrar alguna fuente de ingresos. Ella ingresó al país de forma irregular con su hija menor debido a que la frontera estaba cerrada, sus otros dos hijos se quedaron en Venezuela el mayor vive solo, mientras que el de la mitad quedó al cuidado de la abuela. En su llegada a Bogotá trabajó junto con su hija vendiendo dulces y galguerías en el Transmilenio, pero por el

ambiente tan complejo de la venta ambulante en el sistema público decidió cambiar de ciudad. Es ahí donde una conocida la recomienda para cuidar una finca en una de las veredas de Guasca, es allí donde se encuentra en estos momentos trabajando y viviendo cerca al casco urbano junto con su hija. Con el tiempo pude acceder a una campaña de regularización y ahora en estos momentos tiene vigente el PPT.

En las próximas páginas el lector podrá conocer más de las vidas de cada una de estas mujeres venezolanas y de las estrategias que han empleado al pasar los años para cuidar de sus hijos e hijas, pese a las dificultades por la que pasan por su género, nacionalidad y condición de pobreza. En el primer capítulo muestro la forma en la que las mujeres desarrollan redes de cuidado transnacional como una estrategia de apañe para garantizar la supervivencia de sus familias. Allí discuto sobre la transnacionalidad de sus familias, pues con la migración los roles de las familias se refuerzan o se transforman por la distancia. discuto también el rol de las mujeres dentro de las configuraciones relacionales de sus familias, pues muestro el caso de los cultivos de cebolla como vivienda y lugar de trabajo. En el segundo capítulo discuto sobre la estigmatización que hay en el municipio de las maternidades migrantes por las estrategias que emplean para el cuidado de los niños, la maternidad a distancia es una de las criticadas bajo la figura de “mala madre”. hablo sobre la naturalización de la madre como uno de los principales responsables de designar a la madre como la responsable principal de los hijos e hijas. acompañado con la ideología de la maternidad intensiva, esto contribuye a que se generen unos parámetros de lo que es el “buen cuidar” de los niños y niñas. Esto conlleva a la estigmatización de las maternidades migrantes por escaparse de los parámetros más reconocidos de la maternidad intensiva.

CAPÍTULO 1: Redes transnacionales de cuidado como estrategia de las maternidades migrantes.

- *¿En los cultivos de cebolla les dicen algo por estar con los niños?*
- *No, allá mayormente las mujeres tienen hijos. Hasta niños pequeños. Allá hay mujeres que trabajan hasta con niños de un añito o meses. Yo digo a veces, eso es fuerte así, esos pobres niños con ese sol que está haciendo ahorita.*
MARÍA, Madre venezolana, Enero 2024

La migración trae consigo cambios en las formas en las que las mujeres migrantes ejercen sus maternidades. Ya sea que migren con los niños o que los dejen al cuidado de familiares, el cambio de Estado-nación implica que las dinámicas familiares y personales de las mujeres sufran transformaciones. De igual forma, influyen las condiciones sociales y económicas con las que cuentan las madres a la hora de emprender su viaje hacia Colombia, pues esto condiciona su adaptabilidad en la sociedad de destino. Las mujeres venezolanas con las que dialogué en mi trabajo de campo se encontraban en una situación migratoria irregular debido a que entraron al país por pasos irregulares, además de no contar con documentos que les autoricen su estadía en el territorio colombiano. Por la situación política y social en la que se encuentra Venezuela desde hace una década, estas mujeres no contaban con trabajos estables ni tampoco con un salario mensual o alguna entrada económica. Por esto, el presupuesto que tenían para migrar a Colombia era reducido: algunas llegaron caminando desde Venezuela, mientras que otras tuvieron que pedir dinero prestado a sus familiares y amigos en el exterior. En su llegada a Colombia algunas fueron recibidas por familiares, amigos o conocidos, mientras que otras tuvieron que vivir en los refugios que hay en varias ciudades.

Algunas migraron con sus hijos e hijas desde Venezuela, unas dejaron sus hijos e hijas encargados con sus familiares en sus ciudades natales y otras quedaron en embarazo en Colombia. En los tres escenarios las mujeres venezolanas vivían con la incertidumbre de enfrentarse a un

nuevo país sin tener los documentos necesarios para estar en una situación regular, ni de contar con el dinero suficiente para vivir mientras resolvían su situación migratoria. Todas han mencionado que en algún momento han sentido la discriminación por su nacionalidad, ya sea porque personas colombianas se niegan a arrendarles algún tipo de vivienda, porque creen que son personas “peligrosas” que van a hacerles daño o porque dicen que hacen magia negra. Pero también las han discriminado por su género sumado a su nacionalidad, Carolina Narvéez comentaba que durante sus jornadas laborales vendiendo café los hombres asumían que era una trabajadora sexual y le preguntaban cuánto cobraba por sus “servicios”. Este tipo de propuestas con intenciones sexuales no son una simple confusión o casualidad, sino que responde a un imaginario social en el que las estigmatiza como “quita maridos” “aprovechadas” o que las asocia directamente con el trabajo sexual.

La discriminación por su género, nacionalidad y sus bajas condiciones económicas, se agudizan con la situación migratoria irregular en la que se encuentran, y por ende el de sus familias. Todas las mujeres con las que hablé se asentaron en Guasca por las altas posibilidades de conseguir trabajo sin contar con permisos de trabajo, ya sea en los cultivos que quedan en las veredas del pueblo o los negocios que están en el casco urbano. Aunque las condiciones laborales en las que están son precarias e injustas, ellas aseguran que siempre se puede trabajar “*en un lado o en otro*”. Dado que no tienen un contrato formal, no tienen prestaciones laborales, tampoco tienen un periodo fijo de trabajo. Esto genera una incertidumbre, en el sentido de que no tienen forma de calcular el monto de sus ganancias, porque no saben cuantas semanas trabajarán.

Ya sea que tengan con ellas a sus hijos o hijas, o que estén en Venezuela, estas mujeres son las encargadas de gestionar el cuidado de las familias. Las estrategias que emplean están atravesadas por las posibilidades de acción que tienen dentro de la posición de vulnerabilidad en la que se encuentran, pero también por el hecho de que las vidas de sus familias se desarrollan entre Colombia y Venezuela. Por lo tanto, propongo que las redes transnacionales de cuidado es una de las estrategias de apañe que las mujeres venezolanas emplean para asegurar su supervivencia y la de sus familias que están tanto en Guasca como en diversas partes de Venezuela. Esta estrategia es un entramado complejo de relaciones entre varios actores que están en lugares diferentes para distribuir y suministrar prácticas de cuidado. Las familias cumplen un papel importante en esta red de cuidados transnacionales: las abuelas, tías, hermanas y, en algunos casos, padres son los que apoyan a las madres venezolanas a cuidar de los niños y niñas. Las

configuraciones familiares constantemente se están cuestionando, reforzando e incluso redefiniéndose.

Aunque no están en el mismo Estado-nación, estas mujeres están inmersas en dinámicas sociales tanto allá en Venezuela, como acá en su nuevo lugar de residencia. Es por eso que están constantemente refiriéndose a un “allá” retórico para hacer alusión a Venezuela, específicamente a su ciudad de origen, al lugar donde mantienen un arraigo. Así mismo, usan el “acá” para especificar los acontecimientos que ocurren en Guasca y para contar anécdotas que ocurrieron en otras partes de Colombia. Entonces, durante las conversaciones y las entrevistas podemos escuchar cómo el “allá” va acompañado de nostalgia al estar asociado a acontecimientos del pasado. En este capítulo no replico esa dicotomía del “acá” y “allá”, pues la diferenciación del “allá” con el “acá” resulta complejo incluso para ellas. Las familias se van moviendo entre territorios según las condiciones y las eventualidades, sus proyectos de vida se van acomodando a lo que ocurre y a las circunstancias. El dinamismo de estas familias transnacionales sobrepasa las dicotomías y las fronteras, pues son parte de ambas sociedades en tanto que participan de ellas activamente y las redes transnacionales de cuidado son un reflejo de esto (Levitt y Schiller, 2004). Sin embargo, no desconozco los efectos que tienen las fronteras político-administrativas sobre la ciudadanía de las migrantes venezolanas y sus familias.

Las redes transnacionales en las familias venezolanas

Me refiero a las redes transnacionales de cuidado como un “complejo” entramado de relaciones porque incluso cuando estaba procesando la información fue confuso para mí entender la organización que tenían. Aunque comprendía lo difícil que es coordinar el cuidado de la familia entre las obligaciones laborales, las vicisitudes y el poco tiempo libre, no dimensionaba toda la organización que hay detrás de las maternidades transnacionales. En esta investigación no hago un análisis longitudinal de las historias familiares, debido a que me centré en las experiencias de las madres venezolanas que estaban en Guasca. No obstante, no puedo pasar por alto que en las maternidades migrantes hay otras personas involucradas en la organización de los cuidados que las madres coordinan. Precisamente necesitan de otros actores para brindarle los cuidados a los niños dado que estas madres son proveedoras y cuidadoras al mismo tiempo, entonces constituyen una red de personas que las apoya. Por las diferentes circunstancias en las que están las familias de estas mujeres, sus integrantes están divididos entre Colombia, Venezuela y otras partes del mundo. Aunque pueda que haya momentos de reencontrarse y de distanciarse, la ciudad y país de

residencia puede ir cambiando conforme los planes migratorios de los integrantes cambian. Más adelante, discutiré la forma en la que este tipo de familias lidian con el distanciamiento, las fronteras político-administrativas, la ciudadanía y el cuidado.

Las mujeres eran quienes estaban a cargo de los cuidados de sus hijos estando en Venezuela, por ejemplo; Valeria estaba involucrada en los cuidados de sus hermanos menores. Los cuidados en el sentido cotidiano y afectivo eran brindados por las madres y otras mujeres que hacían parte de las familias de estas mujeres, mientras que el apoyo económico estaba a cargo tanto de hombres como de mujeres, mediante el envío de remesas. Todas las mujeres venezolanas con las que hablé aseguran que a causa de la crisis económica y política que atraviesa su país es que deciden mirar otras alternativas. Entre esas alternativas está la migración como una opción para ganar ingresos y poder sustentar los gastos de manutención como comida, servicios de salud, transporte y vestimenta, pues todas tienen vivienda propia en sus lugares de origen. Karla empezó viajando a Colombia para comprar mercancías y luego venderlas en Venezuela y así tener un ingreso, pero con el tiempo se volvió más complejo y costoso ir y volver, dejó de ser rentable. Entonces, es cuando su prima le propone irse a Guasca a trabajar con ella de forma irregular en los cultivos y en los negocios que hay en el casco urbano.

Karla decide migrar a Colombia para buscar un empleo, debido a que veía que la situación en su país estaba complicada y con su esposo no lograban encontrar trabajo. Dado que se iba a “probar suerte” a Guasca, no migró junto con su hijo debido a que no contaba con dinero para rentar un apartamento para que vivieran con ella, ni tampoco tenían con quién dejarlos mientras ella trabajaba. Igualmente, no sabía si iba a poder encontrar un trabajo o si le pagarían lo suficiente como para cubrir todos los gastos de los niños, en tanto que no contaba con los permisos requeridos para estar en el país. Como Karla muchas mujeres deciden migrar de forma autónoma, pese a la posición de vulnerabilidad en la que se encuentran, para brindarle mejores condiciones de vida a su familia. Por lo que una de las cuestiones que deben de “resolver” es qué va a pasar con los niños y niñas ¿Se los llevan con ellas? ¿Quién va a cuidar de los niños en Guasca mientras ellas trabajan? ¿Podrán estudiar en Guasca? ¿Se quedan con su familia en Venezuela mientras se estabilizan? ¿Quién va a ser el responsable de los niños mientras ellas no están? ¿Los niños y niñas prefieren quedarse o migrar? ¿Algún día va a haber una reunificación familiar? A partir de este dilema se desprenden muchas emociones y sentimientos, como lo expresaron ellas, en los que el cuidado es

el eje central. Aunque los niños y niñas cuenten con una red de apoyo que es más amplia que sus madres, siguen siendo ellas las que se les ve como las encargadas de gestionar y garantizar su cuidado (Del Valle et al., 2002). Reconocen que los niños, niñas y adolescentes requieren de unos cuidados que, hasta el momento de la migración, ellas proveían en su figura de madre.

Para gestionar el cuidado de sus hijos recurren a diferentes estrategias migratorias, teniendo en cuenta la cantidad reducida de posibilidades con las que cuentan. En algunos casos “*encomiendan*” a sus hijos con familiares en sus lugares de origen, mientras ellas trabajan en Guasca y les mandan remesas para su subsistencia. En los casos en los que deciden migrar con los niños y niñas deben de gestionar el cuidado de ellos mientras ellas trabajan, entonces migran con otras mujeres que cumplen el rol de cuidadoras o contratan los servicios de guardería y “*cuido*” que ofrecen mujeres en el pueblo. No obstante, contratar a una persona para que se haga cargo del cuidado de los niños conlleva un gasto adicional que, dependiendo de la configuración familiar y el número de niños, puede ser un gasto imposible de asumir. Por eso, hay otros casos en los que las mujeres venezolanas deben de llevar a sus hijos a sus lugares de trabajo porque no cuentan con los recursos humanos y/o económicos para que otra persona cuide de ellos. Como dije antes no quiero caer en este binarismo del aquí/allá, entonces voy a mostrar los arreglos que hacen estas mujeres venezolanas en tres escenarios: cuando las mujeres tienen sus hijos/hijas en Guasca con ellas, cuando sus hijos/hijas están al cuidado de familiares en Venezuela y cuando tienen una parte de sus hijos/hijas en Guasca y otra parte en Venezuela. En un principio escribí el capítulo para que se entendiera la “maternidad a distancia” para ver cómo las mujeres gestionan los cuidados de sus hijos/hijas que se encuentran en Venezuela y la “maternidad directa” para mostrar cómo hacen las mujeres que tenían a sus hijos con ellas en Guasca. No obstante, esta división no logra capturar los arreglos que hacen las madres venezolanas que tienen hijos/hijas tanto en Venezuela como en Guasca, pues es allí donde tienen una gestión doble que es resuelta de formas distintas. La narración y mi análisis empieza con Guasca y las situaciones que viven las mujeres venezolanas allí, debido a que es la localidad lo que comparten todas y porque son los desafíos a los que primero ellas se refirieron en las entrevistas.

Las mujeres venezolanas al migrar a Guasca pasaron por diferentes desafíos relacionadas a las condiciones de pobreza con las que salieron de Venezuela, a su estatus migratorio¹ y a la estigmatización que está asociada a su nacionalidad y a su género. En el pueblo hay un discurso de que las mujeres venezolanas son “quita maridos” “interesadas” “fáciles”. Por esto, la llegada de las mujeres se percibe como una amenaza para las familias del pueblo, pues las señoras afirman que “*ellas están esperando su oportunidad de hacerse a un negocito o una casa*”. Junto con el estigma que viven día a día en el pueblo por su género, nacionalidad y condiciones de pobreza, se sobreponen los desafíos para establecerse en Guasca junto con sus familias. De las 9 mujeres venezolanas con las que hablé, sólo 1 de ellas no tiene hijos en Colombia, en cambio las otras 8 tienen algunos de sus hijos/hijas en Guasca o la totalidad de ellos. Emma es la única que no tiene hijos en Guasca, pero sí tiene una hija adolescente que vive en su ciudad de origen en Venezuela con su padre. América además de su hija de 8 años que vive con ella en Guasca, tiene 2 hijos mayores que viven en Venezuela, el mayor ya es profesional y vive de forma independiente con su pareja, mientras que el hijo de la mitad vive con su abuela y está en los primeros semestres de la Universidad. En ambos casos tienen hijos que no necesitan de una compañía constante que cuide de ellos, pero sí necesitan de adultos que estén acompañándolos y orientándolos. Empezar de 0 en un nuevo país es en sí mismo un desafío porque deben de gestionar los cuidados de la unidad familiar y las formas para garantizar su subsistencia, cuando no se cuenta con permiso de trabajo, dinero para cubrir las necesidades o una red de apoyo. Sin embargo, cada una de las madres venezolanas consolidaron redes tanto en Guasca como en Venezuela que les permite cubrir las necesidades de los más pequeños, pero que también son un apoyo en su labor como madre que puede sentirse como algo solitario. Es por eso que a continuación mostraré los desafíos a los que se enfrentan y las medidas que toman para afrontarlos. Al mismo tiempo, iré tejiendo las redes de cuidado a partir de la reconstrucción de los relatos que estas mujeres compartieron conmigo durante mi trabajo de campo.

Entramado de actores

Así sea que tengan sus hijos en Venezuela con sus familiares, que tengan con ellos asus hijos o que ocurra ambas cosas, las mujeres primero deben de asegurar trabajo y vivienda en

¹ Todas entraron al país de forma irregular por pasos no autorizados, pero en diferentes temporalidades. Aunque después durante sus trayectorias de vida Mariana y Vanesa obtienen la nacionalidad y América consigue regularizar su situación migratoria al obtener el Permiso por Protección Temporal (PPT) en una campaña de regularización realizada por Migración Colombia.

Guasca. En el caso de las madres que envían remesas a Venezuela para los gastos de sus familiares, depende mucho el trabajo que tienen y el lugar en el que viven pues eso condicionará la regularidad con la que enviarán dinero. Las que viven con sus hijos, o una parte de ellos en Guasca, es aún más complejo porque deben de encontrar un espacio que puedan costear, pero que sea cómodo y seguro para los niños y niñas. Encontrar un espacio en el que puedan vivir y un trabajo es clave al momento de migrar, sobre todo si se tienen niños. En las historias de las 9 mujeres venezolanas con las que hablé, encontrar una vivienda era el primer paso para establecerse en Guasca y lograr construir un proyecto de vida propio y como familia, al igual. El trabajo también es muy importante pero como decía Valeria *“me ha gustado Guasca por lo que hay fuentes de trabajo”*. Precisamente ese es uno de los mayores desafíos a los que se han enfrentado todas al momento de establecerse en el municipio de Guasca, pues en el casco urbano ya hay un problema de vivienda que se agudiza con la postura de muchos arrendadores de “no se arrienda a venezolanos”. Como en esta investigación no pretendo hacer una reconstrucción histórica de las historias migratorias de las mujeres venezolanas y sus familias, es importante aclarar que las redes van cambiando con el pasar del tiempo y el cambio de las circunstancias en las que se encuentran las mujeres. A continuación, voy a mostrar las redes transnacionales que las mujeres emplean de forma reciente, pero a lo largo del texto mostraré actores pasados que fueron claves en cada caso.

Vivienda

Encontrar un lugar donde vivir en Guasca puede ser todo un desafío porque en el casco urbano no hay un número suficiente de viviendas, pero la situación empeora al tratarse de mujeres venezolanas. Como he mencionado anteriormente, las migrantes irregulares están peor pagadas que las personas del pueblo, porque al no tener un contrato, los empleadores fijan precios muy bajos a su conveniencia. Emma recordaba la vez que *“he trabajado en restaurantes”* recalca que la jornada laboral era muy extensa y que *“eso le sacan la chicha a uno y pagan poco, el sueldo no alcanza para nada”*. Mientras que ellas están mal remuneradas por su trabajo, el precio de los arriendos se incrementa cada vez más por la alta demanda. Guasca es un municipio con una gran extensión, pero el casco urbano es relativamente pequeño, con la llegada de trabajadores para los cultivos que están en las veredas se incrementó el número de habitantes, pero no se han construido más viviendas. En las veredas no hay muchas opciones de vivienda, pues aún predominan las fincas y muchas de ellas no cuentan con los servicios básicos (agua, luz, gas), además que la comunicación entre veredas y con el municipio es muy complejo al no tener transporte público.

Es por eso que las personas prefieren vivir en el casco urbano, pues representa una mayor comodidad para ellos y sus familias. Incluso para los residentes colombianos del pueblo es complejo encontrar viviendas en arriendo, Sofía que es una comerciante del pueblo me contaba que *“para conseguir este apartamento fue, mejor dicho, una odisea”* refiriéndose al actual apartamento en el que viven *“acá todo el mundo nos conoce, pero si no fuera por la señora Carmen que nos recomendó no sé qué hubiéramos hecho”*.

Además del poco número de inmuebles disponibles para la renta, en Guasca se ha generalizado una tendencia en la que los habitantes no les arriendan a extranjeros, es decir a los migrantes venezolanos. Las razones detrás de esa decisión son diversas, unas personas dicen que no cuidan las casas, mientras otras personas dicen que quieren adueñarse de las propiedades. Sin embargo, una de las justificaciones que usan es que inicialmente llegan a vivir un número determinado de personas, pero dicen que paulatinamente ese número de habitantes va aumentando con el tiempo. Entonces, bajo esa premisa no les arriendan a migrantes venezolanos, ni tampoco a personas colombianas que vivan con venezolanos, este es el caso de Valeria *“mi pareja es colombiano, pero digamos él va a buscar un arriendo y dice que tiene una mujer venezolana y ya no le quieren arrendar”*.

Sobre esto la señora Carmen explica que las personas más perjudicadas son las *“mamás venezolanas con sus hijitos que son discriminadas sin ninguna justificación”* haciendo referencia a que el problema iba más allá de la ocupación de muchas personas en un inmueble *“porque como dice uno, así como hay gente mala, hay gente buena”*. Aunque en el pueblo sí hay una constante queja por las propiedades que están densamente habitadas, las quejas van orientadas a que las personas venezolanas son *“bullosas” “peleonas” y “bochincheras”*. Los vecinos dicen que las personas venezolanas *“acaban con la tranquilidad del pueblo”* como me decía una señora, pues ellos dicen que las personas venezolanas están acostumbradas a vivir de forma diferente. No arrendarles a personas venezolanas va más allá de que vivan varios integrantes de la familia, sino que estigmatizan las formas en las que se expresan como *“inapropiadas”*. Esto es un fenómeno más bien generalizado que también se ha dado en otras partes del país a lo largo de estos años *“en un recorrido por un sector del sur de Bogotá, MigraVenezuela pudo constatar que es frecuente ver avisos con el mensaje ‘No se alquila a extranjeros’”*. El medio periodista Mutante, realizó una investigación en redes sociales en la que analizó la imposibilidad de las personas venezolanas de

encontrar vivienda y se encontraron con que “en grupos de Facebook en Guasca, Facatativá, Tocancipá, el Rosal y Zipaquirá encontraron avisos de arrendamiento con el veto xenóforo y numerosos comentarios que lo respaldaban”.

Ante esta realidad, se vuelve muy complicado para las madres venezolanas poder encontrar una vivienda para vivir con sus familias en el pueblo, sin embargo, encuentran alternativas a esta problemática porque igual seguirán trabajando en las veredas del municipio. Entonces, muchas de ellas son recibidas por conocidos que ya estaban en Guasca y que les brindan una mano mientras se acomodan, otras se juntan con amigas para sacar habitaciones en arriendo, e incluso encuentran “*personas de buen corazón*” que las apoyan sin esperar nada a cambio. Sobre esto Emma me contaba que ella entiende a las personas que se niegan a arrendarle a venezolanos porque en un apartamento que es para cinco personas, llegan a vivir diez. Pero reconoce que la situación está complicada para conseguir vivienda a un precio que sea asequible para los migrantes, pues además de sus gastos, deben de mandar dinero a Venezuela que está dolarizada, aunque no sea oficialmente. Ella dice que sus ingresos fluctúan semana a semana, esa incertidumbre salarial le produce una inestabilidad económica porque igual debe de mandar una misma cantidad de dinero para los gastos de su hija. Es por eso, que en muchos casos se juntan con familiares o conocidos para poder costear un lugar en el que ellas y sus hijos vivan. Muchas de ellas tienen “*casa propia*” en sus lugares de origen y tener que buscar un lugar en el que le arrienden a ‘extranjeros’ les da nostalgia por “*todo lo que se deja atrás*” como dice Emma. La solución que encontró a esto fue irse a vivir junto con más familiares y su pareja que conoció estando en Guasca a una vereda cercana en la que el apartamento que arrendaron “*queda en el campo, pero no hay equipos; la luz es pésima, el agua es horrible, no hay calentador, no hay cocina, no tiene baño. Uno como pudo tuvo que resolver*”. Esta es una forma de crear redes de cuidado, pues pagar de forma colectiva el arriendo con su familia le permite ahorrar un poco más de dinero para poder mandarle a su hija y su cuidador.

En el caso de Karla, Mariana y Liliana ellas llegaron a las viviendas en la que estaban sus familiares, amigos y conocidos que las recibieron y animaron a migrar a Guasca por las buenas condiciones laborales que hay. Esta red migratoria les ayudó a ubicarse en el municipio en un principio mientras encontraban trabajo, tener una persona en la sociedad de destino es un apoyo con el que no todas las mujeres cuentan. En el caso de Karla la persona que la recibió fue una

prima con la que no tenían contacto frecuentemente, pero al ver su estado físico le propuso migrar “una vez hablamos por WhatsApp y yo le mandé una foto y ella me dijo ‘estás muy flacuchenta’ ‘¿en qué situación estás?’” relata Karla con nostalgia “Yo sí estaba muy flaca. Y estábamos pasando en ese momento una situación grave, ya me había quedado sin el negocio y no había trabajo”. La prima de Karla habló con la señora que le arrendaba la habitación en la que vivía para que las autorizara a vivir juntas mientras que se acomodaban. Sin embargo, más adelante Karla cuando quiso reunificar a su familia, tuvo complicaciones para encontrar un apartamento más grande en el que pudieran vivir sus hijos, esposo, padre y hermanos que venían de Venezuela. Primero porque no encontraban un apartamento que le arrendaran y segundo porque ella junto a su hermana eran las únicas que había migrado, pero al poco tiempo se quedaron sin trabajo. Entonces, eran las responsables de mantener los gastos del hogar y de ubicar a sus familiares en los trabajos, para que fuera más fácil para ellos. Sin embargo, no todos sus familiares encontraron trabajo y tuvieron que mudarse a otras ciudades o devolverse a Venezuela. Fue gracias al trabajo que consiguió su esposo que su jefe les arrendaba un pequeño apartamento en el que vivían con sus hermanos menores y sus hijos.

No obstante, no todos los casos son como los de Karla, pues hay vínculos con familiares y amigos que se debilitaron cuando llegaron a Guasca, aunque se den redes transnacionales de apoyo no se deben romantizar dichos vínculos. Liliana me comentaba que su amigo y la pareja de él al principio le brindaron un techo sin pedirle nada de dinero, mientras se lograba acomodar. La cuestión fue que se demoró en encontrar un trabajo, sólo hacía turnos ocasionales en locales del pueblo, pero ese dinero lo usaba para cubrir los gastos de pañales, leche formulada y sus implementos de aseo. En algunos momentos, sus papás le mandaban “algo de dinero” para apoyarla con los gastos de su bebé debido a que el papá de la niña no respondía por ella. Esto hizo que la relación con su amigo se debilitara, pues discutían a menudo por cuestiones de dinero y ella se sentía “humillada” porque no podía aportar económicamente, pero tampoco tenía dónde más irse. Sin embargo, ella dice que ahora entiende la molestia que sentían sus amigos, porque “es duro sentir que uno está manteniendo a alguien, cuando uno está pasando dificultades, hambre”. Estar con una bebé de brazos y no contar con un trabajo con regularidad complica aún más conseguir una vivienda. Pues, encontrar una habitación en arriendo es aún más complicado cuando no se conoce a nadie en el pueblo, además de esto Liliana comentaba que “las piezas estaban

caras, yo estaba sola y no alcanzaba a ayudar en la casa de Pedro [su amigo], ahora sí menos pagar sola”.

En ese momento, la mujer que era su jefa le ofreció vivir en la casa de ella sin que tuviera que pagar algo de dinero por arriendo, servicios o comida. Desarrollaron una relación de apoyo porque mientras que su jefa y el esposo respondían por los gastos básicos de la casa, Liliana respondía por las labores de la casa cuando no tenía turnos para hacer: cocinaba, barría, trapeaba y organizaba las zonas comunes. La jefa le garantizaba la mayor cantidad de turnos semanales para que pudiera cubrir los gastos de la niña y mandarle dinero a su familia en Venezuela. Incluso cuando la niñera de los hijos de la jefa no podía cuidarlos, ella cuidaba de ellos como un gesto de agradecimiento, pero sobre todo como una forma de apoyo. En el caso de Liliana, la red transnacional de cuidados se da por parte del envío de remesas entre su familia y ella, pero también por la contención emocional que le brindó su mamá desde la distancia. Por la situación tan compleja en la que estaba en Colombia al no tener trabajo, por lo sola que sentía en el cuidado de la bebé, pero también por la ruptura amorosa que tuvo con el papá de la niña. Y por el otro lado, tenía una red de apoyo en Guasca que le ayudaba con sus gastos de manutención, pero también que le aseguraba los turnos de trabajo, esto le daba cierta estabilidad financiera.

“Cuido”

El cuidado de niños es de las mayores preocupaciones de las mujeres venezolanas, pues 7 de las 9 mujeres con las que hablé tienen hijas e hijos de la primera infancia o preadolescentes que requieren ser supervisados por un adulto. En los tres escenarios de maternidad migrante del que he venido hablando, las mujeres procuran mediar el trabajo, el dinero y la distancia con los cuidados cotidianos de los niños. Los arreglos a los que recurren varían según si son las cuidadoras principales o si los niños/niñas se encuentran al cuidado de otra persona, como también depende de las edades ellos. Muchos de los niños no logran entrar al colegio o acceder a servicios como la Ludoteca por varios factores; como los planes migratorios de la familia, por los estatus migratorios mixtos de las familias y la situación de inestabilidad generada por su posición de vulnerabilidad. Aunque todos los niños y niñas tienen derecho a obtener el Permiso por Protección Temporal (PPT), no todos los hijos de las migrantes venezolanas cuentan con este documento. La principal razón que encontré en las entrevistas es que las mujeres presentan problemas de acceso a la información para hacer los trámites, pues 6 mujeres de las 9 migrantes venezolanas que entrevisté

desconocían que podían pedir el PPT para sus hijos sin el requisito de haber nacido en territorio colombiano. En sus relatos expresaban la desconfianza que sienten hacia las instituciones públicas, debido a que sienten miedo que por algún motivo “les quiten” a los niños o los deporten a Venezuela por ellas no tener ningún tipo de documentación. Otra de las razones que encontré es que no le ven utilidad al PPT, muchos de los comentarios que escuchan de otros migrantes es que *“la vida no cambia con esto [el PPT]”* recordaba María que le decía su amiga Sara *“el niño se me apesó y allá abajo [el centro médico] no lo quisieron recibir. Igual tuve que ir a la farmacia por alguna medicina”*.

El colegio y las actividades extracurriculares se vuelven espacios que contribuyen al cuidado de los niños y niñas, en tanto que están al cuidado de profesoras e instructoras. No tener acceso a dichos espacios por parte de las familias migrantes no regularizadas, hace que las madres tengan que recurrir a otras personas en el pueblo que se vuelven clave en el cuidado de niños y niñas, mientras las mujeres trabajan. En algunos casos, son familiares que cuidan de los niños mientras ellas trabajan a cambio de una remuneración económica o como forma de apoyar la economía familiar. Algunas recurren a contratar los servicios de mujeres locales que tienen guarderías en sus casas, en las que los precios pueden variar y también las valoraciones. Mientras que en otros casos las mujeres por falta de recursos deben de llevarse a los niños al trabajo para no dejarlos solos mientras transcurren sus horarios laborales. En el caso de los niños que están en a cargo de familiares en Venezuela es diferente, pues la mayoría del tiempo tienen acompañamiento debido a que sus madres cubren con sus gastos y los de los cuidadores.

Valeria trabaja en una empresa de flores que queda en una de las veredas del municipio, su jornada laboral empieza a las 6:00 am, su hijo tiene 3 años por lo que aún no es posible llevarlo al colegio departamental. Entonces, debe de gestionar quién se va a hacer cargo de él mientras ella llega del trabajo a las 3:00pm para hacerse cargo del niño y de las tareas del hogar. Después de que Valeria dio a luz a su hijo, junto con su esposo se asentaron definitivamente con su esposo por las oportunidades laborales que tenía su esposo en los cultivos de cebolla larga y flores. Los primeros 8 meses de vida de su hijo ella se dedicó a cuidar de él y hacerse cargo del hogar, pues ella era quien cocinaba, hacían mercado, administraba el dinero del hogar y quien hacía aseo. Pero, la economía del hogar no era la mejor y necesitaban tener una entrada adicional, entonces Valeria empieza a trabajar. Por esta razón necesitaban encontrar una persona que cuidara del bebé, en esas Valeria le propone a su mamá, Lisa, que se mudara a vivir con ellos a Guasca, pues allí había

oportunidades laborales y su padrastro se había quedado sin empleo. Valeria y su esposo recibieron a su mamá, su padrastro y su hermana menor que tiene la misma edad que su hijo. Al tener dos niños en la casa deciden que la mamá de Valeria se quede a cuidar de los niños mientras que Valeria, su esposo y su padrastro trabajan en los cultivos de flores. Con este arreglo, Lisa se quedaba en la casa haciendo las labores del cuidado del hogar como cocinarles, limpiar, al mismo tiempo que cuidaba del hijo de Valeria y del suyo.

En un principio, Lisa era quien asumía el cuidado del menor mientras Valeria, su esposo y su yerno trabajaban en los cultivos de flores, como una muestra de apoyo debido a que ellos eran quienes respondían por los gastos del hogar. Este arreglo es muestra de un redcuidado que apoya a Valeria, pues la familia de su mamá se mudó como una forma de apoyarla con el niño, pero también para que Elisa y su familia mejoraran sus condiciones de vida producto a la posibilidad de trabajo. Al poco tiempo, las condiciones laborales del esposo de Lisa mejoraron y ahora tenía un contrato laboral que le daba una estabilidad laboral y económica. Esto se dio porque él es colombiano, aunque vivió la mayor parte de su vida en Venezuela, entonces sus ingresos aumentaron y les dio la posibilidad de dividir los gastos del hogar *“por cabeza”*. Con la división de los gastos por persona, Elisa empieza a cobrarles una mensualidad por los cuidados del niño *“yo le pago \$150.000 quincenal”* mientras ellos están laborando, para tener una entrada adicional. Entonces, Valeria se despierta a las 4:30 para alistarse para el trabajo, preparar la comida de ellos y dejar listo las cosas del niño. Este es el primer y único hijo que tiene Valeria, prefiere que sea su mamá quien cuida de su hijo porque *“yo no sé cómo lo vayan a tratar los demás. A cambio, ella, pues, es la abuela”*. La llegada de su mamá al pueblo significa una gran ayuda para ella y para su esposo, pues *“en la madrugada no me toca sacarlo con ese frío, llevarlo a otro lugar, sino que él queda ahí dormido en su cama y listo”*. Aunque Valeria le gustaría pasar más tiempo con su hijo, por su trabajo no es posible tener otros horarios o más disponibilidad, esta es la mejor forma de garantizarle un bienestar a su hijo.

No todas las mujeres cuentan con familiares que les colaboren con el cuidado² de los niños, y recurren a las señoras que en el pueblo se encargan a cuidar los niños en sus casas, conformaron como *“guarderías”*. La señora Carmen es de las cuidadoras del pueblo que más tiempo lleva con

² “Cuido” es la forma en la que se refieren a las actividades del cuidado realizadas por terceras personas y que tiene un intercambio económico de por medio. “Cuido” es el oficio de las mujeres como la señora Carmen que dedican sus vidas a tener una guardería.

la guardería y por lo tanto es una de las más conocidas. Entre las madres es muy recomendada (colombianas y venezolanas) porque consideran que es una mujer que cuida a los niños como si fueran sus propios hijos, pues ellas dicen que los cuida con amor. Dejar sus hijos al cuidado de la señora Carmen hace que las mujeres venezolanas se sientan más tranquilas, porque confían en su labor, en el sentido que ella personaliza lo que es el cuidado de una madre: *“Es una responsabilidad muy grande”* reconoce *“yo les colaboro con sus tareas, los recojo en el colegio. Si se enferman, los paladeo”* después de pensarlo por un momento me dice *“¡pues sí! soy como una segunda mamá para ellos, “mientras sus mamitas están en sus trabajos”*. La señora Carmen cuida niños y niñas de familias colombianas y venezolanas, Liliana empezó a dejar a su hija al cuidado de la señora Carmen porque su jefa se la recomendó cuando le dio la oportunidad de trabajar de tiempo completo en una temporada *“doña Carmen le da la comidita y está con ella en el día, ya en la noche yo paso y la busco”*.

Mariana tiene su hijo menor de 5 años con ella, mientras que su primera hija está a cargo de su madre, ella después de mucho tiempo en Guasca pudo conseguir un trabajo en la empresa de flores porque sus papás son colombianos. Al obtener la nacionalidad colombiana ha logrado tener mayor estabilidad porque ahora en la empresa que trabajaba puede obtener un contrato a término indefinido en el que le *“pagan con todas las de la ley”*. Sin embargo, Mariana vive sola con su hijo en una habitación, por esto necesita que alguna persona lo cuide durante la mayor parte del día. Es por lo que ella acude a la señora Carmen para que cuide a su hijo la mayor parte del día, mientras ella está en el trabajo. En este sentido, la señora Carmen es una figura materna capaz de ejercer los cuidados de los niños, pero que también cumple con esa labor emocional de brindar *“amor y paciencia”*. La señora Carmen es flexible con los horarios de cuidado porque, según ella, sabe que estas mujeres están en situaciones de desventaja y trata de apoyarlas con los niños y niñas. En una actitud de empatía *“yo me pongo los zapatos de ellas porque uno es mamá,”* me explicó, *“por ejemplo, Mariana era una mamita que me traía al niño a las 09:00 am, más o menos, y ella lo recogía a las 9:00 de la noche, cuando trabajaba en el restaurante”*. En el caso de las mujeres que trabajan en los cultivos inician su jornada laboral a las 6:00 am, llevan a los niños en la casa de la señora Carmen desde las 5:30 am para poder llegar a su lugar de trabajo. La señora Carmen deja que los niños continúen su sueño, les da el desayuno, los cambia e incluso en algunos casos los baña. La migrantes ven a la señora Carmen como un apoyo porque es quien está pendiente de los niños desde alimentarlos, vestirlos, hasta incluso estimular habilidades psicomotrices. Incluso

en algunos casos, los niños y niñas se quedan a dormir en la casa de la señora Carmen, que les cuida durante la noche, cuando los padres y madres deben de cumplir con obligaciones de sus trabajos o incluso tener un momento de ocio.

La señora Carmen es un actor clave en la red transnacional de cuidados de Mariana y su familia porque es la persona de confianza que cuida de su hijo mientras ella está cumpliendo su jornada laboral. Para los meses en los que hice mi trabajo de campo, hay temporada alta en los cultivos de flores, es decir que se incrementa la producción de flores por la alta demanda en la exportación para la fecha de San Valentín. Mariana en temporada alta, al igual que Valeria, hace turnos extra para tener una entrada adicional, su horario de salida cambia de las 3:00 pm, a las 6:00 pm. Es posible hacer más turnos porque la señora Carmen la apoya con los cuidados de su hijo durante toda la semana, a cambio de una remuneración económica. Entonces, Mariana lleva a las 5:30 a la casa de la señora Carmen, quien le da el desayuno que le manda Mariana y luego lo lleva al colegio a las 7:00 am que queda ahí en el casco urbano. Al medio día, ella recoge al niño junto con los demás niños que cuida, para después almorzar, en la tarde hacen las tareas que tengan y en la noche llega Mariana a recogerlo. La flexibilidad horaria es una de las cualidades que más resalta Mariana de la señora Carmen, pues a lo largo de los años ha cambiado de trabajos y por ende de horarios laborales, como mostré más arriba. De igual forma el niño va creciendo y empezó a asistir al colegio hace un año, esto es gracias a la estabilidad laboral de Mariana para pagar los servicios de la señora Carmen. De otra forma no sería posible llevar al niño en las mañanas al colegio, pues como mencioné anteriormente, la jornada laboral en los cultivos de flores empieza antes de la escolar.

Respecto a su hija mayor, su mamá ha sido quien ha cuidado de la niña desde que la niña tiene 1 año, que fue la edad en la que Mariana inició su viaje hacia Guasca con la ilusión de tener una vida mejor. A diferencia de su hijo menor, no debe de contratar los servicios de alguna guardería porque su mamá se dedica a tiempo completo a la niña en su lugar de origen en Venezuela. Sin embargo, Mariana debe de enviarle dinero a su mamá mes a mes para cubrir los gastos de alimentación de las dos, gastos médicos de la niña y los gastos de transporte, pues su vida se desarrolla en la frontera. Esa es la forma en la que ella provee los cuidados de ambas. Mariana se comunica con su hija y su madre constantemente por WhatsApp, procuran mantener los lazos afectivos, aunque no se puedan ver constantemente por lo costoso que resulta el viaje a

Venezuela. Al tener sus hijos en dos países diferentes ella debe de coordinar los cuidados entre ambas localidades: Guasca y la frontera colombo venezolana. Sus hermanos han estado presentes en el cuidado de su hija, acompañando la labor de su madre desde hace 6 años que migró a Colombia, pues ellos la recogen en el colegio que queda en el lado colombiano y la llevan a la casa de su abuela, también la asesoran en las tareas del colegio. Sin embargo, en la crianza ella no interviene, pues *“mi mamá nos crió pa’ ser gente buena ¿Si me entiendes?”* enfatizó Mariana *“yo confío en que lo hará bien”*. Entonces su red se compone de su madre como la cuidadora principal de la niña, ella como la cuidadora principal del niño; sus hermanos y la señora Carmen como apoyo de las cuidadoras principales. De igual forma, el papá del niño mensualmente le pasa una cuota de manutención debido a que están separados.

No obstante, no todas tienen la posibilidad de pagarle a una cuidadora como la señora Carmen, pero igual tienen que salir a trabajar para poder sostener sus gastos y los de su familia. Catalina me contaba que no podía pagarle a una cuidadora como la señora Carmen porque lo que ella se ganaba diario, era un poco más de lo que costaba el *‘cuido’* diario por los niños. Catalina trabaja junto con su esposo en los cultivos de fresas en una de las veredas del municipio, ninguno de los dos cuentas con algún tipo de documento que les permita trabajar con una empresa por medio de un contrato formal. La informalidad de su trabajo no les permite ganar lo mismo, pues los arreglos salariales dependen de cada jefe. Dejarlos encerrados en una habitación mientras regresaban del trabajo tampoco era una opción, por la edad de ambos niños, pues la mayor tiene 7 años, mientras que el menor tiene 3 años. Entonces, la vecina que vive en el apartamento contiguo se ofreció a cuidar a los niños por un precio más reducido, mientras que la señora Carmen cobra el día \$20.000 por cada niño, la vecina les cobra \$10.000. Pero la reducción del precio también implica que los servicios que ofrece la vecina de Catalina son diferentes, pues Catalina debe de dejarle la comida hecha a los niños para que después la señora les caliente. Como viven en la misma casa, pero en apartamentos separados, los niños se quedan durmiendo en el apartamento y después la vecina entra a ver como están.

Catalina nunca antes había dejado a sus hijos a cargo de alguien, pues quien trabajó siempre fue esposo, mientras ella se ocupaba de los niños. Pero al llegar a Guasca, al igual que Valeria tuvo que incorporarse a la fuerza laboral para poder tener unas condiciones mejores. Su familia se ha caracterizado por ser transnacional en el pasar de los años, antes de llegar a Guasca recientemente,

ella vivía en Venezuela con sus dos hijos y su esposo enviaba remesas desde Ecuador. Por esta razón, a Catalina le ha afectado acostumbrarse al trabajo físico del cultivo de fresas, pero le sigue preocupando el bienestar de los niños. La niña no asiste al colegio porque no hay quien la lleve al colegio, pues al igual que las flores ellos empiezan su jornada a las 6:00 am y salen a las 3:00 pm. A diferencia del caso de Mariana, ella no cuenta con una cuidadora de apoyo que lleve y recoja a la niña del colegio, en caso de que asistiera. Catalina dice que la figura de la vecina es más por dejar a un adulto responsable: *“lo que ella hace es como echármele un ojito, como uno dice”*, pues le da miedo que algo ocurra y ella se entere hasta que vuelva del trabajo. Me explica que la figura de la vecina como cuidadora durante el día es ambigua porque no se ocupa de las necesidades de ellos como el calentarles la comida, darle la comida al más pequeño o jugar. Entonces, lo que hace Catalina es apoyarse de la niña de 7 años para que esté pendiente de la comida de ella y de su hermano mientras ella llega del trabajo *“en la mañana, yo le dejo 2 arepitas, la suya y la del niño. Yo le digo ‘esta es la tuya y esta es la del niño, cuando él se pare, se la das’”* esas son las instrucciones que le da a su hija antes de irse a trabajar *“váyase a dormir por ahí a las 8:00 am se para y se come su arepita”*.

La red transnacional de cuidados de Catalina se compone del papá de la niña por los *“pocos pesos”* que le envía para los gastos de la niña, el apoyo emocional de su mamá y hermana que están en Venezuela y de su vecina que algo de tranquilidad le da al irse a trabajar, pues ella dice que es la única opción que tiene por el momento. En medio de la entrevista no creía que la vecina pudiera pertenecer a su red de apoyo, pero a medida que hablábamos pude entender que representaba una ayuda, aunque fuera un vínculo débil. Las redes de cuidado lejos de ser perfectas tienen matices dependiendo las condiciones en las que las mujeres venezolanas están, pues no son estáticas. En el caso en el que hablé con Catalina su red era la vecina que le cobraba menos que la señora Carmen, que le brindaba un cuidado que para ella no era el adecuado, pero que era la adulta que estaba encargada. Este es un ejemplo de que la red de cuidado es una estrategia de apañe por la situación en la que están con su pareja: trabajos mal remunerados, con horarios que no coinciden con el horario escolar y sin posibilidad de encontrar otro tipo de trabajo que no sea en los cultivos. *“Es algo imposible”* me responde cuando le pregunto si ha pensado en cambiar de trabajo *“por lo que yo no tengo el permiso”* haciendo referencia al permiso de trabajo.

Aunque no es el tipo de cuidado que Catalina quisiera para sus hijos *“no es de que ella [la vecina] se los va a llevar a su cuarto y me les va a poner un cuidado digamos de jugar, leerles un cuentico, algo”*, pero es la estrategia que emplea mientras que puede conseguir otro trabajo que *“me dé tiempo, en apuro, de llevarla y que alguien me la retirara”* sobre la imposibilidad de mandar su hija al colegio. Entonces, las estrategias de supervivencia también se salen de las formas más reconocidas de cuidado, que incluso no son aprobadas ni siquiera por las mismas mujeres venezolanas. Catalina me comentaba que ella dejaba su celular en la casa para que los niños se entretuvieran, pues con el celular *“donde uno los deja, uno los consigue”*. Esto lo hacen para que la vecina no se estrese o se queje de los niños, pues ella ya les ha dicho el reclamo de que *“son bullosos”* porque juegan juntos en las mañanas. Ella no está de acuerdo con esta medida, en cambio *“también me da cosita. Todos los días encerrados, salimos un día a la semana. Toda la semana están ellos encerraditos en el cuarto”*. Como una alternativa, un día se llevó al niño al cultivo de fresa en el que trabaja para cuidarlo durante su jornada laboral, pero *“eso es fuerte por el sol”*. Catalina me comentaba que prefería dejarlo en la casa y que su vecina le *“echara el ojo”* porque los cultivos no son espacios adecuados para que estén los niños y tampoco podía cumplir con el trabajo. Ella decía que prefería que el niño estuviera en la casa porque el llevarse lo podía implicar problemas de salud pues *“el niño se me quemó horrible, por lo menos ¿si le ves esas manchitas en la cara? Bueno, ya se le está quitando porque antes era peor”* me dice con preocupación.

El cultivo como su hogar y fuente de trabajo

Muchas familias no tienen la posibilidad de encontrar vivienda en Guasca por la discriminación que sufren por parte de los arrendatarios, pero también porque no les alcanza su sueldo para pagar arriendo, servicios, alimentación y enviar remesas a Venezuela. La inserción laboral es de gran importancia para la supervivencia de las familias venezolanas, de las 9 mujeres con las que hablé 7 de ellas han trabajado o están trabajando en el sector agrícola. Las razones por las que trabajan en estos cultivos son porque hay una gran demanda de contratación y no les exigen permisos de trabajos para contratarlas *“las personas que no tienen sus papeles, que no están legales aquí, les toca”* comenta Carolina Narváez sobre el trabajo en los cultivos de cebolla larga. La expectativa salarial de estas mujeres venezolanas depende del número de días que trabajen, pero también tipo de cultivo al que entrar a trabajar. En el caso de los arándanos, fresas y flores hay un sueldo fijo que les pagan por la jornada, pero deben de cumplir con metas de extracción y recolección, pues eso hace que las sigan contratando. En los cultivos de papa y cebolla larga no

les pagan por los días laborados, sino que se les paga por la cantidad kilos que obtengan a partir de la extracción y clasificación. La paga no se da por días, sino que todos los sábados llegan los “*patrones*” a pesar los bultos de cebolla que extrajeron y les pagan según el peso. El trabajo en estos cultivos les da una inestabilidad salarial a las mujeres porque independiente del número de días que trabajen, el pago se da por la cantidad de cebolla larga que pueda extraer y organizar en bultos. En mi trabajo de campo no conocí a alguna mujer que trabajara en los cultivos de papa, pero sí conocí muchísimas que trabajaban en las plantaciones de cebolla.

Carolina Narváez desde que llegó a la región Andina de Colombia ha estado trabajando en cultivos de cebolla por varios municipios de Boyacá y Cundinamarca, sobre el trabajo dice que “*pues es trabajo de sol, trabajo de esfuerzo físico. Sí...*” agrega Carolina “*trabajo de inestabilidad*”. Aunque es un trabajo de inestabilidad salarial y de mucho esfuerzo físico, los cultivos de cebolla tienen una singularidad que no tienen otros cultivos que están más organizados y constituidos por empresas. En los cultivos de cebolla está la posibilidad de vivir en los lotes mientras están en la época de *sacada del cebollín*, muchas familias construyen sus casas provisionales para vivir allí mientras se termina la cosecha. No es que haya un espacio acondicionado para ser habitado “*no hay casas*”, sino que “*Usted tiene que comprar un plástico, que si palos, y hacer su como su casita*” me pregunta para confirmar “*¿Me entiende?*”. Aunque en algunas fincas hay unas familias que se quedan como fijas para cuidar de la finca, pero me contaba Carolina que es muy complicado quedar como fijos. Para el momento de la entrevista, Carolina Narváez vivía junto con sus dos hijos y su esposo en una de las fincas que en las que ambos trabajan en la cosecha de cebolla larga. Allí no pagan arriendo, pero cada familia es la encargada de construir sus casas y de desmontarlas para cuando la cosecha se acabe, así como sólo les cobran servicios públicos en los lotes que cuenten con estos.

Las fincas pueden quedar a media hora del pueblo caminando o a hora y media del casco urbano, allí no hay ningún tipo de transporte público, sino que la forma de movilizarse de las personas es con el servicio de motos ilegales o, en su defecto, caminando. Las veredas donde quedan las fincas no cuentan con ninguna clase de comercio o servicio público debido a que la estancia de las trabajadoras y sus familias es temporal. Para comprar alimentos, medicinas o ropa deben de movilizarse al casco urbano, es por eso que cada fin de semana *bajan al pueblo* para comprar lo que necesitan durante la semana. Por eso la vida de su familia se desarrolla en los lotes

de cultivos, excepto cuando van al casco urbano a comprar cosas o a darles una vuelta a los niños por el parque y pasan tiempo con ellos.

Carolina, a diferencia de los casos de otras mujeres venezolanas no emplea a otras personas para el cuidado de sus dos hijas, pues es ella quien cuida de las niñas mientras está trabajando en los cultivos “¿Las bebés te las cuidan en algún lado?” le pregunto, “No, yo me las tengo que llevar” me responde Carolina. Pero, como vimos con Catalina, la presencia de niños y niñas en los cultivos durante la jornada laboral de madres conlleva otros desafíos para el desarrollo de las maternidades venezolanas y el bienestar de sus hijos/hijas. Los cultivos están al aire libre, no hay ningún espacio en el que los más pequeños se puedan resguardar de las condiciones climáticas como el sol y la lluvia, además que la prolongada exposición al sol y la lluvia puede afectar su salud. Entonces, las madres venezolanas deben de estar todo el tiempo dedicadas a la extracción, así como de vigilar lo que están haciendo sus hijas e hijos y de protegerlos del clima. Carolina me contaba que para evitar que las niñas tengan quemaduras por el sol las deja al pie de los “árboles y ellas se quedan abajo, en la sombra”, además de usar otras estrategias como ponerles “su gorrito y su cachucha”. En caso de que llueva Carolina trata de resguardarlas cuando es controlable “yo tengo una sombrilla y todo y les pongo la sombrilla como para que no se mojen”. No obstante, cuando llueve mucho todas las personas deben de irse para sus casas porque por el barro que se crea es muy complejo sacar la cebolla.

El lugar donde se quedan las niñas no siempre queda cerca del área en la que está trabajando Carolina pues ella comenta que “me toca un trayecto de ir para allá, ir para acá e ir caminando a ver si necesitan algo”. Ser la cuidadora de las niñas no le permite avanzar tan rápido como ella quisiera porque constantemente debe de levantarse a ir a monitorearlas. Para ella es muy importante seguir pendiente de las niñas mientras trabaja porque le da miedo que algo les llegue a pasar, entonces considera que no es un lugar seguro para dejar a los niños y niñas sin compañía. Tampoco puede acudir al apoyo que significa el colegio en el cuidado matutino, o actividades extracurriculares que ofrece el municipio como la Ludoteca. Debido a que su familia vive en los cultivos y estos son rotativos, su lugar de residencia va cambiando conforme los lotes disponibles para la cosecha. En algunas ocasiones son en las veredas cercanas o también puede ser en municipios cercanos en Cundinamarca o Boyacá. Carolina me explicaba que por esta inestabilidad no tiene forma de inscribir su hija mayor de 8 años en el colegio departamental “no puede estudiar

a lo que notenemos una estabilidad". No obstante, ella lo ve como una meta en vez de una posibilidad a corto plazo, pues para que se queden a vivir en Guasca tendrían que conseguir un trabajo diferente para poder pagar los costos arriendos del pueblo.

Carolina me explica que por estar indocumentada no puede conseguir un trabajo formal, entonces continúa en los cultivos de cebolla porque tienen la posibilidad de vivir en los lotes sin pagar arriendo. Sin embargo, afirma que *"el sueldo también es muy bajito"* pues el pago que reciben es por el trabajo que hace junto a su esposo como *"es de unos \$280.000 semanales"* por la cantidad de bultos que arman y pesan los días sábados. Entonces, cada semana reciben *"redondeándolo, unos \$300.000"* por la labor que hacen ambos en la cosecha de cebolla larga, pues para tener una mayor rentabilidad se dividen las tareas que se deben de hacer para arreglar la cebolla larga antes de empacarla en los bultos. Ella prepara diferentes platos cada semana para venderlos entre sus compañeros en el lote y así tiene una entrada adicional para enviarle dinero a su hijo de la mitad de 5 años que vive en Venezuela con su abuela paterna.

La red transnacional de cuidados de Carolina se ve diferente a las otras que he mostrado, pues el vivir en los cultivos hace que no tenga una cuidadora que la apoye con las niñas en Guasca. Pero esta red de actores no está compuesta únicamente por mujeres que ejercen el cuidado de niños y niñas cuando las madres venezolanas no pueden, también están las personas que apoyan a las mujeres de manera emocional o laboral. En Venezuela tiene a su exsuegra que es la persona que está a cargo de los cuidados del niño de la mitad, pues cuando ella quedó embarazada de su tercera hija *"se me hacía muy complicado"* en ese entonces *"había que alzarlo porque no le gustaba caminar"*, por su trabajo en los cultivos no podía cuidarlo como requería. Es por eso que su Marina, su exsuegra, se ofreció a cuidarlo hasta que el niño creciera y fuera más independiente, como la niña mayor, para que Carolina pueda seguir trabajando. Entonces, Carolina envía mensualmente remesas que cubren los gastos de alimentación de ambos, los servicios médicos del niños y gastos de transporte de lo que necesiten de la frontera. Mientras que en Guasca su red de apoyo se compone de su pareja o de hombres en el espacio de trabajo como una estrategia para sobrellevar las condiciones de explotación laboral. Se dividen las labores por género, dejándole a su esposo las tareas que más fuerza necesitan como la *"sacudida"* (para quitarle la tierra) y la elaboración de bultos; mientras que ella se encarga de clasificarlas por tamaño y por arreglarlas. Entre las mujeres que tienen hijo también se apoyan, durante las jornadas laborales todas tratan de

estar pendientes, pero no suplen los cuidados que hacen las madres, simplemente avisan cuando los niños o niñas se despiertan de la siesta o están jugando entre los árboles. Aunque estas relaciones son más débiles sí resulta en un apoyo en el día a día de las mujeres frente al cuidado de sus hijos y el cumplimiento de sus laborales en el cultivo.

María también vive en un lote de cultivo de cebolla larga con su hijo mayor de 8 años, su hija menor de 5 años y su esposo, pero es en una finca diferente a la que vive Carolina Narváez con su familia. María nunca antes había trabajado debido a que se dedicaba a cuidar de sus dos hijos, mientras que su esposo por medio de remesas cubría los gastos de alimentación y los gastos escolares de los niños. Al complicarse su situación en Venezuela y con el alza de los precios, deciden como familia que María, junto a sus hijos, se mude a Guasca con su esposo, en los cultivos de cebolla larga en Guasca. María y su familia están como “fijos” en la finca en la que está en una vereda, entonces ellos no viven en casas fabricadas de plásticos y madera, sino que viven en lo que eran las caballerizas de la finca *“Ahí uno no paga arriendo, ahí paga puro agua y luz”*. María se encarga de las labores de cosecha junto con las otras mujeres migrantes de clasificación, emparejamiento y limpieza, mientras que su esposo sacude la cebolla, arma y carga los bultos. Además, es quien cuida de los niños durante el trabajo pues sus hijos aún no se acostumbran a estar sin ella *“Ellos andan al lado mío ¡Si yo me muevo, así sea para el baño, ellos se van detrás mío! refiriéndose a la niña más pequeña: “Ella no se queda con nadie”*. Sus hijos no asisten al colegio porque la menor *“Ta muy chiquita pa' mandarla a la escuela”*, en cambio su hijo mayor, aunque está en edad de estudiar, ella no cuenta con las capacidades de llevarlo al colegio. Pues la finca queda a una 1 hora y media caminando al paso de los niños, y el tiempo que se gastaría *“llevándolo y trayéndolo”* es tiempo que no puede recuperar después en la extracción de los cultivos. Por esta razón es que están ahorrando dinero para que María se regrese a Venezuela y seguir teniendo una familia transnacional en la que su marido envía remesas.

La red transnacional de cuidados de María se conforma por su esposo que es el principal proveedor económico de la familia a lo largo de estos años, pues él migró hace más de 6 años a Colombia de manera irregular para enviar remesas a su familia en Venezuela. Con la llegada de la familia a Guasca pareciera que María ya no tiene una red transnacional, pero ella era la cuidadora de su madre en Venezuela debido a que todos sus hermanos se encuentran en el exterior. Ahora que está en Colombia encargó a una de sus primas para que esté pendiente de su madre que *“sufre,*

porque allá la cosa está fuerte, ya no hay nadie”, María debe de enviarle dinero a su prima como una forma de remuneración por la compañía y la atención. De igual forma, le escribe todos los días a su mamá y ella le responde según pueda por los cortes de luz que hay en Venezuela. En Guasca tiene a su esposo que la apoya de forma emocional, pero también es su compañero en los cultivos, trabajan juntos dividiendo el trabajo de la misma forma que lo hacen Carolina Narváez con su esposo. Para cumplir con su rol de madre y trabajadora, también creó lazos y vínculos con otras mujeres venezolanas que viven allí. No de una forma romantizada de sororidad, sino que se da en forma de compañía para hacer el almuerzo al medio día y darles la comida a los niños, así como se acompañan cuando tienen que ir al casco urbano entre semana ya sea para comprar medicinas o para hacer mercado de lo que haga falta.

Las relaciones que se forman también trascienden los espacios laborales del trabajo en el campo, pues algunas de las asociaciones también están presentes en las conformaciones de los hogares. María me contaba que el compañero de trabajo de los cultivos de cebolla vive con ellos, e incluso ella también cocinaba para él *“se volvió como uno más de la familia”* me cuenta María cuando le pregunto su lazo de familiaridad. El compañero colabora en el hogar de forma económica, en el sentido que aporta para pagar el mercado y los gastos de los servicios, y María le colabora con lavarle la ropa, hacer mercado en el pueblo y cocinar los alimentos diarios. Adicionalmente, el compañero le ayuda a María en la sacudida cuando el esposo está ocupado o no está, de esa forma es que fortalecen la economía de su familia. Mientras María hace las labores que consideran de “mujeres” como el arreglo de los tallos y su clasificación, entre su esposo y el compañero hacen las *“labores de hombres”*, lo que resulta a que ellos logren tener más bultos y por ende que los sábados reciban más dinero en el hogar. El compañero de trabajo de María y su esposo son del mismo pueblo, pero conocieron en los cultivos de cebolla que quedan en Guasca. María dice que lo acogieron en su hogar (2 niños, ella y su pareja) porque entendían lo difícil que era la soledad al migrar, pues ese compañero de trabajo fue la persona de confianza de su esposo, antes de que ella llegara a Guasca con los 2 niños.

Transformaciones en las configuraciones familiares

Con la migración de las mujeres venezolanas sus familias sufrieron transformaciones tanto en las dinámicas entorno al cuidado, los roles de los miembros y las estructuras familiares. Dentro de los relatos de las 8 mujeres que entrevisté en Guasca, hay múltiples referencias a la familia

como un apoyo para el desarrollo de su maternidad siendo migrantes. En cada una de las familias hubo arreglos y negociaciones diferentes sobre cómo se iban a distribuir las prácticas del cuidado, con la partida de las mujeres a Colombia. El distanciamiento físico de los integrantes, en el caso de estas 8 familias no significó una ruptura en la comunicación, ni en los lazos de apoyo. En cambio, las familias de estas migrantes venezolanas transformaron sus estructuras de forma en que su funcionamiento se enfoca en el distanciamiento, más no la ausencia, de sus integrantes. Aunque ellas no vivan en Venezuela, están presentes en la cotidianidad de sus familias y también las hacen parte de su vida en Guasca y Colombia (Levitt y Schiller, 2004). Estos flujos se han estudiado desde las ciencias sociales como migraciones transnacionales en las que denotan que “los inmigrantes forjan y sostienen relaciones sociales simultáneas, de múltiples dimensiones, entre las sociedades de origen y los lugares en los que se establecen” (Basch et al., 1995, PP. 48). Esto nos permite ver que las migraciones no son de un punto A a un punto B, por el contrario, denota la complejidad de las movilizaciones humanas. Pues, en muchos casos, aunque se cambie de país de residencia sigue habiendo una vinculación con su lugar de origen, ya sea por cuestiones labores, económicas, sociales o culturales.

No obstante, Bryceson y Vuorela (2002) se acercaron a este fenómeno desde un punto de vista diferente, pues analizaron las relaciones que mantenían las familias que estaban ubicadas en países diferentes debido a la migración de sus integrantes. Las autoras proponen que las “familias transnacionales”, como las denominan, son unidades en las que los miembros están en naciones diferentes, pero que gestionan su bienestar de forma colectiva, y a su vez mantienen los vínculos afectivos y de cuidado. Las migrantes venezolanas se apoyan de sus familiares tanto en Guasca como en Venezuela para ejercer las labores de cuidado con sus hijos e hijas. La gestión del cuidado se da de forma colectiva en tanto que están en localidades diferentes y según las circunstancias algunos se pueden mover con mayor facilidad entre las fronteras colombo-venezolanas. La transnacionalidad de estas familias permite hablar de redes de cuidado entre ambos países que se desarrollan como resultado de la posición de vulnerabilidad que se encuentran respecto a su género, nacionalidad y condición económica. Las mujeres venezolanas mantienen sus vínculos relacionales con su lugar de origen, a la vez que forman vínculos de diversas formas en el lugar que llegan a establecerse en Colombia, este caso Guasca.

Sin embargo, las unidades familiares traen consigo complejidades, por lo tanto retomo la definición de Gail Mummert sobre la familia como "una colectividad atravesada por jerarquías de género y generacionales, en las que las relaciones de parentesco son relaciones de poder, pues son constituidas por una mezcla ambigua de intereses y emociones" (Mummert, 2012, PP. 152). Las familias transnacionales no escapan de la complejidad de las configuraciones relacionales, pues la transformación de sus dinámicas pone en evidencia esas jerarquías, intereses y emociones que las constituyen. La reconfiguración de las familias por la migración no implica que se dé un cuestionamiento de las jerarquías de género y los roles impuestos per se. En cambio, estas relaciones generacionales y las jerarquías al interior de las familias se refuerzan, cuestionan y redefinen en encuentros y desencuentros cotidianos. Encontrar entre dos administraciones políticas diferentes les trae limitaciones, a la vez que les brinda otras oportunidades dentro de su rango de acción. Las familias venezolanas se mueven entre las reglamentaciones de ambos países, en las que se enfrentan a la burocracia, pero también negocian sus proyectos de vida.

La figura de la madre como cuidadora y del hombre como proveedor es una de esas jerarquías de género que se ven trastocadas por la migración y que se redefinen dentro de las familias. Emma fue la principal cuidadora de su hija que tiene 14 años hasta el momento en que tomó la decisión de migrar, pues el acuerdo con al que había llegado con su exmarido es que él debía de cubrir todos los gastos de la niña, mientras que ella era la que cuidaba de ella a tiempo completo. La relación con el papá de la niña empezó a una temprana edad pues *"a los 16 años yo me salí de la casa y de ahí salí embarazada de la bebé"* comenta Emma. Sin embargo, la relación de ellos fue compleja debido a que tuvieron muchos *"ires y venires"*, pero lo más importante para ella era poder brindarle un hogar a su hija *"entonces yo le dije al papá de la niña 'usted me embarazó y me paga una casa, así sea que cuando venga una brisa se caiga, pero me la paga'"*. Desde ese momento, Emma comenta que al acuerdo que habían llegado era que él debía de cubrir con los gastos de la niña porque ella era quien estaba pendiente de ella. Es por ese motivo que Emma nunca antes había trabajado, pues explica que del dinero que mandaba su exmarido para la niña se alimentaban las dos y pagaba sus cosas *"claro, no me daba pa' comprarme ropa ni nada de eso"*. Por la crisis económica en la que está Venezuela, su exmarido se quedó sin trabajo y no hay forma de mantener los gastos de la niña. Entonces, Emma tomó la decisión de venir con su mamá para Guasca para poder trabajar y así empezarle a mandar dinero para su hija y su exmarido, quien es ahora quien cuida de la niña.

Los 13 años de la vida de su hija había dependido económicamente de su exmarido, pues de la manutención de la niña cubrían los gastos mínimos de ambas, para sobrevivir. La forma en la que ella le retribuía era cuidando de la niña, pero también preparando las comidas y lavando su ropa, aunque no tuvieran ningún vínculo sentimental. A raíz de la crisis en Venezuela, la situación económica familiar empeoró y Emma cuenta que *“últimamente, me hablaba muy feo, me humillaba”*, entonces tomó la decisión de migrar hacia Colombia para trabajar y así tener una fuente de entrada. Aunque ella cree que su deber como madre es estar con su hija en Venezuela *“siempre pienso en devolverme porque la niña ya me necesita, ya se me desarrolló”*, no cree que vaya a regresar porque en Venezuela no hay trabajo y también *“porque yo no voy a seguir calando esas humillaciones de que “tú comes por mí”, que “si no fuera por mí tú hubieras muerto de hambre”*” haciendo referencia al maltrato que sufría por parte de su exmarido. Así no sea su compañero sentimental, Emma lo ve como parte de su familia porque es el padre de su hija y es quien está cuidando de la niña. Con la migración de Emma se renegociaron los roles de su familia, pues ahora ella es quien es la proveedora de su hija y exmarido en Venezuela, mientras él ya no tiene trabajo y cuida de la niña.

Las relaciones de parentesco entre las familias transnacionales se ven trastocadas por la migración por las dificultades que atraviesan las mujeres al migrar de forma irregular, ya sea porque hay conflictos de intereses o porque se refuerzan los lazos. Con lo que gana en los cultivos de fresa y haciendo turnos en los locales del pueblo, Emma debe de mandar semanalmente a Venezuela, y a su vez debe de responder por su parte del arriendo, pagar servicios y colaborar con la comida. En Guasca vive con sus hermanos, cuñadas, mamá y pareja en un mismo apartamento en el que los gastos son compartidos *“haya trabajo o no hayas trabajado”*. Emma llegó a Guasca gracias a que su hermano y su cuñada la recibieron, además de prestarle el dinero para los transportes desde su ciudad de origen en Venezuela. La ayudaron a conseguir el trabajo que tenía recogiendo fresas en los cultivos y le ofrecieron la posibilidad de que viviera con ellos y su otra hermana, teniendo en cuenta el problema de vivienda que hay en el pueblo. En el momento que ella se quedó sin trabajo y sin poder aportar económicamente en la casa, su familia le dijo que no podía seguir viviendo allí y ca con ellos, si no estaba cubriendo la parte que le correspondía. Por la posición de vulnerabilidad en la que están al migrar de manera irregular y lo complicado que es estabilizarse laboralmente, se dan situaciones de conflicto en la que se debilita los lazos afectivos en los que los intereses son diferentes en la unidad familiar.

Así mismo, los lazos de parentesco se extienden más allá de los lazos consanguíneos, pues muchas personas cercanas a las mujeres venezolanas se vuelven como de la familia. Las madres de sus compañeros sentimentales o las abuelas de los hijos se vuelven muy cercanas a ellas, ya sea porque las apoyan en el cuidado de los niños o porque las cuidaron en sus embarazos y dietas. Por ejemplo, Carolina recibió el apoyo de su exsuegra Marina desde que tuvo a su hijo, pues asumió ser la cuidadora principal cuando Carolina no pudo brindar los cuidados necesarios por las condiciones con las que vivía. Entonces, Marina migró desde Venezuela y se instaló en Bogotá con unos familiares para que el niño viviera cerca de Carolina y así ella pudiera visitarlo de forma constante, pero también porque el niño no tiene los apellidos de su padre biológico, por lo tanto, legalmente en el acta Marina no aparece como su abuela materna. El padre del niño falleció cuando ella estaba en embarazo “*él no le pudo dar su apellido, a lo que estaba muerto*”, entonces Carolina le dio sus dos apellidos al niño a la hora de registrarlo ante la Registraduría Nacional de Colombia. Marina es un actor clave en su red de cuidados transnacional pues para el momento en que Carolina tiene a su tercera hija, el segundo tenía 2 años y requería de mucha atención. Sobre esto Carolina comentaba que “*a lo que ya tenía las dos*” refiriéndose a su primera y tercera hija “*pues con otro se me hacía muy complicado*”, ella ya trabajaba en los cultivos de cebolla y no podía estar pendiente del niño y de una bebé. Marina al ofrecerse a llevarse al niño con ella para Bogotá fue su mejor apoyo, no porque no quisiera a su hijo, sino que “*la chiquita recién nacida necesitaba que le diera pecho*” y me contó que no tenía algún familiar o persona de confianza con quien dejar a su hija mayor y “*pues ella está grande y pues me puede decir ‘mami quiero hacer popó’ o ‘tengo hambre’ o ‘me está dando frío’*”.

Al igual que Carolina, Mariana tuvo el apoyo de su exsuegra en el embarazo y postparto de su hijo menor, pues estaba en un momento complejo de su relación y no podía conseguir trabajo de ningún tipo “*nadie me llamaba [para trabajar] embarazada*”. Durante los últimos meses de embarazo pasó por una gran dificultad económica porque no la contrataban en los cultivos debido a que son trabajos de mucho esfuerzo físico y corría riesgo de “*perder el bebé*”. En su camino de regreso a su ciudad natal en Venezuela la contactó la abuela del bebé que estaba esperando para conocerla en persona antes de que cruzara la frontera. Su exsuegra, Flor, vive en Cúcuta de modo que le quedaba de camino para cruzar por la “trocha” “*en la central de buses me estaba ya esperando con un hijo de ella*”. Al conocerla y ver que ya estaba en su último trimestre, le propone irse a vivir con ella pensando en que la crisis por la que atraviesa Venezuela y la relación con el

papá del niño había quedado en malos términos. Flor sin conocer personalmente a Mariana la apoyó en el último trimestre y la cuidó en el periodo del puerperio, cubría económicamente sus gastos personales y los del bebé, además de encargarse de las labores del hogar mientras ella estaba en “*cuarentena*”. Tres meses después del nacimiento de su hijo, pudo regresar a trabajar a Guasca en los cultivos de flores y en los de hierbas aromáticas “*si no fuera por eso, yo andaría por allá [Venezuela]*”, mientras se apoyaba de la señora Carmen para el cuidado del niño durante el día.

Así como las relaciones de parentesco se construyen más allá de los lazos consanguíneos, en las familias transnacionales los vínculos entre las mujeres venezolanas y sus hijos se construyen. La conexión madre-hij@ al igual que las relaciones con el resto de la familia se debe ir forjando a lo largo del tiempo, pues contrario a lo que se ha pensado dicha relación no es “natural”. El amor hacia los hijos lejos de estar dado entre las actitudes naturales femeninas de las mujeres se construye después del parto con la relación en el día a día de las mujeres. Pues, las maternidades y las expresiones de amor se ven afectadas y condicionadas por los contextos en lo que se encuentran los niños y las mujeres, en la migración indocumentada de las venezolanas las condiciones son adversas por la falta de ciudadanía, inestabilidad laboral y la pobreza. Marina se hizo cargo del segundo hijo de Carolina pues ella no tenía forma de cuidarlo adecuadamente en los cultivos de cebolla, dado que había dado a luz a su hija menor. Carolina no tenía los recursos para cuidar en Guasca a sus tres hijos porque por su sueldo en los cultivos no puede contratar a una persona que cuide de los niños y por su estado irregular migratorio no la aceptan en otros trabajos en el pueblo. Mariana fue la única que se ofreció a cuidar a alguno de sus hijos, escogió a su nieto, por eso él se fue a Venezuela con su abuela desde que tenía 3 años de edad. Carolina mantiene una constante comunicación con el niño y su abuela para mantener los lazos de cercanía y por el “*amor que le tengo a mi bebé*”. A finales de este año ella planea viajar a Venezuela para ver a su hijo “*porque ya no me está reconociendo, entonces me dice tía*”, para ella es importante afianzar la relación con su hijo “*pues me lo quiero traer, pero ya cuando yo diga ‘tengo una estabilidad’*”.

Conclusiones

Las redes de cuidado transnacional empleadas por las mujeres venezolanas son una forma de enfrentar las condiciones de vulnerabilidad estructural en las que desarrollan sus maternidades. Las condiciones de pobreza con las que migraron se siguen manteniendo debido a que por su

estatus migratorio y los trabajos a los que tienen acceso son en los cultivos agrícolas del municipio y sus alrededores. El tipo de contratación al que están sujetas es a contratos informales en la que los salarios son fijados por los “patrones” en unas cifras inferiores a las trabajadoras colombianas con la justificación de que arriesgan sus empresas al darles trabajo. En el caso específico de los cultivos de cebolla larga, el pago del salario no se da por día laborado sino por la cantidad de cebolla extraída semanalmente de los cultivos. Por ser un trabajo de gran esfuerzo físico, pues cada bulto pesa 50kg, se dividen el proceso de la extracción entre hombres y mujeres, en la que las mujeres hacen lo que requiere de mayor agilidad manual y no fuerza física. Entonces, el sueldo semanal de la cebolla debe ser dividido entre los equipos conformados por las mujeres + hombre. Como forma de “compensación” les permitían vivir a las familias en los lotes sin el cobro del arriendo, sin embargo, estos lotes no están acondicionados ni cuentan con ningún tipo de infraestructura para ser destinado como vivienda. Esto lleva a las mujeres migrantes y sus familias a construir casas con madera y plásticos en los lotes sin ningún tipo de servicios públicos o incluso acceso a baños. La motivación de vivir en los cultivos se da por la crisis de vivienda que hay en el municipio, pues por la falta de inmuebles para arriendo los costos de renta son elevados.

Las maternidades de las mujeres venezolanas en Guasca mayormente se ven atravesadas por la distancia, ya sea que estén solas en Guasca o que tengan una parte de sus hijos con ella y otra parte con familiares en Venezuela. En este caso el cuidado de su familia debe ser coordinado entre Colombia y Venezuela, pues allá deben de encomendar con alguna persona a los niños para que sean sus cuidadores principales. Mientras que en Guasca deben de encontrar personas que las apoyan de una forma u otra para brindarle los cuidados a los hijos e hijas que tienen con ellas. Por lo tanto, en cada mujer migrante las redes de cuidado se ven de formas diferentes, pero al final terminan siendo un complejo entramado de relaciones que van más allá de las fronteras político-administrativas. No obstante, así como los planes migratorios van cambiando según las circunstancias familiares, dichas redes sufren transformaciones en la forma en la que se configuran al pasar los años. Los contextos sociales y económicos en las que están las mujeres venezolanas condicionan las formas de cuidado. El discurso que muestra a las mujeres venezolanas como una “amenaza” es una combinación entre la xenofobia y la hipersexualización que resulta en la devaluación individual y colectiva de las mujeres.

A pesar de que tengan doble nacionalidad, presentan una posición vulnerable por sus atributos físicos, y las expresiones culturales en relación con su nacionalidad. Esto las lleva a un sufrimiento emocional y social que afecta tanto a las mujeres, como a sus maternidades y sus familias. Dentro de las redes transnacionales, las madres junto con las personas de apoyo emplean estrategias que se salen de las más reconocidas o de los parámetros del *“buen cuidar”*. Vivir con los niños en los cultivos, involucrar a los niños mayores en el cuidado de los más pequeños, dejarlos al cuidado de personas que no monitorean constantemente a los niños y dejarlos al cuidado de familiares en Venezuela, son parte de esas estrategias. Esto lleva a que las formas de cuidar, y por tanto las maternidades migrantes, sean estigmatizadas en el municipio por salirse de los parámetros establecidos más reconocidos socialmente. El juicio moral de *“mala madre”* es resultado de la vulnerabilidad estructural y el sufrimiento tanto emocional como físico infringido sobre las madres venezolanas y sus familias. La catalogación de las estrategias empleadas por las madres migrantes como *“indebidas”*, hace que las mujeres convivan con un miedo constante de *“perder”* a sus hijos, pero también con el sentimiento de culpabilidad por dichas estrategias. Pues, ellas reconocen que no son las formas en las que quisieran criar a los niños y niñas, pero son las posibilidades que tienen a su alcance.

CAPÍTULO 2. MALAS MADRES: EL JUICIO MORAL

“Hay mamás que lo dan todo por sus hijos, pero en cambio hay otras que no son tan apegadas a sus hijos, lo he visto, me han contado y yo lo sé. Algunas mujeres venezolanas son muy relajadas con sus hijos; para ellas puede ser muy normal dejar a la hija al cuidado de cualquiera, no estar al 100% de ese cuidado para la niña, que lo alimente de sólo galguerías, tenerla desabrigada a altas horas de la noche, en shores, con el frío que hace acá”

SOFÍA, Habitante colombiana de Guasca, Diciembre 2023

“Mala madre” estuvo como un fantasma durante todo mi trabajo de campo. Un fantasma porque en el día a día no lo pude percibir, hasta que regresé a las entrevistas y a mis notas de campo en el análisis de los datos. “Mala madre” aparece como respuesta a las formas de cuidado ejercidas por las mujeres venezolanas y por la red que construyen para garantizar la supervivencia de sus familias. Se convierte en una respuesta a las estrategias que se originan desde la crisis y como una forma de sobreponerse a las condiciones de vulnerabilidad en las que están ellas y sus hijos e hijas. En el capítulo anterior expuse la forma en la que las mujeres van tejiendo sus redes transnacionales y a su vez las formas en las que dichas redes se van adaptando a las circunstancias familiares y a los efectos de la migración. Está narrado desde un punto en el que se pueda reconocer la agencia que aún tienen estas mujeres en la toma de decisiones y en la organización del cuidado, pese a las dificultades por las que pasan. Sin embargo, dichas estrategias no dejan de ser arreglos a los que llegan y en los que muchas veces ni siquiera ellas se sienten cómodas o de acuerdo. No comprender sus formas de cuidado desde su posición de vulnerabilidad hace que las mujeres sean estigmatizadas, pues se está juzgando sus prácticas de cuidado sin tener en cuenta la forma en la que la ciudadanía, el género y las condiciones de pobreza de las mujeres. “Mala madre” se vuelve un fantasma que aparece cada vez que se habla sobre los niños venezolanos en el pueblo, pero sobre todo cuando se habla sobre las mujeres venezolanas que son madres. Aunque en las

maternidades migrantes se necesiten de múltiples actores para cuidar de los niños y las familias, aún la responsabilidad se individualiza a las madres.

En uno de mis días de trabajo de campo, la mujer con la que me iba a reunir para tener la entrevista me canceló debido a que tenía que conseguir agua para su casa que quedaba en una de las fincas en las que se cultiva cebolla larga. Así que esa tarde me quedé hablando con Sofía una de las habitantes colombianas del municipio, como ya nos conocíamos llegó a contarme la historia de una madre venezolana que vive en el municipio con su hijo pequeño de 3 años. La mujer de la que ella me estaba hablando yo la distinguía por conversaciones anteriores en las que contaban parte de su trayectoria migratoria. Sofía sabía el tema de mi investigación y cada vez que nos veíamos trataba de “ayudarme” contándome historias en las que estuvieran inmersas mujeres venezolanas que fueran del pueblo. Con Sofía tenía largas discusiones sobre la migración y derechos reproductivos, en las que teníamos la confianza de debatir e interpelar la idea de la otra. Sofía cada vez que llegaba con un “chisme” trataba de ser muy crítica a la hora de comunicarlo porque, de cierta manera, reconocía que las intenciones detrás de las personas que se los contaban no eran las mejores. En esta ocasión se escuchaba preocupada a medida que me iba narrando el “chisme” que le había contado una de sus conocidas. La historia era sobre Fernanda una joven madre venezolana que tenía a su hijo “*viviendo entre unas situaciones tenaces de descuido*”, me explicaba Sofía que debido a que el esposo de Fernanda ya no le estaba mandando dinero desde Estados Unidos, estaba en una crisis económica. La razón por la que su pareja no le podía enviar remesas es porque el trabajo estaba muy complicado de conseguir y lo que se ganaba como jornalero sólo le alcanzaba para cubrir sus gastos personales. Así mismo, no tenía con quién dejar al niño porque su madre se había regresado a su ciudad de origen en Venezuela y no contaba con el dinero suficiente para contratar los servicios de una cuidadora. Trabajaba por turnos en los negocios del pueblo que ya la conocían.

Sofía me explicaba que Fernanda “*se carga a su chinito pa’ todo lado*” debido a que ya no cuenta con el apoyo de su mamá, incluso la estaba llevando a los momentos de ocio con sus amigos en los que se sientan a compartir en el parque de pueblo hasta altas horas de la noche. Sofía me comentaba que ella ya la había visto “*salir a la calle muy desguarambilada*” y que ella reconocía que algo estaba pasando porque Fernanda siempre estaba “*bien arregladita, con su ropa bien*”, pues veía que las condiciones en las que estaban viviendo estaban empeorando cada día, incluso

estaba pidiendo ayuda. Aun así, su mayor preocupación sobre la situación de Fernanda es que las personas habían empezado a comentar sobre la situación en la que estaba la niña y eso la ponía en riesgo de que “*llamen a la policía para quitarle al niño*”. Pues me explicaba que las personas del pueblo cuando ven que “los niños no están bien cuidaditos” acuden a la comisaría de familia para que el ICBF intervenga y asuma el cuidado de los niños, pues “*se preocupan por el bienestar de los niños*”. Escuchando de nuevo la conversación que grabé con Sofía fue que me di cuenta de que el juicio de “mala madre” siempre ha estado presente desde la opinión de las mismas madres venezolanas, como en los comentarios de los habitantes del pueblo que tienen una especial atención a los cuidados.

En este capítulo voy a hablar sobre el juicio moral emitido sobre las prácticas maternas empleadas por las mujeres venezolanas en entornos de hostilidad para criar a sus hijos y para garantizar la supervivencia tanto de ellas como de los niños y niñas (Scheper-Hughes, 1992). La aparición de la figura de “mala madre” se emplea como una forma de evaluar su gestión frente a los cuidados de los niños y niñas, a la vez que permea y le da forma a la experiencia de las maternidades migrantes en Guasca. La sanción social producto de la figura de “mala madre” se ve reflejada en las críticas de las personas del pueblo, toma de decisiones migratorias, desarticulaciones en las relaciones familiares y la intervención del Estado colombiano sobre la custodia de los niños y niñas migrantes. Propongo que el juicio moral de “malas madres” agudiza la estigmatización que viven a las mujeres migrantes, al punto de que en el pueblo está la amenaza de que intervenga el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para tomar la custodia de los niños y niñas migrantes, pues ya hubo familias en las que esto ocurrió. Tener los niños en el trabajo para cuidar de ellos o dejarlos a cargo del hermano(a) mayor, son parte de esas estrategias de apañe que son fuertemente criticadas tanto por personas colombianas, como por personas venezolanas.

Durante las entrevistas las mujeres hablaban sobre sus maternidades desde un esfuerzo por no ser una “mala madre” y en caso de que emplearan alguna de dichas estrategias justificaban por qué eso no las convertía en malas madres o cómo se iban a reivindicar. En este sentido, la figura de “mala madre” antes que ser cuestionada por las madres venezolanas, es aceptada implícitamente de una u otra forma. Lo que observe es que no hay una revisión intencionada por parte de ellas de las expectativas maternas, sino que por la posición de vulnerabilidad estructural en la que se

encuentran sus prácticas maternas se salen de los estándares establecidos socialmente de lo que es el “buen cuidar”. Las estrategias adoptadas por las madres venezolanas no son una forma de criticar el modelo tradicional de cuidado. Más bien es una oportunidad para reflexionar sobre la necesaria redistribución social de los cuidados, pues a medida del tiempo se ha responsabilizado a la mujer de garantizar los cuidados de la familia por el “instinto maternal” (Scheper-Hughes, 1992, pp. 341). Teniendo en cuenta que la estructura de la provisión del cuidado afecta a la ciudadanía, se hace necesario preguntarnos por la responsabilidad colectiva de los trabajos del cuidado y del papel del Estado colombiano. Es importante conocer las experiencias de las madres venezolanas en situación irregular para comprender las dinámicas y situaciones de discriminación a las que se enfrentan en su proceso de integración y adaptación en un entorno rural como Guasca. Teniendo en cuenta su posición de vulnerabilidad se enfrentan a barreras para acceder a servicios como salud, educación y apoyo social en los cuidados de los niños, por lo tanto, su ejercicio de ciudadanía ya se ve afectado.

Dimensión ética del cuidado

Inevitablemente para entender las estrategias maternas de las mujeres venezolanas se debe hablar de la dimensión ética del cuidado, además de las actividades realizadas para satisfacer las necesidades de niños y niñas. Dentro de la dimensión ética del cuidado tenemos los sentimientos, conocimientos y concepciones de la responsabilidad de satisfacer las necesidades básicas de las hijas e hijos. González y Acosta (2015) proponen que la dimensión ética está mediada por las “microideologías” que se tienen al rededor del cuidado, que a su vez son producidas por las normativas sociales y políticas de la estructura social (cf., 145). Socialmente tenemos unas concepciones de cómo se deben cuidar a hombres y mujeres en las diferentes etapas de la vida, catalogamos unas prácticas como más adecuadas que otras y a partir de esto generamos conocimientos de lo que creemos que funciona. En el caso de la maternidad también se dan unas concepciones sociales (microideologías) de los parámetros que se deben seguir para cuidar “adecuadamente” de niños y niñas. En las que se les otorga a las madres, y mujeres de la familia, la responsabilidad de proveer los cuidados necesarios para la supervivencia y el desarrollo de los recién nacidos. Estos estándares de las formas “adecuadas” es lo que llamo a lo largo de la investigación como “el buen cuidar” que engloba prácticas que piensan en el bienestar de los niños y niñas, pero que no tienen en cuenta los recursos necesarios para cumplirlas. En mi trabajo de

campo observé el cuidado que brindan en una dimensión física: vestimenta, acceso a educación, servicios de salud, alimentación básica, acompañamiento permanente, y en una dimensión social: amor, compasión, actividades recreativas, posibilidad de relacionarse con otros niños, gustos ocasionales como juguetes, accesorios o “galguerías”.

El “buen cuidar” hace un gran aporte a la forma en la que se entiende a los niños, niñas y personas dependientes como sujetos sociales, pero cuando se vuelve una microideología no permite que haya una reflexión sobre las condiciones que se necesitan para “cuidar bien”. El buen cuidar nos permite reconocer y velar por los derechos de los niños y niñas, que dentro de la sociedad son más bien relegados y a los que se les sigue restando agencia. Sin embargo, cuando a las maternidades se les exige que deben de seguir los parámetros del “buen cuidar” sin considerar los recursos que se requieren, pone a las familias en una desventaja y deviene en el juicio de las madres. “Mala madre” es el rótulo que le han asignado a varias mujeres venezolanas en Guasca porque no cumplen con el “buen cuidar” de sus hijos e hijas, ya sea que tengan sus hijos en sus lugares de origen o que vivan con ellas en el pueblo. No obstante, el incumplimiento de la norma del “buen cuidar” no significa que los niños estén abandonados, desatendidos o maltratados. Más bien, me refiero a que desde sus posibilidades emplean otras estrategias que garantizan la supervivencia de niños y niñas y la cobertura de sus necesidades básicas, pero que no pueden brindarles, por ejemplo, acompañamiento permanente, gustos ocasionales, actividades recreativas o incluso acceso a la educación primaria. Las principales razones por las que no pueden seguir el estándar del “buen cuidar” es porque las madres no cuentan con los recursos económicos y sociales necesarios. Catalogar a algunas madres venezolanas como “malas madres” desconoce que el hecho de migrar implica una transformación en las maternidades, dado que hay un cambio en los roles de género y en la estructura familiar. Por el contrario, hace creer que las madres venezolanas no tienen “la voluntad de cuidar bien a los niños” y nuevamente individualiza la responsabilidad.

Cuando empecé a realizar mi trabajo de campo en Guasca y hablaba con los pobladores habituales sobre la población migrante venezolana se daban opiniones divididas sobre la llegada de estas personas. Unas personas lo consideraban como algo bueno, pues implicaba que los y las migrantes venezolanas estaban moviendo la economía del pueblo, pues trabajaban y desarrollaban su vida ahí mismo. Los comerciantes con los que hablé destacaban el hecho de que compraban en “grandes cantidades” dado que trabajaban y vivían en las veredas del municipio, eso impactaba

positivamente las ventas en los días de descanso. Pero, que debían estar atentos cuando entraban a los locales porque consideraban que también corrían el riesgo de que *“nos embolatan pidiendo ver una gorra, después otra y cuando me doy vuelta ya se han llevado que unas gafitas, en un pasamanos, o se han encaletado un perfume”*. Aunque frecuentemente asocien a los grupos de hombres jóvenes como posibles ladrones, también están prevenidos de las mujeres cuando se prueban las prendas o accesorios en los vestidores. Otras personas estaban mencionaban que estaban *“sacando a la gente del campo, de su tierra”*, para ahora estarla trabajando ellos, pues explicaban que la mano de obra de los migrantes se paga a un precio más bajo. También expresaban su preocupación por la “seguridad” del pueblo en tanto que decían que las personas migrantes estaban acostumbradas a beber alcohol en mayores cantidades y que no respetaban el espacio público del parque principal donde se reunían después de las fiestas a seguir bebiendo. Sin embargo, los comentarios que más me llamaron la atención eran los que estaban enfocados hacia las mujeres migrantes por las connotaciones sexuales que hacían, pero sobre todo por la catalogación de ellas como “malas madres”.

Cuidado como una dimensión importante del ser humano

La maternidad está muy ligada al cuidado de los niños, pues en todas las entrevistas que hice, las mujeres se referían a sus hijos en términos de cuidado. Al preguntar por su maternidad inmediatamente se referían a las prácticas relacionadas con el bienestar y la atención de sus hijos e hijas. El cuidado lo entiendo como “el conjunto de actividades dirigidas a proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas” (Comas d'Argemir, 2014, pp. 32). En este sentido, el cuidado se puede ver de formas diversas: trabajar lo suficiente para poder pagar la guardería de la señora Carmen que trabaja con *“amor y paciencia”*, darles una vuelta a los niños por el casco urbano para que se *“distrayan del encierro de la semana”*, comprarle ropa acorde al clima de Guasca para que no se enfermen, incluso mudarse a la frontera para que los niños puedan estudiar en otras condiciones. Aunque en un principio se haya planteado el cuidado como una relación entre individuos dependientes (personas mayores, niños/niñas, personas con discapacidades) y las personas que velan por su bienestar y desarrollo, lo cierto es que todas las personas requerimos de cuidados durante las etapas de nuestra vida para poder existir. El cuidado en la vida cotidiana se ve de formas que cada vez están siendo más reconocidas como labores necesarias para la vida humana. Entonces, ya no hablamos del cuidado haciendo en referencia a la relación entre personas

dependientes y cuidadores, sino que hablamos de relaciones de interdependencia en la sociedad (Gonzálvez y Acosta, 2015).

El cuidado es un factor importante en la vida de los humanos, pero también en el mantenimiento de las sociedades, pues se encarga de la reproducción social. La reproducción para la continuidad de la sociedad se plantea en dos elementos: por una parte, la biológica, en tanto que se necesita la reproducción de la especie y por otra, producción de bienes materiales para la subsistencia. Es necesaria la reproducción de la vida humana, por eso se ve como fin último en que los humanos posibilitan la producción de bienes materiales y la continuidad de la especie. Por medio del trabajo se da la producción de bienes materiales, por lo tanto, se necesita de los individuos para reproducir los medios de producción. Carrasco (1992) plantea que en las sociedades occidentales de estos tiempos dentro del sistema económico se encuentran dos esferas: la industrial y la doméstica. La convergencia que propone la autora caracteriza a la esfera industrial como la productora y reproductora de bienes y servicios orientados al sistema económico. La esfera doméstica, podemos intuir, se refiere a la producción y reproducción de las personas que hacen parte de la sociedad. Aunque parezca como una dicotomía por estar planteado como lo exterior (industrial) y lo privado (doméstica), ambas esferas están relacionadas la una con la otra. Se requiere de bienes materiales para la sobrevivencia de los individuos de la sociedad, y se requiere de la fuerza de trabajo de las personas para producir dichos bienes, servicios y mercancías (Comas d'Argemir, 2014).

No obstante, desde una perspectiva feminista se ha evidenciado que en la sociedad actual se le ha otorgado mayor valoración a la producción de mercancías y bienes, en tanto que no se ha reconocido la importancia que le corresponde a la reproducción en lo doméstico. Esto representa una problemática porque el cuidado de los individuos no se está pensando como un interés colectivo de la sociedad, sino que se le ha dejado al ámbito privado de la familia. Dentro del seno familiar quienes han asumido el trabajo de cuidado han sido las mujeres por la concepción de que son actividades propias de lo femenino, en tanto que se relacionan con su naturaleza biológica. Esta articulación entre el género y el cuidado es posible analizarla desde el entramado de la sexualidad y el parentesco, pues desde estos ámbitos es que se puede entender el ámbito biológico y sexual, respectivamente. Desde el ámbito sexual se da la diferenciación biológica (binaria y cisgénero) de hombres y mujeres, en la que las mujeres tienen la capacidad de reproducción de la

vida (gestar). Considerando esto, se plantea que las mujeres son las principales encargadas de la reproducción de la esfera doméstica y las más “aptas” para hacerse cargo de la familia (Comas d'Argemir, 2014). El parentesco permite entender que socialmente se les asignan a los integrantes de la familia diferentes funciones y obligaciones de acuerdo con los roles y estereotipos de género. La división del trabajo entre hombres y mujeres está atravesada por el género, la sexualidad y el parentesco, pues esto genera una falsa idea de que sean diferencias “naturales” y objetivas, esto hace más complejo que se dé un cuestionamiento de estos sistemas.

En nuestra sociedad implícitamente se le establece a la institución social de la familia la responsabilidad del cuidado de los individuos, no se piensa como una obligación colectiva, sino que se desplaza a lo privado de la familia. En ese sentido, es la familia la que debe organizar los cuidados según los recursos que tengan disponibles, para garantizar el bienestar de sus integrantes. El trabajo de cuidado no remunerado que han desempeñado las mujeres a lo largo del tiempo, de cierta forma ha sido el que ha soportado la reproducción de los individuos de las sociedades (Comas d'Argemir, 2014). En las familias estas labores no han sido reconocidas como trabajo, en tanto que se consideran funciones “naturales” de las mujeres y de las madres. Con la incorporación de la mujer en el mundo laboral hay menos tiempo de desempeñar las labores del cuidado que se les han sido asignadas socialmente (Carrasco, 1992). Esto nos lleva a plantearnos una distribución social de las labores del cuidado dentro de la familia, pero incluso dentro del Estado. Sin embargo, las investigaciones sociales nos han demostrado que en no en todos los hogares se ha dado esa distribución social del cuidado y son las mujeres las que terminan asumiendo lo que se conoce como la ‘doble jornada’. Las mujeres se vuelven responsables de la reproducción de ambas esferas, de la doméstica y de la industrial, lo que lleva a que la reproducción del social recaiga únicamente en el ámbito privado de lo familiar. Adicionalmente, es la disponibilidad de los recursos que tenga cada familia lo que media cómo se dan los cuidados y las condiciones de vida de las personas, de manera que vivimos en un sistema económico capitalista. No voy a ahondar en la reflexión del capitalismo en la crisis globalizada de los cuidados, pero no es posible obviar que vivir en este sistema económico en la que hay una libertad de mercado potencia las desigualdades económicas y sociales.

Madre como responsable de cuidados

La viñeta al inicio del capítulo es un fragmento de las primeras conversaciones que tuve con Sofía en mi trabajo de campo. Sofía es una mujer colombiana que tiene 2 hijos y que llegó hace una década a trabajar en el pueblo. De cierta forma, Sofía ya sabía lo que estaba haciendo allí, pero no tenía del todo claro por qué era importante preguntarles a las madres migrantes sobre sus experiencias. Se me ocurrió preguntarle a ella por las madres venezolanas que vivían en el pueblo con sus hijos, para entender también cuál es la percepción de los habitantes del pueblo frente a las migrantes. A diferencia de otras personas, Sofía trató de ser ‘conciliadora’ al momento de referirse a la gestión de las madres migrantes frente al cuidado de los niños. Conciliadora en el sentido que resaltó de primeras que *“son madres que se esfuerzan cada día por sus hijos, madrugar, aguantarse muchas cosas -no les pagan bien por los papeles-”* reconoció Sofía *“para que a sus hijos no les haga falta un plato de comida, un techo donde dormir”*. Pero, en contraste, también hablaba sobre las madres que son *“descuidadas”* porque no están pendientes del “buen cuidado” de los niños y niñas: comer adecuadamente, contar con guardería/ ‘cuido’, vestirle con ropa acorde con el frío que hace en Guasca. En el relato de Sofía podemos ver cómo el rol de madre se sobrepone con el rol de cuidadora, cuando habla sobre las maternidades de las mujeres se refiere primero al cuidado de los niños.

La maternidad suele asociarse al “hecho natural” de dar a luz, amamantar, criar y cuidar al nuevo ser en sus diferentes ámbitos de la vida humana. Asimismo, se ve como algo que es inherente a la naturaleza femenina, se asocia a que las mujeres cuentan con un ‘instinto maternal’ (Scheper-Hughes, 1992). Esto lo podemos ver en los relatos de Sofía en el que comenta que algunas mujeres son *“desapegadas a sus hijos”*, resaltando que no se les ve *“una entrega”* hacia el cuidado de los niños. Estos imaginarios de que las mujeres deben ser madres entregadas se sostienen en la idea del ‘instinto materno’ y el ‘amor maternal’, que son atribuidos a la biología de las capacidades femeninas de gestar (Scheper-Hughes, 1992, pp. 341). Entonces, si se considera que el instinto materno es una cualidad biológica de la mujer, entonces se asume que cuidar de los hijos (alimentar, criar, educar) también lo es (Del Valle et al., 2002, Puyana, 2007). Es por esto que el sacrificio, la abnegación y la dedicación se ven como una característica intrínseca a las maternidades: *“uno siente apego porque uno fue la que le dolió tenerlo,”* enfatizó Valeria una tarde que hablamos, *“en cambio, el hombre, digo yo, va se busca otra mujer y le hace otro y ya, y se olvidan de los hijos, no los extrañan”*. Sin embargo, es importante entender la maternidad y la

figura de madre como elementos condicionados por un contexto histórico y cultural (Palomar, 2005).

Esto implica que las construcciones de género y los estereotipos que se crean alrededor de lo femenino tienen una inferencia en ver la maternidad sólo como un hecho natural. En tanto que las prácticas sociales orientadas hacia la maternidad están relacionadas con lo que se plantea como “lo esperado” en la mujer (Puyana, 2007). Respecto a las experiencias de las madres venezolanas en Guasca, Valeria decía que no quería tener otro hijo porque no tenía el dinero, ni el tiempo para compartir con su hijo, menos con dos. En cambio, su pareja quiere que tengan la niña para poder “*completar la parejita*”, pero dice que al final la decisión de extender la familia depende es de ella. Valeria me cuenta que piensa mucho volver a ser madre por lo agotador que es tener la presión de todo el mundo sobre ella. Dice que ya se adaptó a la rutina del trabajo y de dejarle todo listo a su mamá para que cuide al niño que tiene 3 años. Valeria no quisiera volver a empezar desde 0 con otro bebé, mientras tiene que criar a su hijo de 3 años. Cuando le pregunto por el rol que cumple su pareja en la crianza del niño, y de un posible bebé más, Valeria responde que él es muy responsable con las cosas de la casa, pero agrega que “*si nos llegamos a dejar, él se va y listo; y la que queda con el niño es una*”. La categoría de género para De Laurentis no existe por fuera de los esquemas y las construcciones sociales en los que está inmersa, por lo tanto, los efectos que tienen los significados sobre las personas también conforman a la categoría. Es decir, que las ideas y significados que las sociedades le asignan al género impactan en la forma en la que las personas se comportan, son percibidas por las otras personas y como se ven así mismas. Socialmente se vincula a la mujer como la principal responsable de los hijos, pues Valeria cuenta que su madre le repetía constantemente que “*el día que usted meta la pata, usted se va a hacer responsable, más nadie, solamente usted*”. Lo que produce que ella se vea así misma con la responsable de ofrecer los cuidados a su hijo, pues desde muy pequeña su madre le ha enseñado que las únicas que terminan asumiendo los cuidados de los hijos son las mujeres. A partir de esto, es que Valeria no quiere tener un segundo hijo.

Socialmente se ha asignado a la madre como la responsable de garantizar la calidad de los cuidados de los niños, de acuerdo con los lineamientos científicos: “el hijo [como] parámetro de su desempeño como “buena madre”, entendida a partir de evaluaciones hechas con criterios supuestamente científicos” (Palomar, 2005, pp. 47). En el pueblo todas las personas tienen una

opinión que evalúa qué tan efectiva, o no, es la gestión de las madres migrantes. Aunque Sofía no habla en términos de ‘buenas’ o ‘malas’ madres, sí menciona que el Bienestar Familiar les ha quitado los hijos a las madres venezolanas porque *“están violentando el bienestar del niño”*. Es posible ver cómo hay una valoración del desempeño de las madres a partir del estado de los niños, sin reconocer las condiciones en las que se encuentran las madres. Sofía me contó sobre el caso de una madre migrante que distinguen en el pueblo: *“eso mantiene a la niña terrible, en unas fachas, con unos saquitos que no cubren nada y en shores.”* Su tono indignado era un juicio tácito, *“entonces ¿qué pasa? que la gente del pueblo mira todo eso porque son entrometidos, o se preocupan por el bienestar de los niños o dicen ¡qué pecado esa niña como está! Entonces llaman a la comisaría de familia”*. La responsabilidad del “bienestar del niño”, para Sofía y otros habitantes de Guasca, recae sobre las madres, sin involucrar a otros miembros de la familia o el Estado.

La experiencia de género es entendida como “un complejo de hábitos, asociaciones, percepciones y disposiciones que la engendran a una como mujer” (De Lauretis, 1989, pp. 26), y que a su vez producen auto representaciones, significaciones, discursos y prácticas socioculturales que aportan a la producción de los géneros. La naturalización de la maternidad en las mujeres sugiere que también se tiene una disposición biológica para el cuidado de los niños, niñas y el hogar. Es así como la mujer se ha visto como la responsable del hogar y las tareas relacionadas a este, mientras que el hombre se ha visto como el proveedor. A partir de esto, es que se da una separación en los ámbitos sociales, estando las mujeres en el ámbito privado del hogar y la casa, mientras que el hombre se desenvolvía en el ámbito público. En el espacio privado del hogar también se desempeñaba el rol de madre en la familia, pues el sistema sexo-género funciona como “un sistema de representación que asigna significado (identidad, valor, prestigio, ubicación en la jerarquía social, etc.) a los individuos en la sociedad” (De Lauretis, 1989. Pp. 11). No es mi intención en este capítulo hablar sobre estudios de familia, pero se debe tener en cuenta que el rol de madre ha estado también vinculado al rol de esposa. Desde el ámbito privado se le ha asignado a la mujer los cuidados de la familia y el hogar, en tanto que se cree que hay una predisposición biológica a la reproducción social.

Sin embargo, con la inserción de la mujer en el mundo laboral, la división sexual del ámbito privado y el ámbito público se ha vuelto difusa y ya no es tan sencillo hacer dicha distinción. Pues

ahora las mujeres también hacen parte de la esfera productiva de la sociedad en tanto que es necesario que haya una entrada económica adicional en los hogares. Esto resultó en que el rol que desempeñaban las mujeres en los hogares ejerciendo las labores del cuidado quedara vacío, pues ahora tanto hombres como mujeres debían de salir a trabajar. Contrario a lo que se creería, no hubo una redistribución de las labores relacionadas con el cuidado del hogar y de la familia, sino que en unos casos entraron otras mujeres de posiciones sociales relegadas a asumir estas labores, pero ahora de forma remunerada. Un ejemplo de ellos ha sido los altos flujos migratorios de mujeres del Sur Global para emplearse en trabajos relacionados a las labores del cuidado en los países del Norte Global. No obstante, en las familias con menos recursos económicos, no era posible contratar los servicios de mujeres para que cuidaran de los niños y niñas y del hogar. De modo que las mujeres terminaron ejerciendo las labores de cuidado del hogar y de su familia, a la vez que salían al mundo laboral a desarrollar sus carreras profesionales. Resultando en una doble jornada para las mujeres que cumplen su rol como cuidadoras en sus hogares a la vez, del rol de trabajadora.

Condensación de la esfera laboral con la esfera del hogar

Aunque en las familias migrantes venezolanas los roles de género han sufrido transformaciones por la movilización de los integrantes, el cuidado de la familia sigue recayendo (en la mayoría de los casos) sobre las mujeres, ya sea en la dimensión económica, afectiva y/o física. Las mujeres migrantes venezolanas por su condición de vulnerabilidad cumplen con la doble jornada, pues todas las mujeres con las que hablé trabajan en los cultivos o en las tiendas del municipio, al mismo tiempo que son las responsables de lavar la ropa de la familia, hacer aseo en el hogar, cocinar y organizar su espacio. En los casos en los que pueden pagar por el “*cuido*” de los niños (como Valeria, Mariana y Catalina) igual están incurriendo en una doble jornada, en tanto que las tareas del hogar siguen siendo cubiertas por ellas. No obstante, el caso de los cultivos de cebolla larga se puede ver que hay una condensación de ambas esferas, en las que se juntan la esfera productiva y la reproductiva en un mismo espacio al mismo tiempo. Su lugar de vivienda coexiste con su lugar de trabajo, a pesar de que se muevan de finca o municipio los cultivos son su sustento económico, pero también el lugar en el que van a ubicar sus casas fabricadas de plástico y madera “*Tenemos que cargar todo, camas, colchones, cortinas, pipetas, es como que si viviéramos en una casa rodante*” bromea Carolina. Mientras que ellas están trabajando, extrayendo cebolla, están pendientes de sus hijos y cuidando de ellos en todos los sentidos físico,

emocional y económico. Esta unión de ambos ámbitos de la vida de las mujeres funciona como una estrategia de supervivencia que se escapa de las formas convencional de la ética del cuidado. Al decir que son estrategias de supervivencia, no romantizo la vulnerabilidad en la que viven y cómo esto les afecta su bienestar, al contrario, estoy considerando el contexto en el que se ubican estas migrantes irregulares venezolanas. Con la intención de acercarme a la comprensión de las decisiones que toman las mujeres venezolanas en Guasca.

Para nadie en el pueblo es un secreto que la mayoría de los trabajadores de las fincas cebolleras son migrantes indocumentados que viven en los lotes de cultivo en condiciones de vulnerabilidad, dado que dicho espacio no está acondicionado para uso habitacional. Durante los días domingo de cada semana es más notoria la presencia de los trabajadores agrícolas, pues es su día libre y es el día que destinan para hacer todas sus compras y “mandados”. Las mujeres van al pueblo a hacer sus compras acompañadas de sus hijos e hijas porque son sus principales cuidadoras, pero también porque aprovechan para darles una vuelta y para que se distraigan un rato del *“mundito cerrado de los cultivos”* como dice María. Al mismo tiempo, los habitantes regulares del municipio acostumbran a hacer las compras de las semanas, salir a almorzar a algún restaurante y asistir a las misas que se celebran en la basílica que se ubica en el parque central de Guasca. La presencia de las migrantes venezolanas es notoria porque *“no son caras conocidas”* explica Sofía, pero sobre todo porque andan con sus hijos e hijas que llevan pecas en sus rostros a causa de largas exposiciones al sol. Con la visibilidad de los niños venezolanos en el pueblo los fines de semana, las personas colombianas desarrollaron *“preocupación, les da pecado los niños”* y se convierten en “jueces” del bienestar de los niños y niñas migrantes. En ese juicio moral se individualiza la responsabilidad de los cuidados de los infantes y señalan a las madres como las *“culpables de esas malas fachas”* opina Sofía que *“puede que uno esté manguandrida, pero los hijos no pueden ser lo mismo”* pues me explica que *“ellos [los hijos] son su carta de presentación”*. A su vez, el juicio sobre el bienestar de los niños y niñas migrantes se da a partir de su aspecto físico, pues las quejas de “malas madres” principalmente van orientas aque los *“tienen los niños en chanclitas, sucios, sin peinar y muchas veces está lloviendo y no tienen ni una pregunta, eso es lo que yo me baso”* opina Sofía.

Proponer a las madres venezolanas como las principales “culpables” del mal cuidado de los niños y niñas migrantes, sugiere que la calidad de los cuidados depende de la “voluntad” de las

madres. Es decir, que socialmente desde el juicio moral de *“malas madres”* se cree que cuando no se cumple el “buen cuidado” es porque las madres no tuvieron la voluntad de hacerlo. Tanto María como Carolina viven y trabajan en los cultivos de cebolla que hay en las fincas del municipio, cada una tiene 2 hijos y sus hijos mayores están en edad de entrar al colegio. Carolina me contaba que para ella y su esposo era muy importante la educación de la niña, aunque él no sea su padre biológico, pues considera que *“necesitan su educación”* pensando a futuro *“porque pues pensamos que eso es lo que le vamos a dejar en el futuro, porque terrenos o propiedades no tenemos”*. A pesar de que no puede inscribir a su hija en un colegio en Guasca, se sienta con ella antes del horario de acostarse para *“ponerle tareas, tengo que dedicarle tiempo a ella y al estudio”*. Entonces mientras ella está cocinando es que se pone con ella al lado de la estufa a practicar los conocimientos que tiene y a tratar de enseñarle temas nuevos, pero ella dice que se le dificulta mucho porque *“ya se me olvidó lo poquito que aprendí en la escuela”*. Esto muestra que Carolina no carece de voluntad de brindarle educación a su hija mayor, sino que por las condiciones en que se encuentra ella y su esposo no tienen forma de asegurar que vaya a asistir regularmente a una institución educativa.

Su horario de actividades diarias está dividido entre la jornada laboral de clasificación y emparejamiento de las cebollas, lavar la ropa a mano, cuidar de las niñas durante todo el día y sus trabajos adicionales para tener una entrada adicional, pues con lo que ganan semanalmente en la cebolla no le alcanza para enviarle a su hijo del medio que vive con la abuela en Venezuela. Que su familia viva en los cultivos de cebolla hace que no paguen arriendo, así que es un gasto que disminuye, pero la forma en la que se desarrolla el trabajo hace que el salario semanal sea dividido entre ella y su esposo. Es por este motivo que ella tiene un trabajo adicional en la que le pagan \$20.000 por prepararle los alimentos a una familia vecina que vive en el mismo lote. Ella todas las mañanas se despierta a las 5:00 am para tener el tiempo suficiente de preparar el desayuno de su familia, como para la familia para la que trabaja, pues la jornada laboral empieza a las 8:00 am. Debido a que no cuentan con servicios públicos ni la infraestructura adecuada, las labores del hogar se tardan más en realizar y requieren de más esfuerzo, pues se debe conseguir el agua por aparte. En el caso de la lavada de la ropa, Carolina me cuenta que la mayoría de las familias no cuenta con lavadora y que en ninguna parte del lote se puede encontrar un lavadero, entonces ella extiende un plástico en el suelo para que no se embarre la ropa y allí es donde la restriega. *“Hay personas que tienen lavadoras y las alquilan, pues ahí se ayudan ellos también”*, pero por razones

económicas no pueden acceder a estos servicios. Adicionalmente, en las noches Carolina prepara comidas venezolanas y waffles para vender entre las personas que viven con ella en los lotes y así *“tenemos otra entrada también de dinero para las semanas que son difíciles”*. El dinero que ella se gana adicional a su trabajo en la cebolla lo aporta a la economía familiar, aunque su esposo no se responsabilice de las labores del hogar y del cuidado de los niños.

Escaparse del buen cuidado no es un cuestionamiento directo a la ética del cuidado, pues ellas incluso rechazan lo que hacen, esto muestra que son estrategias de supervivencia, no es la forma en la que quisieran cuidar a sus hijos. Tanto Carolina como María concuerdan en que los cultivos de cebolla no son un espacio adecuado para que sus hijas estén durante el día, pues desconfían de las intenciones que puedan tener otras personas. Ambas me contaron que sienten preocupación de que alguna persona les pueda hacer daño a las niñas mientras ellas están trabajando, pues Carolina me contaba que a veces no puede escucharlas porque *“si hay que sopletear la cebolla, se usan máquinas y eso es mucho ruido”*. Eso por eso que ellas están constantemente revisando a los niños, incluso María me contaba que ella no los dejaba ir a jugar a otras partes del lote con otros niños porque le daba preocupaba que algo ocurriera y ella no se diera cuenta por ser una distancia más larga *“se aburren... les toca jugar entre ellos, lo que nunca hacían allá [Venezuela]”*. Ambas quisieran vivir en una vivienda en el pueblo, así sea en una vereda pues, aunque María vive en una caballeriza a diferencia de Carolina, no cuentan con servicio de baño y ella cuenta que para bañar a los niños es muy complicado *“es fuerte... por lo menos allá hace más frío que acá en el pueblo”* me dice María sobre la finca en la que vive *“ella sufre de los pulmoncitos y bañarla así es peligroso”*. Carolina en una actitud positiva espera poder *“aunque sea hacerme a un puestico”* agrega que *“yo me puedo defender en vender cualquier cosa como los waffles y pues que mi pareja siga trabajando en la cebolla”*.

Mientras que María junto a su esposo están planteándose la opción de que ella se devuelva para Venezuela con los dos niños para no tener que exponerlos a la intemperie en los cultivos de cebolla, para que puedan estudiar y para que ella se pueda dedicar a criarlo. No obstante, el esposo de María tendría que enviarles dinero para cubrir los gastos de alimentación, estudiantiles y médicos. Es por eso que la caracterizo dentro de las estrategias de supervivencia que emplean, en tanto que ellas tampoco ven como “aceptables” esas formas de cuidado, pero es la única alternativa que tienen en el momento. La estigmatización que sufren por llevar con ellas sus hijos a los cultivos

no contempla el contexto social en el que están, en cambio las pone en riesgo de perder la custodia de sus hijos. Su posición de vulnerabilidad las pone en una situación de sufrimiento por el miedo de perder a sus hijos e hijas, pero al mismo tiempo les culpabiliza por vivir en estas situaciones de hostilidad. Cuando llaman a la comisaría de familia para reportar los casos de los niñas y niños migrantes que consideran están en condiciones de “descuido”, se inicia un proceso de seguimiento para ver que las madres mejoren esas condiciones.

No obstante, ellas no tienen las posibilidades de cambiar el lugar en el viven, la alimentación de los niños o inscribirlos en el colegio departamental. Teniendo en cuenta sus condiciones sociales, es fundamental complejizar la conceptualización de las mujeres venezolanas como 'malas madres', para desvincularlas de la percepción que las asocia con prácticas peligrosas y evita cargar sobre ellas la culpa y la responsabilidad. Con la intervención del ICBF en las maternidades de las mujeres migrantes su posición de vulnerabilidad no mejorar, pues no les proporcionan recursos para mejorar sus condiciones de vida. Por el contrario, la desconfianza institucional que tienen hacia las entidades estatales se incrementa, lo que las lleva a no hacer de uso de apoyos como la Ludoteca.

Adicionalmente, la intervención del ICBF de la patria potestad de los niños y niñas venezolanos reproduce el estigma que se tiene de las mujeres venezolanas como “malas madres”. Pues, se les responsabiliza y culpabiliza de la suspensión de la custodia y de las estrategias de apañe que emplean, esto empeora el estado de sufrimiento de las mujeres migrantes, pero también desplaza de la discusión pública la responsabilidad social de los cuidados de los niños y niñas. El Estado colombiano también es responsable de la situación de vulnerabilidad en la que viven estos niños y niñas con sus familias. No contar con un sistema inclusivo de inmigración que pueda resultar en una residencia legal en el país, ha puesto a los migrantes en una legalidad liminal (Ordóñez y Ramírez, 2019). Pues con la creación de permisos temporales de trabajo y estadía, que se renuevan cada cierto tiempo por medio de estatutos, se crea un estado de inclusión y exclusión simultáneo (Ordóñez y Ramírez, 2024). La creación de estos permisos temporales no lleva a una forma de residencia permanente en el país, lo que genera que los migrantes dejen de actualizar los permisos temporales. Adicionalmente, estos programas de legalidad liminal produjeron ilegalidad en las personas venezolanas de alta vulnerabilidad, pues no contaban con los recursos para poder aplicar a las categorías legales de residencia en Colombia (Del Real, 2022).

Maternidad intensiva

Relatos como el de Sofía y mi experiencia en las entrevistas con las mujeres me muestran que hablar de maternidades, es hablar de cuidados. En este texto no pretendo hacer una crítica a las formas hegemónicas de entender la maternidad desde un “eterno femenino” (Palomar, 2005). Sin embargo, empleo algunas de las reflexiones feministas que se han dado desde las Ciencias Sociales para retomar la desnaturalización de la figura de madre. En cambio, propongo entender el rol de madre como la persona que está a cargo de gestionar los cuidados de los niños y niñas, más allá de las funciones biológicas como la gestación, el parto o la lactancia materna. Si bien hago énfasis en que la desnaturalización de la maternidad es necesaria para acercarse a la comprensión de las maternidades migrantes, soy consciente de la complejidad de desligarse de la figura de “cuidadora”. Por el contrario, propongo que la maternidad, en tanto hecho social, ha sido la ‘plataforma’ para que no haya una distribución social de los cuidados. En el caso de las madres migrantes venezolanas, son ellas las encargadas de gestionar los cuidados de sus familias tanto en Guasca, como en sus lugares de origen en Venezuela. Aunque no están en Venezuela ejerciendo las labores del cuidado de los niños como cocinar, lavarles la ropa, recogerlos del colegio y demás, siguen ejerciendo labores del cuidado a distancia. De cierta forma son las proveedoras del dinero que se emplea para pagar por los bienes y servicios que necesitan los niños en su diario vivir: víveres, elementos escolares, visitas al médico y demás. Sin embargo, las condiciones laborales no son las mejores y el sueldo que ganan trabajando en el campo no les alcanza para cubrir todos sus gastos y los de los niños y niñas. Es por eso que buscan otras fuentes de ingresos como ser estilistas y manicuristas, preparando comidas venezolanas para vender o haciendo turnos adicionales en los negocios del pueblo.

La ideología de la “maternidad intensiva” es uno de los modelos que se han planteado para referirse a la forma de crianza y de cuidado que ejercen las madres, en la que se hace uso de una gran infraestructura social y económica para estar implicadas de forma “directa” en el desarrollo de la vida de los niños y niñas. Desde este modelo las mujeres aparecen como las principales cuidadoras de sus hijos e hijas, pues se espera que las madres velen por el bienestar de los hijos. Se pone a los niños y niñas como los sujetos de mayor importancia en los que se quiere que haya un cuidado sobre cómo protegerlos antes el mundo, pero también de brindarle la atención que se plantea como la más adecuada desde lo desarrollado por “expertos” en crianza. De igual manera,

se designa a la madre como el ser más “apto” para que sea quien cumple y sigue las actividades de cuidado contempladas por los expertos como las adecuadas en la crianza, en las que se necesita que las mujeres inviertan una gran cantidad de recursos económicos y sociales. Las formas adecuadas de crianza están muy ligadas a la ética del cuidado y al “buen cuidar” en la que el acompañamiento intensivo está en el centro del bienestar, pues se espera que las madres estén presentes durante la mayor, si no toda, parte del tiempo. Entonces, dentro de las expectativas maternas está la dedicación exclusiva de las madres a tiempo completo, en el que incluso se pone de primeras a los niños y niñas, que la madre.

Pero ¿Qué pasa cuando las madres son las que migran porque están en entornos de vulnerabilidad? Cumplir con estas expectativas maternas se vuelve algo muy complicado porque la distancia es una de las características de la maternidad migrante, pues en muchos casos la madre migra mientras que los hijos se quedan en la sociedad de origen con familiares, como es el caso de Emma. Aunque las madres migrantes estén a la distancia, siguen cumpliendo con su rol de madres al estar al cuidado de los niños y niñas. Sin embargo, las formas en las que se ejerce el cuidado difieren de lo que socialmente adoptamos de la ideología de la maternidad intensiva, más que nadie, están conscientes de los recursos económicos y sociales que se requieren para “cuidar bien” de los niños. Precisamente, una de las críticas que se le hace a la ideología de la maternidad intensiva es que para lograr brindar los cuidados que ven como los deseados, se requiere de recursos económicos y sociales con los que no contaban estas mujeres venezolanas en sus lugares de origen. Ahora que migraron a Guasca ellas expresan que sus condiciones de vida mejoraron debido a que tienen trabajo, pero desde su posición como migrantes irregulares en Guasca no cumplen con las expectativas que se imponen en la “maternidad intensiva”.

“*Mala madre*” aparece durante las entrevistas y en general en mi trabajo de campo como una forma de hablar de las situaciones en las que viven, pero también para explicar por qué cuidan a sus hijos con las estrategias que emplean desde sus redes transnacionales. Durante las entrevistas que tuve con las mujeres venezolanas no se referían hacia ellas mismas como “*malas madres*”, más bien me explicaban cómo lo que hacen se aleja de esa figura. Antes que emitir algún juicio sobre si estaba bien o mal lo que hacían, durante los encuentros con ellas lo que quería era entender cómo viven y cuáles son las dificultades a las que se enfrentan. No desde una actitud condescendiente, sino desde la empatía hacia estas mujeres que amablemente me narraban sus

historias, y que me abrían su corazón. Yo no soy madre, pero la cercanía que he tenido hacia otras maternidades me ha permitido entender que la maternidad también puede sentirse como un camino muy solitario. Dentro de los objetivos de esta investigación no está indagar sobre los efectos que tiene la maternidad en la dimensión emocional de las mujeres, pero no hay forma de ignorar las emociones que están asociadas a la labor de ser madre. Yo no voy a hacer hincapié en los sentimientos/emociones que las madres venezolanas asocian con su maternidad migrante. Sin embargo, lo que pude percibir en nuestras conversaciones es que trataban de demostrarme de que no eran “*malas madres*” por las condiciones en las que viven y de las confesiones que hacían. En ningún momento lo sugerí, ni siquiera se me pasó por la cabeza imponer un juicio de esa magnitud desde mi posición como antropóloga, no obstante, el fantasma de “*mala madre*” siempre estaba en las conversaciones.

La primera vez que escuche el juicio de “*mala madre*” fue de Manuel, un habitante colombiano del pueblo con el que estaba hablando sobre las mujeres venezolanas que llegaban a Guasca, que lo primero que me mencionó era que las mujeres venezolanas llegaban al municipio “*desatadas*”. Pues, decía que las mujeres migrantes habían dejado a sus hijos e hijas en sus ciudades de origen porque querían vivir “*vidas de solteras*”, pues decía que muchas de las venezolanas estaban “*sacando provecho de los viejos*”. Mientras anotaba en mi libreta, me preguntó: “*¿Usted si se acuerda de Marianita que tenía un salón [de belleza] al lado de la pizzería, en el segundo piso?*” ante mi silencio continúa “*Don Evaristo fue el que se la montó. Miguel me contó que se lo comían caletos*”. Manuel en su relato se refería a que Evaristo le había pagado todos los implementos del salón de belleza que tenía Marianita a cambio de tener una relación extramarital con él. Interesada por esta fuerte afirmación le pregunté a Manuel si creía en lo que Miguel estaba diciendo sobre esta muchacha, a lo que él me responde “*¡claro! Ellas [las mujeres migrantes] son terribles, usted porque no las ha visto*” con un tono de molestia afirmó que “*¡No les da pena! En vez de traerse a sus hijos y tenerlos acá bien, prefieren dejarlos pa’ hacer de las suyas*”. Manuel insistía en que las mujeres venezolanas al no tener con ellas a sus hijos entonces eran “*malas mamás*” porque no estaban haciéndose cargo de los niños y niñas, pues afirma que “*los niños tienen que estar con la mamá*”. Como este relato, muchos otros condenaban a las mujeres migrantes como “*malas madres*” porque no habían traído con ellas a sus hijos, argumentando que las mujeres son las que saben cuidarlos.

Así mismo, condenaban a las mujeres venezolanas como “*malas madres*” cuando veían a los niños “*mal trajeados*”, pues cuando los niños tenían pecas en su rostro producto del sol o con polvo en su ropa, asumían que venían de los cultivos de cebolla. Aunque gran parte de las personas con las que hablé en el pueblo tienen relación con las labores del campo, consideraban inaceptable que los niños vivieran en los cultivos de cebolla. Antes que comprenden la situación en la que estaban las mujeres venezolanas con los niños, las señoras del pueblo las responsabilizaban de forma individual por la forma en la que se veían los niños y niñas. Así como decía Sofía que “*los hijos son la carta de presentación de nosotras las que somos mamás*”, las personas del pueblo apelaban a que la culpa era de las mujeres por no esforzarse lo suficiente trabajando o por ser “*unas irresponsables, viendo la situación como está de dura y se ponen a traer más hijos al mundo ¡No hombre! No pensar en esas criaturitas*”. El juicio recae en las mujeres venezolanas como las culpables de las formas en las que se ven los niños y los niños venezolanos en el pueblo se ven como seres muy vulnerables.

Por la vulnerabilidad de los niños, cuando ven que alguno de ellos no luce, asumen que el Estado colombiano les brindará un mejor cuidado. Durante mi trabajo de campo los comentarios que más resonaron fueron en torno al estereotipo de que las mujeres venezolanas son “*promiscuas*” “*quita maridos*” “*aprovechadas*”, pues decían que por estar “*detrás de la plata de viejos verdes*” descuidaban sus hogares y por tanto a los niños. Sobre esto Sofía reflexiona sobre el caso de una mujer venezolana a la que “*le quitaron injustamente a su hijita*” por la forma en la que se vestían tanto la madre como la hija, pues las vecinas reportaron el caso y el ICBF comenzó a hacerle seguimiento. “*Ella andaba así con sus sudaderitas, sus ruanitas*” describe Sofía a la mujer “*se llevaba a su niña pa arriba y pa abajo*”. Me contó de forma muy emotiva que para ella era “*una mujer muy entregada a ella y a su otro bebé*” pero que cuando el ICBF le pidió que algunas condiciones cambiarán “*ella no pudo irse de la piecita donde vivía pa’ otro lado*” además de que sufría de violencia intrafamiliar por el papá de la niña menor “*era una porquería ese tipo, le daba unas muendas*”.

El juicio recaía sobre el hecho de que relacionaban el estar en dos países diferentes con el “*abandono total*” “*desentenderse de lo niños por completo*”, en cambio las mujeres venezolanas en las entrevistas me aclaraban que su presencia en Guasca les permitía mandar dinero para comprar ropa, zapatos, útiles escolares. La figura de madre sigue estando presente dentro de sus

hogares en Venezuela, pues están involucradas en el desarrollo y crecimiento de los niños y niñas. En el caso de los más pequeños, ellas están al tanto de las decisiones que se toman sobre sus hijos, desde los alimentos que se les da, hasta las formas en las que opinan que es mejor corregirlos cuando se equivocan. Con los adolescentes, cambia la forma en la que participan de sus vidas, pues ellos ya tienen más consciencia y pueden expresar sus deseos. Aunque Emma le dio la opción a su hija de elegir si quería quedarse en Venezuela o migrar con ella a Guasca, pues ha sido muy clara en que debe seguir estudiando cuando termine el colegio y no *“afanarse a parir”*. Tiene planeado traer a su hija a Colombia cuando termine el colegio, porque dice que en Venezuela no puede estudiar, ni trabajar. Este es un caso en el que la mujer sigue estando presente sobre el rumbo de su hija, pues Emma no quiere que corra con la misma suerte con la que corrió ella, de tener un embarazo adolescente. A pesar de la distancia, Emma sigue influenciando las decisiones que toma su hija. Además, cada vez que sale la adolescente, le informa por WhatsApp a la mamá dónde y con quién va a estar, así no esté en línea. Las mujeres venezolanas se apoyan de familiares que están en Venezuela y les proveen los cuidados básicos a los niños, pero también tienen más familiares que son *“sus ojos”* que monitorean y les dicen desde otro punto de vista cómo es que están siendo cuidados sus hijos. Entonces, también son una forma de mantenerse informadas sobre cómo el dinero que envían está siendo administrado.

Los familiares que están en Venezuela proveen el cuidado en el sentido más cotidiano: bañan, cambian, cocinan, acompañan y corrigen. Mientras que las mujeres migrantes están en Guasca trabajando para enviar el dinero que necesitan sus familiares en el allá para comprar comida, comprar ropa, comprar electrodomésticos, útiles escolares, hacer reparaciones en la vivienda o para cubrir chequeos médicos. El acceso al trabajo en Venezuela es limitado, por esta razón los familiares de estas mujeres se dedican casi totalmente al cuidado de los niños y niñas me cuenta la señora Aurora que *“Allá casi todas las casas tienen abuelas con nietos”* mientras que las mujeres migrantes sostienen económicamente los hogares. Esto significa que el rol de proveedoras en el sentido económico recae total o parcialmente sobre las migrantes, mientras que el rol de cuidado físico y emocional se les entrega a otras personas *“Saber que usted no tiene comida ni las hijas suyas, ni los nietos pues ¡qué más queda! ¡Qué hace uno? Quedarse uno en la casa cuidándolos”* comenta la señora Aurora recordando lo que vivió con sus hijas *“Váyanse ustedes a trabajar, tanto las mismas que trabajan ahí o las que se van a otros países”*. Aunque en Venezuela no se pagan los servicios básicos, los costos de víveres son altos porque se está comercializando

en dólares, incluso en pesos colombianos, pero no en bolívares “*Llega a la tienda, usted con dólar y yo con un poco e’ bolívares*” explica la señora Aurora “*A usted como le ven los dólares, la atienden de primero y dejan ahí planta’o al que tiene bolívares*”. Entonces, así no estén viviendo en el mismo lugar, ellas siguen estando muy presente en la vida de sus hijos e hijas. La maternidad a distancia que ejercen es la forma en que sus familias pueden tener bienestar, pues en cierto modo también es una forma de brindar cuidados a las mujeres mayores que no pueden trabajar por su edad, dinámicas familiares o quebrantos de salud.

Sin embargo, el juicio por tener maternidades a distancia también viene desde otras mujeres venezolanas, en las entrevistas que realicé algunas de ellas llamaban como “*malas madres*” a aquellas mujeres que no habían migrado con sus hijos. Pues, ellas consideraban que no era posible ejercer su maternidad “activamente” desde la distancia, en tanto que consideran que las mujeres son las más adecuadas. La ideología de la maternidad intensiva también está presente en las madres migrantes venezolanas, pues la forma en la que asumen su maternidad es desde la responsabilización de los cuidados de las niñas y niños. Por lo tanto, consideran que la maternidad a distancia puede ser una alternativa en caso de que sea temporal, pues también se asocia la maternidad a distancia como una forma de abandonar a los niñas y niños. Catalina me contaba que cuando ella decidió migrar para Colombia con su pareja, la familia del papá de la niña se “*la pelearon duro*” para que no se la trajera por la difícil situación en la que estaba Catalina. Catalina no accedió a dejarles la niña y por eso dice que discutió fuertemente con la familia paterna porque ella considera que “*si yo me voy a pasar trabajos, me voy a pasar trabajos con ella porque por eso la parí*”. A pesar de las dificultades por las que pasaron para llegar a Guasca, Catalina cree que no hay nadie mejor que ella para cuidar de la niña, porque teme que le lleguen a hacer daño a la niña o que no le tengan paciencia o que no entiendan las necesidades que presente. Entonces, el juicio que viene desde las mujeres venezolanas es el miedo que experimentan de que en su ausencia sus hijos o hijas pasen por algún maltrato, pues consideran que los niños están en una posición de indefensión “*Yo he visto esos casos en mi mismo país*” me dice preocupada “*que las mamás se vienen y dejan a los niños que con sus familiares y yo veo que los tratan mal*”.

El juicio hacia las madres a distancia es diferente en las personas del pueblo que, en las otras madres migrantes, pues las personas del pueblo creen que migran sin los niños para “*zafarse de los chinitos*”, como dijo una señora. Mientras que las otras madres venezolanas, hacen el juicio

desde el miedo que experimentan de que los niños y niñas sean maltratados, o que las otras personas no puedan brindarle los cuidados con paciencia y cariño como lo hacen ellas. Sobre esto, Catalina me contó el caso de una comadre en el que *“la mamá de la comadre tenía nietecitos, y entonces todas ellas los querían tratar mal. Las tías, la prima, la abuela”* agrega Carolina *“o sea que... el que le quería pegar, le pegaba a los niños”*. El miedo a que algo le ocurriera a su hija y ella estuviera en otro país sin poder interceder o sin enterarse *“De repente, los primeros días bien, pero ya luego les empieza a molestar si ella pide algo”*. Pues la distancia la asume como una forma de olvidarse de los niños, así sea que se comuniquen constantemente, pues considera que la figura de madre se desvanece por la distancia *“él no tenía a su mamá, porque en realidad él no la tenía”* cuenta sobre otro caso de maltrato que presenció *“porque ella ya tenía... ¡no'ombre! Un montón de años por aquí y lo dejó a él allá”*. Se puede ver cómo también hay una naturalización de la maternidad desde las mujeres migrantes, en las que asumen que son las más adecuadas para ejercer esos cuidados en vez de otros miembros de la familia. *“Ella me necesita es a mí”* dice Catalina sobre su hija mayor *“nadie la va a entender, como yo la entiendo”*.

Karla es un poco más conciliadora sobre la maternidad a distancia dado que entiende a las madres que migran sin los niños, pues ella misma necesitó dejar a sus hijos con su esposo y su mamá al momento que decidió viajar a Guasca. No contaba con dinero para mantener con ella a los niños en Guasca, ni tampoco tenía con quién dejarlos pues debía de trabajar largas jornadas para poder mandarles dinero a Venezuela, cubrir sus gastos personales y guardar el dinero que fuera posible. Como en su país no había trabajo disponible, ella se comprometió a mandarle a su pareja el dinero para cubrir los gastos de alimentación de ellos. No obstante, ella lo ve como una etapa que debe ser transitoria, pues concuerda con Catalina en que la persona más apta para cuidar de sus hijos e hijas es ella misma pues *“no todo el mundo le tiene el cuidado que uno le pone”*. La configuración de la familia está mediada por tensiones y desencuentros entre los integrantes que la componen, con la migración y las redes transnacionales esto se pone en evidencia. La desconfianza de Karla en otro cuidador para sus hijos se da también porque vivió violencia sexual por parte de uno de sus familiares cuando ella estaba joven. Incluso la iniciativa de traer a sus hijos la tuvo porque un día su mamá la llamó a contarle con preocupación *“Mira Vanesa, Gonzalo está conociendo una muchacha, parece que se va a ir a vivir con ella”* tanto ella como su mamá no querían que otra persona cuidara de sus hijos. Al tiempo su mamá le dijo *“Si a los niños le pasa*

algo va a ser tu culpa”, por la culpa que sentía de haber migrado es que le propone al papá de los niños regresar como pareja.

Karla ve la maternidad a distancia como una alternativa que ayuda a que la madre se estabilice económicamente, pero que después de un tiempo debe de concluir en la reagrupación familiar. Pues, para ella la maternidad a distancia se da como última opción, pues privilegia y resalta lo que invoca la maternidad intensiva como la única opción para cuidar de los niños y niñas adecuadamente. Sobre esto, Karla me contaba el caso de una madre venezolana que vive en Guasca y que tuvo la oportunidad de vivir nuevamente con su hija en el pueblo, pero que no logró organizarse y terminó devolviendo la niña con la abuela en Venezuela. Karla opinaba que está *“haciendo mal como mamá, la suya es una hembra y tú sabes que con las niñas tenéis que estar pendiente siempre”*. Su crítica sobre la gestión de la madre que regresó a su hija a Venezuela es que la madre es la responsable de cuidar a los niños por ser quien los trae al mundo (la naturalización de la maternidad), pero también llega a ser la culpable si algo le ocurre pues *“así me levantó mi mamá y estoy bien criada”*.

Puedo encontrar similitud con lo que dice María sobre la maternidad a distancia, pues considera que es posible darles una mayor calidad de vida en Colombia por las posibilidades que se tienen *“Dice [su hijo] que él aquí come bien mientras que allá no”*. Considera que los niños y niñas no tienen posibilidad de tener la calidad de cuidados, aunque se manden remesas por la situación social de Venezuela *“te voy a decir que de todos los niños que nacieron cerca pa’ la edad de mi hijo, hay niños que ahorita son malandros”*. Entonces, ella considera que es egoísta quitarles la posibilidad a sus hijos a vivir mejor y disfrutar de uno que otro gusto, como salir al pueblo los domingos a comer un helado en familia *“Allá un niño pa’ comerse un helado o algo así, es fuerte. Allá si alcanza, alcanza es pa’ comer”*. Como una forma de mostrar que su gestión no correspondía a la de “mala madre” María me explicó que ella tiene sus hijos con ella en los cultivos de cebolla porque ella es la persona más idónea para cuidarlos *“ellos no necesitan estar con nadie más”*. Ella considera que es mejor que estén en condiciones complicadas en los cultivos de cebolla *“es fuerte... uno con niños pa’ andar por ahí así”* que dejara los niños en Venezuela al cuidado de otra persona *“yo lo iba a dejar pa’ que estudiara y yo dije “No, yo me lo llevo”. Y después si es de regresarme, yo me regreso”*.

Conclusiones

A modo de conclusión, la naturalización de la maternidad como un rol socialmente impuesto hacia las mujeres, genera que se dé un juicio de valor de “*malas madres*” cuando las mujeres se salen del modelo de “deber ser” madre. El “instinto maternal” y el “amor materno” han sido los raseros que se han definido no solamente para evaluar la gestión de las madres, sino se han asociado como una característica intrínsecamente femenina. Debido a que la responsabilidad de la reproducción social está en el ámbito privado de la familia, la mujer se construye como la persona más apta para brindar los cuidados a los integrantes. Esto conlleva a que la carga de los cuidados recaiga sobre los roles femeninos de las familias, pero sobre en la figura de madre. La maternidad se considera como un hecho social en tanto que, también, es una construcción social y cultural específica de cada contexto y momento histórico. Por lo que las expectativas y la experiencia de ser madre está influenciada por los valores, juicios y normas que están determinadas en cada sociedad. Como anteriormente mencioné, en los movimientos migratorios se producen unas relaciones intrafamiliares en las que hay roles de género e imaginarios, que resultan en jerarquías relaciones. El rol de ser madre al ser migrante muestra en los discursos de las mujeres las responsabilidades que tienen en sus familias transnacionales, pero también el ser mujeres se les ha asignado un lugar que deben ocupar dentro de los lazos de parentesco (Gregorio y González, 2012). El migrar implica adentrarse en una estructura social que es diferente a la que se tenía en el lugar de origen, que debe adaptarse a la situación como mejor se pueda. Las madres venezolanas que están en Guasca se encuentran en una estructura social diferente con la que fueron criadas, que además las pone en una posición de desigualdad por las condiciones de pobreza en la que se encuentra.

El juicio de “*mala madre*” dirigido hacia las madres venezolanas en Guasca pone en riesgo de que las mujeres pierdan la custodia de sus hijos, en tanto que la sociedad desconoce e ignora por las situaciones de desigualdad y desventaja en las que se encuentran estas mujeres. Que haya en el pueblo rumores y casos de madres venezolanas que han perdido a su hijos e hijas por denuncias ante el ICBF por parte de personas del pueblo, exacerba las condiciones de vulnerabilidad y el sufrimiento emocional y físico. El fantasma de “*mala madre*” también ronda entre sus discursos sobre su maternidad migrante, en tanto que justifican sus estrategias de apañe como un esfuerzo para alejarse de este estereotipo. La maternidad intensiva se ve como la forma

de cuidar más adecuada y deseada por ellas, dentro de sus discursos sobre la maternidad y los buenos cuidados. Sin embargo, por su posición de vulnerabilidad no pueden ejercer su crianza desde la ética del buen cuidar, pues no tienen las facilidades para regularizar su situación migratoria en Colombia y tener la capacidad económica para mudarse en viviendas con una buena infraestructura. Tampoco todas tienen la posibilidad de contratar a una persona que esté de forma exclusiva y personalizada cuidando de sus hijos e hijas en la ausencia de la madre. Por esto recurren a estrategias de supervivencia que las ubican la mirada pública como “malas madres”, pues las personas del pueblo con las que hablé atribuyen los “malos cuidados” con una responsabilidad individual, antes que colectiva.

REFLEXIONES FINALES

Desde mi llegada a Guasca he escuchado los chismes sobre las personas que viven en el pueblo, al igual que los comentarios sexistas y xenófobos hacia los migrantes venezolanos, pues el discurso de rechazo hacia la población venezolana es algo que se ha mantenido con el tiempo. Las mujeres venezolanas no han sido la excepción, han sido juzgadas y señaladas por su labor maternal, pues las formas de cuidado empleadas por ellas no encajan en los parámetros del “buen cuidar”. La combinación de ser mujeres, de bajos recursos, con nacionalidad venezolana y en la mayoría de los casos indocumentadas, las pone en una posición de vulnerabilidad estructural que las lleva a diseñar estrategias de supervivencia. Dentro de dichas estrategias están las formas de cuidado que se escapan de los estándares más aceptados, pues estas mujeres implementan alternativas que se puedan ajustar a los recursos económicos con los que cuentan, su configuración familiar, los planes migratorios, su horario de trabajo, entre otros. Constituyen redes transnacionales de cuidado entre Colombia y Venezuela, en las que se combina los trabajos de cuidado de familiares con personas externas. Requieren de servicios de guardería en el pueblo, otros familiares se encargan de los cuidados de las personas que se encuentran en el lugar de destino y forjan lazos de amistad con empleadores o compañeros de trabajo.

Algunas de las mujeres que aparecen en esta etnografía, viven en los cultivos de cebolla larga en los que trabajan, por la distancia que hay con el casco urbano y los bajos salarios, ellas cuidan de los niños y niñas mientras trabajan “*sacando*” cebolla. Esto deriva en una estigmatización por parte de los pobladores de Guasca de las formas de cuidado ejercidas por las madres venezolanas, pues de alguna forma todas las personas tienen una opinión de la gestión maternal de estas mujeres. El juicio moral de “*mala madre*” se ve como un reclamo a las formas de maternidad migrante que se salen del “buen cuidar”, por no cumplir con los estándares más esperados. “Mala madre” se vuelve un rasero para evaluar las maternidades de las mujeres migrantes por parte de las personas del pueblo, e incluso entre ellas mismas. Sin embargo, no se tiene en cuenta las condiciones de vida en las que las mujeres venezolanas viven, ni la estigmatización que sufren en el pueblo, como el problema de vivienda. Estas formas de cuidado

generan sentimientos divididos en las mujeres migrantes pues, aunque no son las formas en las que quisieran vivir y cuidar de sus familias, son las alternativas que han encontrado para sortear las vicisitudes a las que se enfrentan.

En mi trabajo de campo me encontré con una realidad más compleja respecto al cuidado de los niños, pues las mujeres contaban con un entramado de actores que les “*ayudaban*” con los niños y niñas. Aunque el cuidado se repartiera con otras personas, al final las madres venezolanas eran las que estaban coordinando el cuidado de sus familiares tanto “*acá*” como “*allá*”. El cuidado tanto de las personas “*dependientes*”, como de los cuidados del hogar y de la subsistencia diaria recaían sobre estas mujeres. Es por eso que propongo que las redes transnacionales de cuidado es una de las estrategias que emplean las mujeres migrantes para garantizar la supervivencia de sus familias que se enfrentan a un contexto en el que sus dinámicas funcionan entre varios estados-nación³. Las familias transnacionales organizan sus labores reproductivas y productivas entre Colombia y Venezuela, esto implica que los integrantes se separan físicamente por periodos prolongados de tiempo, pero que cumplen con sus roles de una u otra forma. A pesar de estar en países y ciudades diferentes, las familias se siguen apoyando en el cuidado de niños y personas mayores, así como con el apoyo económico por medio del envío de remesas. No obstante, no se debe caer en una romantización de las familias transnacionales, pues la transnacionalidad también conlleva una serie de constreñimientos por la posición de vulneración que los ubica. Por un lado, las organizaciones familiares están atravesadas por jerarquías generacionales y de género, pues las relaciones de parentesco presentan dinámicas de poder que están influenciadas por factores sociales como las ideologías de género y los modelos culturales de familia (Mummert, 2012). Por otro lado, Mummert propone que en esta forma de organización familiar conlleva una serie de restricciones en ambos estados-nación que influyen en el ejercicio de ciudadanía, pero también ellas encuentran formas de renegociar esto y generar oportunidades para la supervivencia de su entorno familiar.

Las redes transnacionales de cuidado presentes en las familias de las mujeres venezolanas con las que hablé se dan por la crisis económica y social por la que pasa su país, de acuerdo con

³ En todos los casos hay lazos de arraigo en Venezuela, a la vez que se crea comunidad en Guasca, Colombia. Sin embargo, en algunas familias los integrantes se han movido a otros países de Suramérica y a Estados Unidos. Aunque en todas hay dinámicas entre Colombia y Venezuela, es necesario resaltar que incluso hay integrantes en otros países que también participan en las redes transnacionales de cuidado.

las entrevistas, sus principales motivaciones para migrar fueron la falta de protección social, la inestabilidad económica y política. Durante las entrevistas expresaban lo complejo que era pagar y acceder a productos de la canasta familiar, los cortes a los servicios de energía y agua que podían durar semanas enteras, la falta de oportunidades laborales, la dolarización no oficial de la economía venezolana, los cierres de las escuelas porque los maestros no tenían dinero para llegar a dictar clase, los altos costos médicos, como la sensación de inseguridad que sienten en sus barrios por el incremento de la delincuencia común. Estos constreñimientos del Estado venezolano pusieron a sus habitantes en situaciones de vulnerabilidad por la falta de protección social ante sus habitantes y la inestabilidad económica producto de la hiperinflación que enfrentan. Las limitaciones que presentaban en sus lugares de origen en Venezuela son unos de esos factores *push* que contribuyeron a la decisión de estas mujeres al migrar. Es así como el transnacionalismo es una de las oportunidades que encuentran para sobrellevar las dificultades que tienen en su país de origen, pero también para sortear las dificultades a las que se enfrentan al llegar a Guasca siendo mujeres venezolanas de escasos recursos, muchas veces indocumentadas.

Las redes de cuidado transnacional que han formado las mujeres migrantes es una forma de ponerle frente a las limitaciones que presentan en su país de origen y que les está afectando su calidad de vida, a la vez que son una forma de enfrentar la posición de vulnerabilidad estructural en la que se encuentran al momento de llegar a Colombia y a Guasca. Pues como lo expresa Mummert (2012) los constreñimientos se dan tanto en el lugar de origen, como en la sociedad de destino en la que establecen. Desde la salida del territorio venezolano empiezan las limitaciones con el cierre de la frontera colombo-venezolana por parte de ambos Estados, en momentos diferentes, esto ha generado que las personas tengan que migrar por cruces fronterizos ilegales, poniéndolas en peligro. La estigmatización que se ha construido alrededor de la población venezolana asociándolos con “ladrones” “oportunistas” “peligrosos”, ha generado una marginalización de los migrantes. La ausencia de leyes migratorias en Colombia, las insuficientes campañas de regularización, la temporalidad de los estatutos de protección a migrantes y la falta de información, afecta el ejercicio de la ciudadanía en las mujeres venezolanas con las que hablé. La mayoría de las mujeres con las que hablé no cuentan con el PPT, ni con la nacionalidad colombiana, por lo que las arrastra a la informalidad laboral, es por eso que la mayoría de ellas trabajan en los cultivos que están en las veredas del municipio. Esto también ha producido que se encuentren con barreras a la hora de acceder a servicios médicos durante y después del embarazo.

El miedo a ser deportadas junto a sus hijos y la falta de información clara en el pueblo hace que no puedan acceder a servicios como educación primaria para los niños o acceso a la salud a los niños venezolanos que viven en Guasca. En el caso de las mujeres migrantes la estigmatización va sumada de la hipersexualización de la que son víctimas, pues son asociadas al trabajo sexual o son tildadas de “quita maridos”. Muchas de las mujeres venezolanas que son contratadas informalmente en los establecimientos comerciales en Guasca son acusadas de tener algún tipo de “amorío” con los dueños, pues se pone en duda sus habilidades. Sobre esto Sofía me comentó: *“dicen las malas lenguas que Estrellita se lo come con don Evaristo, el de ‘X’ negocio, por eso la tiene de fija, con lo horrible que cocina”*. Esta estigmatización los pone en una situación de desventaja pues ven a los migrantes como una amenaza o competencia.

Adicionalmente, en el municipio ha habido una campaña de “No se arriendan a extranjeros” en la que los propietarios de casas y apartamentos se abstienen de arrendarle a los migrantes venezolanos bajo la premisa de que *“son una amenaza a las buenas costumbres”* del pueblo. A esto se le suma que hay un problema de vivienda en el casco urbano, pues no se cuentan con suficientes inmuebles para las personas que desarrollan sus actividades diarias en todo el municipio. La exclusión social ha llevado que las mujeres venezolanas y sus familias encuentren alternativas ante la negativa de tomar una vivienda en arriendo, la falta de documentación, la informalidad laboral y los bajos salarios. Muchas de ellas han optado por vivir en pequeñas fincas en las veredas del municipio que no cuentan con servicios públicos, pero donde los precios son más bajos y no les ponen trabas por su nacionalidad. De esa forma, tienen un lugar donde vivir, aunque sin servicios, y pueden enviar remesas a sus familiares en Venezuela. Ese es el caso de Emma que vive en una vereda a 40 minutos del pueblo en una finca de 3 habitaciones que no cuenta con servicios públicos y que comparte con sus hermanos, cuñadas, madre y compañero sentimental. Aunque ha querido independizarse junto con su pareja, lo piensa mucho porque les saldría muy costoso tomar en arriendo una habitación para ellos solos y debe de enviarle dinero a su hija que está en Venezuela. Otras mujeres han optado por vivir junto con sus familias en las fincas donde están los cultivos de cebolla en los que trabajan, pues no les cobran ningún tipo de arrendamiento y no se tienen que movilizar. No obstante, estas fincas no cuentan con algún tipo de infraestructura, ni con servicios públicos, por lo tanto, las familias venezolanas construyen sus propias casas con materiales como madera y plásticos.

En el primer capítulo procuro reconstruir las redes transnacionales de las familias de cada una de las mujeres venezolanas con las que hablé, así como las configuraciones familiares son diversas, las redes transnacionales de cuidado lo son. De igual forma, entre todas comparten elementos que permiten rastrear la característica transnacional de las redes de personas que hacen parte del cuidado de la familia, pero sobre todo de las personas dependientes como niños, niñas y adultos mayores. En mi trabajo de campo identifiqué 3 escenarios diferentes en los que desarrollan sus maternidades las mujeres migrantes venezolanas de acuerdo con la ubicación de sus hijos e hijas: Cuando dejan en sus ciudades de origen a sus hijos e hijas a cargo de familiares; cuando migran con sus hijos e hijas y se establecen en Guasca; y cuando una parte de sus hijxs viven con ellas en Guasca y la otra parte de sus hijxs se encuentra en sus lugares de origen en Venezuela. En el caso de las madres que tienen a sus hijos o hijas a cargo de familiares en sus lugares de origen, la persona que asume la tutoría de los niños y niñas cumple un papel fundamental. Esta persona que administra los recursos económicos que mandan desde acá las mujeres migrantes, es el puente de comunicación con los menores y quien se encarga de los cuidados en la cotidianidad. Aunque las madres no estén físicamente, siguen estando presente en sus hogares tomando decisiones, enviando remesas y apoyando emocionalmente. Las redes sociales posibilitan esa comunicación constante con sus familiares en Venezuela, pues la mensajería instantánea permite que las distancias se acorten.

En el caso de las mujeres que viven con sus hijos o hijas en Guasca la red de cuidados no siempre está compuesta por familiares o conocidos, en cambio aparecen actores como las niñeras o “guarderías” que ofrecen sus servicios para cuidar de los menores durante el día. En el pueblo desde hace ya muchos años, hay señoras que se han dedicado a cuidar niños mientras los padres están trabajando, creando una suerte de “guarderías” que acoge a una gran cantidad de niños. Los precios pueden variar mucho de persona a persona, al igual que las actividades que hacen durante el día y la comida que le puedan proporcionar. La señora Carmen es una de las personas más reconocidas en el pueblo por realizar esta labor, pues lleva un largo tiempo con la guardería que tiene en su lugar de residencia. Además, es reconocida por el “instinto maternal” que le atribuyen por el “amor” con el que hace esta labor, las madres dicen que les da mayor confianza dejar sus hijos e hijas con ella porque sienten que los van a cuidar “*como si fueran [sus] propios [hijos]*”.

La señora Carmen se ha ganado el cariño y la confianza de muchas de las madres y padres⁴ de los niños que cuidan, para las mujeres venezolanas migrantes es muy importante contar con una persona en la que pueden confiar, pues al estar recién llegadas al pueblo no conocen mucha gente y muchas de ellas no migran con familiares o conocidos. No obstante, no todas las mujeres y familias cuentan con los recursos económicos, principalmente, para pagar por el servicio de estas personas mujeres que cuidan y tienen guarderías. En el caso de las mujeres que tienen más de un hijx se complica pagar este tipo de guarderías, pues el cuidado se paga de forma individual y diaria. La señora Carmen justifica la tarifa que cobra por la dedicación de su labor, para cubrir los materiales de las actividades que realizan los niños durante el día y el almuerzo u onces que le da a los niños y niñas. Aunque muchas madres reconocen la dedicación y la atención que le presta a los niños y niñas durante el día, su salario no alcanza para pagar sus servicios de cuidado. Entonces, deben de recurrir a otras cuidadoras que cobran una tarifa más baja, pero que no tienen el mismo reconocimiento de la señora Carmen.

En el caso de Catalina, una vecina es quien cuida de sus hijos mientras ella se va a trabajar, la vecina le cobra por el “*cuido*” de sus dos hijos un poco menos de lo que ella gana diario en los cultivos de fresa. A diferencia de la señora Carmen, no es una persona que Catalina catalogue como “amorosa”, “dedicada”, ni “maternal”, pues Catalina considera que realmente no cuida de los niños, sino que les “*echa un ojo*” mientras ella no está presente. Catalina no siente una relación de confianza con la vecina que cuida de sus hijos en el día, pues la vecina no está con los niños todo el tiempo, como lo hace la señora Carmen. Este caso, nos permite ver que las redes de cuidado que emplean las mujeres lejos de ser perfectas también cuentan con actores con vínculos débiles, pero que siguen perteneciendo a la red y apoyando a las madres migrantes. Catalina no tiene la misma relación de confianza que tienen otras madres con las cuidadoras de sus hijos, pero reconoce que no podría dejar a los niños completamente solos por el miedo de que les pase algo y ella se dé cuenta hasta la noche cuando llegue de los cultivos. No es el cuidado que quiere brindarle a sus hijos, porque su hija mayor en ocasiones debe de cumplir con ciertas labores, como darle la comida al menor, y no está de acuerdo con que asuma esa responsabilidad, pero por el momento es la red que tiene. Así mismo, hay madres que su salario no les alcanza para pagar algún tipo de cuidado, por lo que la estrategia que emplean es llevarse con ellas a sus hijos mientras están trabajando en

⁴ Personas tanto venezolanas como colombianas, aprecian la labor que hace la señora Carmen por la confianza que le inspiran para cuidar de los niños y niñas.

los cultivos de cebolla. Dado a que los salarios se fijan respecto a la cantidad de bultos obtenidos semanalmente, sus ingresos varían de semana a semana y se dividen con los hombres que les ayudan a cargar. Así como en las fincas no hay ningún tipo de infraestructura en la que puedan vivir, en los campos de cultivo no hay espacios adecuados para que los niños y niñas estén durante las largas jornadas de sus madres y familiares. Aunque sean ellas las que cuidan de sus hijas e hijos mientras trabajan, crean redes de cuidado dentro de las fincas, pues se asocian con hombres para que tener mayores ganancias, por la división sexual de trabajo, y crean vínculos de amistad con otras mujeres para hacerse compañía.

Lo que hago a lo largo de la tesis es mostrar que vivir y trabajar en los cultivos de cebolla es una viva imagen de la marginalización que experimentan estas mujeres venezolanas y sus familias. La falta de documentación por parte de las mujeres venezolanas y la estigmatización que hay en el pueblo no les permite obtener trabajos formales, lo cual las empuja a la informalidad de los cultivos de cebolla por la facilidad de vivir en las fincas sin que les cobren arriendo. Vivir, trabajar y cuidar de los niños y niñas en estas fincas hace que haya una condensación de las esfera reproductiva y productiva, lo que hace que las mujeres caigan en una doble jornada. Además de trabajar, deben de cuidar de sus hijos e hijas en el día y cumplir con las labores del cuidado del hogar como cocinar, lavar la ropa y hacer el aseo de sus “*casas rodantes*”. Esta estrategia es una de las más criticadas en el pueblo y de las opciones más extremas que ellas reconocen que deben optar, pues entre semana viven en un aislamiento por las largas distancias con el casco urbano y las largas jornadas de estas mujeres. No son entornos aptos para los niños y niñas por la prologada exposición al sol y las afectaciones que esto tiene en la salud de los niños y niñas. Las pecas que tienen en sus rostros muestran los efectos de vivir en los cultivos de cebolla y de estar expuestos al sol y al frío de Guasca que queda en una zona de páramo. La crítica a la gestión de las mujeres migrantes se hace bajo el juicio de “*mala madre*” en la que se les individualiza por el cuidado de los niños y niñas, pero no se cuestiona la responsabilidad colectiva que tenemos de como sociedad de los cuidados de los infantes.

El juicio moral hacia las mujeres venezolanas de “*mala madre*” lo he escuchado múltiples veces, en una gran variedad de actores que hacen parte de la población guasqueña. Los juicios van orientados hacia los estándares que las mujeres migrantes no pueden cumplir por la posición de vulnerabilidad en las que están situadas por su nacionalidad, su estado migratorio y las condiciones

de pobreza en las que viven. Dichos estándares están dados por lo que llamo a lo largo de la investigación como el “*buen cuidar*”, que son los parámetros que socialmente, con ayuda de expertos, consideramos que es la forma adecuada de cuidar a los niños y niñas. Sin embargo, la migración nos permite reflexionar sobre los recursos que son necesarios para brindar ese “*buen cuidado*”, pues se requiere de una red de personas y de un capital económico elevado para poder cubrir los costos del cuidado. Las madres venezolanas que residen en Guasca enfrentan una serie de vulnerabilidades estructurales relacionadas con el género, su nacionalidad, su estatus migratorio y las condiciones de pobreza en las que se encuentran. Debido a estas vulnerabilidades, desarrollan estrategias de supervivencia para cuidar de sus hijos e hijas y sus familias, que se alejan de los parámetros sociales establecidos por el “*buen cuidar*”. Esto resulta en la estigmatización de sus formas de crianza por parte de los habitantes del pueblo, generando un discurso de “*mala madre*” en referencia a la maternidad de las migrantes.

Las mujeres en su calidad como migrantes irregulares reciben salarios más bajos que los ciudadanos colombianos, por lo que son los “*patrones*” quienes fijan el precio, además de la inestabilidad laboral de trabajar por días en los cultivos. Adicionalmente, muchas de ellas son el sustento de sus familias que están en Venezuela, por lo que parte de su salario se destina para remesas que se realizan en dólares. El valor de cambio de pesos colombianos a dólares estadounidenses es menor debido a la depreciación del peso colombiano, esto requiere que los migrantes tengan que trabajar más para enviar suficiente dinero para cubrir las necesidades básicas. La mayoría de las mujeres venezolanas con las que hablé tienen hijos de la primera infancia, esto hace que necesiten de una vigilancia constante a diferencia de aquellas que tienen hijos e hijas adolescentes. Pagarle a una persona que cuide de los niños y niñas mientras ellas están laborando hace que sus gastos semanales se incrementen, esto empeora cuando son más de un niño, debido a que la guardería se paga de forma individual. En el municipio también hay una distinción entre “*malas cuidadoras*” y “*buenas guarderías*” por la serie de servicios que brindan junto con el cuidado de los niños y niñas. En ocasiones las mujeres no pueden pagar las “*buenas guarderías*” porque suelen ser las más costosas, por lo que deben acudir a las cuidadoras que cobran menos por el cuidado de los niños y niñas. En otras, las mujeres no pueden pagar a cuidadoras externas, por lo que recurren a dejar los niños solos, a cargo de los hermanos mayores o se los llevan con ellas a su lugar de trabajo. Ellas manifiestan que no son los cuidados adecuados para los niños, pero que son las alternativas que encuentran para criar a los niños, mientras su situación mejora.

Sin embargo, que estén en una posición de vulnerabilidad no les quita su agencia, pues las mujeres venezolanas han desarrollado estrategias de apaño para cuidar de los niños y niñas dentro de sus posibilidades de acción. Desarrollar redes de cuidado transnacional entre Colombia y Venezuela ha permitido que ellas sigan trabajando y sosteniendo sus economías familiares, mientras que otros familiares están a cargo de los niños y niñas en Venezuela. Incluso muchas de ellas han sido las cuidadoras principales de sus hijos e hijas mientras que sus familiares, usualmente esposos, les enviaban remesas para cubrir los gastos de alimentación, colegio, salud y transporte. Estas redes de cuidado transnacional les han permitido a estas mujeres brindar los cuidados a sus familias desde sus posibilidades, por eso propongo que son estrategias de apaño que nacen desde las condiciones de pobreza e indocumentación en la que están estas mujeres.

Reconozco que esta investigación presenta limitaciones en su abordaje del fenómeno de las mujeres migrantes en el contexto rural colombiano, por los limitados alcances que tiene una tesis de pregrado. Si bien este trabajo de grado representa un primer esbozo de la compleja realidad que observé durante mi experiencia en el terreno, es fundamental señalar que hay mucho más por descubrir y analizar. La vida de las jornaleras venezolanas en la región rural de Guasca está marcada por una serie de desafíos y estrategias de supervivencia que requieren una atención más profunda y matizada. Es mi intención no solo ampliar estos debates teóricos, sino también explorar en mayor profundidad las experiencias vividas de estas mujeres, quienes enfrentan un conjunto de vulnerabilidades estructurales que van más allá de lo que se ha documentado hasta ahora. Estoy convencida de que este estudio es solo el punto de partida para abordar las múltiples dimensiones de su experiencia, desde su lucha diaria hasta las redes de apoyo que construyen entre ellas. Además, tengo el firme propósito de seguir nutriendo mi conocimiento en este campo a través de estudios de posgrado. Este esfuerzo académico me permitirá desarrollar una comprensión más integral y crítica de estas realidades, así como contribuir a la visibilización y empoderamiento de las mujeres migrantes. La investigación futura no solo se enfocará en las circunstancias inmediatas que enfrentan, sino también en las políticas y contextos que moldean sus vidas, buscando así generar un impacto significativo en la discusión sobre migración y género en Colombia y más allá.

Referencias

- Basch, L., Schiller, N. G., & Blanc, C. S. (1995). From immigrant to transmigrant: Theorizing transnational migration. *Anthropological Quarterly*, 68(1), 48-63
<https://doi.org/10.2307/3317464>
- Bourgois, P., Holmes, S. M., Sue, K., & Quesada, J. (2017). Structural vulnerability: Operationalizing the concept to address health disparities in clinical care. *Academic Medicine*, 92(3), 299–307. <https://doi.org/10.1097/ACM.0000000000001294>
- Bryceson, D., & Vuorela, U. (Eds.). (2002). *The transnational family: New european frontiers and global networks*. Bloomsbury Academic. <https://doi.org/10.5040/9781474215855>
- Carruth, L., Martinez, C., Smith, L., Donato, K., Piñones-Rivera, C., & Quesada, J. (2021). Structural vulnerability: Migration and health in social context. *BMJ Global Health*, 6 (Suppl 1), e005109. <https://doi.org/10.1136/bmjgh-2021-005109>
- Castañeda, E. (2013). Living in limbo: Transnational households, remittances and development. *International Migration*, 51(s1). <https://doi.org/10.1111/j.1468-2435.2012.00745.x>
- Comas d'Argemir, D. (2014). Los cuidados y sus máscaras. Retos para la antropología feminista. *Mora*, 20, 167–182. <https://doi.org/10.34096/mora.n20.2339>
- De Lauretis, T. (2010). *Technologies of gender: Essays on theory, film, and fiction*. Indiana University Press.
- Del Real, D. (2022). Seemingly inclusive liminal legality: The fragility and illegality production of Colombia's legalization programmes for Venezuelan migrants. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 48(15), 3580–3601.
<https://doi.org/10.1080/1369183X.2022.2029374>

- Del Valle, M. T., Apaolaza, J. M., Arbe, P., Etxeberria, F., Diez, Carmen, Cucó, J., & Esteban, M. L. (2002). *Modelos emergentes en los sistemas y relaciones de género*. Narcea Ediciones. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=325286>
- García Sánchez, A. (2017). Revisión crítica de las principales teorías que tratan de explicar la migración. *RIEM. Revista Internacional de Estudios Migratorios*, 7(4), 198–228. <https://doi.org/10.25115/riem.v7i4.1963>
- González, H. y Acosta, E. (2015). Cruzar las fronteras desde los cuidados: la migración transnacional más allá de las dicotomías analíticas. En M. Guizardi (Ed.), *Las Fronteras del Transnacionalismo. Límites y desbordes de la experiencia migrante en el centro y norte de Chile*. Ocho Libros Editores.
- Gregorio, C. y González, H. 2012. Las articulaciones entre género y parentesco en el contexto migratorio: más allá de la maternidad transnacional. *Revista Ankulegi* 16, 43-57. ISSN: 1138-347
- Herrera, G. (2016). Trabajo doméstico, cuidados y familias transnacionales en América Latina: Reflexiones sobre un campo en construcción. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 31. <https://doi.org/10.4000/alhim.5430>
- Holmes, S. M. (2011). Structural vulnerability and hierarchies of ethnicity and citizenship on the farm. *Medical Anthropology*, 30(4), 425–449. <https://doi.org/10.1080/01459740.2011.576728>
- Hondagneu-Sotelo, P., Estrada, E., & Ramírez, H. (2011). Más allá de la domesticidad. Un análisis de género de los trabajos de los inmigrantes en el sector informal. *Papers. Revista de Sociologia*, 96(3), 805. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v96n3.263>

- Hochschild, A. (2001). Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional. En W. Hutton y A. Giddens (Ed.), *El límite: la vida en el capitalismo global*. Tusques Editores. págs. 187-208
- Lazar, S. (2013). *The Anthropology of Citizenship: A reader*. Wiley-Blackwell. <https://www.wiley.com/en-sg/The+Anthropology+of+Citizenship%3A+A+Reader-p-9781118424452>
- Levitt, P., & Schiller, N. G. (2004). Conceptualizing simultaneity: A transnational social field perspective on society. *International Migration Review*, 38(3), 1002–1039. <https://doi.org/10.1111/j.1747-7379.2004.tb00227.x>
- Martínez, J. (2022). Uno pasa por muchas cosas: Barreras de acceso a la IVE en mujeres refugiadas y migrantes venezolanas en Colombia. *La Mesa por la Vida y la Salud de las Mujeres*.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. (2018, 5 de febrero). *Ministra Holguín compartió con trabajadores de la frontera colombo-venezolana que llegaron a Sabana*. Cancillería de Colombia.
- Mummert, Gail. (2012). Pensando las familias transnacionales desde los relatos de vida: análisis longitudinal de la convivencia intergeneracional. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional. *El Colegio de la Frontera Norte*. 151-184
- Scheper-Hughes, N. (1992). *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*. University of California Press.
- Ordóñez, J. T. (2012). ‘Boots for my *Sancho*’: Structural vulnerability among Latin American day labourers in Berkeley, California. *Culture, Health & Sexuality*, 14(6), 691–703. <https://doi.org/10.1080/13691058.2012.678016>

- Ordóñez, J.T. y Ramírez, H.E. (2019). At the Crossroads of Uncertainty: Venezuelan Migration to Colombia. *Journal of Latin American Geography*, 18 (2), 158-164
- Ordóñez, J.T. y Ramírez, H.E. (2024). Ambivalent Nationalities: Venezuelan Migrants or Colombian Returnees. *Journal of Latin American Geography*, 124-147
- Ortega, A. (2015) La migración de mujeres hondureñas y la crisis de los cuidados. *Revista Nueva Sociedad* (256), 103-113
- Palomar, C. (2005). Maternidad: Historia y Cultura. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, (22), 35-67.
- Parella, S. (2007). Los vínculos afectivos y de cuidado en las familias transnacionales. Migrantes ecuatorianos y peruanos en España. *El Colegio de la Frontera Norte*, 4 (13), 151-188 <https://doi.org/10.17428/rmi.v4i13.1170>
- Puyana, Y. (2007). El familismo: Una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo. *Familias, cambios y estrategias*. 262-278.
<https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/2966/18CAPI17.pdf?sequence=8&isAllowed=y>
- R4V Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela. (2024, 03 de junio). *Personas refugiadas y migrantes venezolanas mayo 2024*. <https://www.r4v.info/es/document/r4v-america-latina-y-el-caribe-refugiados-y-migrantes-venezolanos-en-la-region-may-2024>
- Quesada, J., Hart, L. K., & Bourgois, P. (2011). Structural vulnerability and health: Latino migrant laborers in the united states. *Medical Anthropology*, 30(4), 339–362.
<https://doi.org/10.1080/01459740.2011.576725>

- Skornia & Cienfuegos (2016) Cuidados transnacionales y desigualdades entrelazadas en la experiencia migratoria peruana: una mirada desde los hogares de origen. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (52), 32-49
- Stefoni, C. (2009). Migración, género y servicio doméstico. Mujeres peruanas en Chile. En M. E. Valenzuela y C. Mora (Ed.), *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente*. Organización Internacional del Trabajo. 191-232
- Salgado, Ana. (2007). Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos. *Libera bit*, 13(13), 71-78.
- Solorza, N. (2022). Procesos de descampesinización en la zona rural del municipio de Guasca Cundinamarca, vereda santa bárbara (Monografía). Universidad Pontificia Javeriana sede Bogotá.